

A la sombra del flamboyán

Agate de rama en rama

J. PÉREZ
eio

A LA SOMBRA DEL FLAMBOYÁN

Agaete de rama en rama

José Antonio Godoy Rodríguez

Radio ECCA

www.radioecca.org

[Biblioteca ECCA de Verano](#)

A la sombra del flamboyán. Agaete de rama en rama

Colección: *Biblioteca ECCA de Verano* (Tomo 7)

Autoría: José Antonio Godoy Rodríguez

[Radio ECCA](#)

[Biblioteca ECCA de Verano](#)

Portada y separatas serie Flamboyant: José Dámaso Trujillo (Pepe Dámaso)

Portada: Vainas N° 12, 75 x 52 cm. Acrílico

Separata 1: Dibujo N° 5, 33 x 20 cm. Dibujo lápiz a color

Separata 2: El Niño, 37 ½ x 26 cm. Foto tratada

Separata 3: Árbol N° 6, 40 X 33 cm. Materia

Fotomecánica, impresión y encuadernación:

Talleres de artes gráficas de Radio ECCA

ISBN: 978-84-693-4450-7

Depósito Legal: GC - 421 - 2010

Canarias, 2010

Versión electrónica en epub: octubre de 2012

Dedicatoria

A María Jesús Porras Vila

Índice

Prólogo

Introducción

Parte 1: De Rama en Rama

- Agaete y la Rama
- Del Refugio a la Rama
- De la Isleta a la Rama
- Mujeres en la Rama
- Del Sáhara a la Rama
- El Valle de Agaete: de Rama en Rama
- La Rama en Guayedra
- Agaete: Rama y música
- Agaete, de Rama en Rama
- El Risco de Agaete: la última Rama

Parte 2: Remembranzas

- Navidad en el Agaete de ayer
- San Sebastián bendito ramos de flores
- La Enramada
- Baile Oficial
- Consumo preferente
- ¿Me conoces mascarita?
- La Habana en Cuba o la herencia de los Palmeses
- Perdona a tu pueblo Señor
- Camino de Acusa
- El Cultural Guayarmina
- Agaete, paseo y música
- Con nombre de mujer

Parte 3: Con Mayúscula

- En la muerte de Don Miguel Pérez García
- Los últimos testigos (I): Don Diego Rodríguez Díaz
- Los últimos testigos (II) Don Manuel García Suárez
- Los últimos testigos (y III) Don Pedro Jiménez García
- De Agaete
- El Huerto de Agaete

- Patrimonio de Agaete
- ¡Imagínate Agaete!
- Estimado Juan Cruz
- En la memoria de Agaete: Alberto Álamo
- Lorenzo Godoy In Memoriam
- La reivindicación de un artista
- Lorenzo Godoy: así que pasen 25 años
- ¡Hasta siempre, Lucy Cabrera!
- A la Banda de Agaete
- Felicidades Pepe

Epílogo

Prólogo

La colección [Biblioteca ECCA de Verano](#) nació para que el alumnado de Radio ECCA disfrutase de una lectura amena, fresca, atractiva, diferente... apropiada para descansar cuerpo y mente en los días de más calor y con algo de tiempo libre.

Estamos seguros de que con este volumen número siete - ahora en versión electrónica - «***A la sombra del flamboyán. Agaete de rama en rama***», nuestro objetivo queda plenamente cubierto, particularmente con el alumnado de Canarias y, especialmente, con los hijos e hijas de la villa de Agaete, porque el libro de José Antonio Godoy es un vibrante homenaje a la tierra que le vio nacer y crecer, y que le insufló ese espíritu tan particular de las gentes de su municipio que es a la vez marinero y agrícola, cultural y festivo.

Es éste un libro ágil, entretenido, fácil de leer y lleno de color y de sonidos. El libro que José A. Godoy ha escrito para Radio ECCA nos proporciona la oportunidad de recuperar, en un solo tomo, cada una de las «crónicas de su pueblo», que la prensa canaria ha ido publicando en estos últimos años. «***A la sombra del flamboyán. Agaete de rama en rama***» es una antología de artículos e imágenes que algunos hemos ido coleccionando pacientemente para enviarlas a canarios y canarias que viven lejos, para que recuerden, reaviven imágenes y sonidos... y sonrían.

Qué bien escrito está este libro, qué fácil, divertida y entretenida se hace su lectura, y qué manera de atrapar el espíritu de un pueblo; nos enteramos de las cosas con las que Agaete vibra, con cuáles se divierte, qué otras cosas le emocionan... Cada capítulo es una historia deliciosa y encantadora que nos desvela un poquito de la villa, qué es lo que la convierte en un lugar al que la gente acude, y vuelve y repite y se naturaliza y se enamora...

José A. Godoy, que nació en Agaete, es ante todo un profesor que ha ejercido su magisterio en centros públicos canarios. Las generaciones que él

formó en Buzanada (Tenerife) y en el *24 de junio* o en el *Pintor Néstor* en Gran Canaria, no podrán olvidarlo porque tuvieron la suerte de contar con un pedagogo ejemplar, tanto en el aula como en la dirección, con un genuino representante del sueño krausista que practicó un modelo de educación inspirado directamente en la Institución Libre de Enseñanza, para él tan querida. Su preocupación por la educación, por la cultura, por lograr que sus alumnos y alumnas alcanzaran una sintonía cultural y científica a la altura de los mejores centros de España y de Europa, su afán por lograr que niños y niñas de pueblos y barrios de Canarias crecieran en un humanismo integral, que se convirtieran en personas cultas, de ciencia rigurosa, de integridad moral, que practicasen la austeridad, la solidaridad y el amor y comunión con la naturaleza, de sensibilidad artística, salud física, solidez de carácter y elegancia... Las generaciones educadas o influidas por José A. en los setenta, ochenta y noventa, fueron formadas en el espíritu de su amada ILE, superando sus posibles carencias pues lo hicieron, además, con un sentido pragmático que aquella nunca tuvo; el proyecto educativo de José A. Godoy fue rico, amplio y libre pero también sumamente útil, generador de ciudadanía responsable. De su genio pedagógico – del suyo y del de M^a Jesús Porras - nacieron los talleres infantiles y juveniles de Radio ECCA, un prodigio didáctico imperecedero.

El estupendo profesor es también un gran viajero, un gran curioso y, fundamentalmente, un gran artista que, por aquello del pragmatismo, subordinó - para suerte de generaciones – sus otros múltiples talentos a la enseñanza... De tarde en tarde hemos disfrutado de algunos de sus montajes teatrales, es cada vez más difícil oírle a la guitarra y más complicado aún escuchar al maravilloso tenor, do de pecho incluido; para guiarnos en la audición musical, sobre todo de Verdi, hemos de aguardar al Festival de Música de Canarias, y para saber de Agaete hay que esperar, cada año, a que llegue agosto, a ver qué publica en la prensa...

«*A la sombra del flamboyán. Agaete de rama en rama*» viene a interrumpir esa costumbre del «poquito a poco» y nos proporciona la oportunidad de leer de un tirón todo lo que ha escrito sobre «su» Agaete... Gracias Jose por este precioso regalo que nos haces a tu otra familia. Gracias Jose por este estupendo libro para la gente de Radio ECCA.

María del Carmen Palmés Pérez

Directora de Radio ECCA

Introducción

La experiencia de escribir con la finalidad de hacer llegar mi opinión, mis ideas, a la gente más allá de mi entorno familiar y amistades, surge con la puesta en marcha de un proyecto de comunicación que desarrolló el PSC-PSOE en el municipio de Agaete en la década de los 90 del siglo pasado y en el que tuve la oportunidad de colaborar. Aquel boletín informativo llamado «Agayte» supuso una continuidad del compromiso social que, de manera voluntaria, venía ejerciendo desde mucho antes al igual que tantas personas de mi generación y de las que me precedieron. Los relatos de las personas mayores y mis propias vivencias dieron como resultado una serie de artículos de costumbres que reflejaban el quehacer de un pueblo y en los que, de una u otra manera, muchos lectores, cuando no actores de aquellas narraciones, se veían reflejados. Sus comentarios me animaron a seguir indagando en costumbres y tradiciones algunas ya perdidas desde entonces.

El devenir de la política local hizo que durante el mandato 1999-2003 ejerciera de concejal por el PSC-PSOE en la Corporación municipal, lo que me brindó la posibilidad no sólo de seguir viviendo y sintiendo el día a día del pueblo que me vio nacer, sino de escribir con otra perspectiva más crítica en el ejercicio de las obligaciones contraídas para con la ciudadanía, que es la que nos elige para dar solución a sus problemas desde el ejercicio responsable de la acción política.

Son de esa etapa los artículos que recogen mi preocupación por la sostenibilidad del territorio y la conservación del patrimonio, como síntesis de los valores medioambientales y culturales que impregnan mi forma de pensar y sentir; siendo también de esa misma etapa los primeros escritos sobre el ritual de la Rama, publicados en los periódicos «[La Provincia](#)» y «[Canarias 7](#)», medios con los que desde entonces mantengo una buena relación. A las direcciones de ambos y a sus profesionales agradezco la prestancia que adquieren los escritos convertidos en reportajes, después de haber sido sometidos a la maquetación y despique y añadidas las fotos que siempre me proporciona mi amigo de toda la vida Pepe Juan del

Rosario, sorprendiéndome yo el primero; y es que no hay nada como unos grandes profesionales con muchas horas de oficio.

La Rama es la referencia básica de mis escritos. En torno a ella gira la magia, los aquelarres, impresiones y ensueños de todo un pasado ritual que renace y muere cada cuatro de agosto, con la misma vocación de caducidad que tiene mi propia vida y los periódicos que los publican, a pesar del empeño de las hemerotecas por salvarlos.

Es ese ritual tan sencillo, de manos portadoras de ramas clamando al cielo, el que me mueve, convoca y provoca a plasmar la mixtura geográfica y sociológica de mi calle y barrio, donde crecí y jugué de pequeño; nuestro pueblo y aquella adolescencia y juventud de «La Pandilla de los Rebeldes»; de convivencias y lecturas de Martín Vigil o García Salve, invitando a estrenar la juventud o a escribir aquellos diarios al estilo del muchacho de PREU, como todos los que vivíamos colgados de las estrellas y que aún seguimos. La Rama también me condujo por rincones y vericuetos de la Isla y allende los mares, donde hubiere alguien nacido, criado o ensolerado en Agaete; o simplemente descendiente o foráneo que recalca por el pueblo guiado por sus querencias.

Siempre he considerado que el legado cultural que nos transmitieron las generaciones que nos precedieron es cuestión, no sólo de conservarlo, sino de aumentarlo más aún si cabe, y que de ese legado la mayor riqueza es la gente, la que con su quehacer diario ha ido confiriendo forma, tamaño, color, olor, sabor y textura al mito que entre todos hemos creado y que se llama Agaete. De ahí que no encontrarán los lectores y lectoras en mis escritos aproximación alguna a los anales y crónicas de la historia oficial, porque nunca fue mi intención utilizarla como referente, ni como texto ni como pretexto; antes bien, mi interés ha estado centrado en recoger todo el cúmulo de sensaciones, emociones y afectos del día a día de varias generaciones y ponerlo al servicio de la memoria colectiva, para que, al leerlo, cada cual evoque sus propias vivencias e invente su propio relato.

De esta manera me posiciono con mi generación para comparar, contrastar y contar el ritual de la Rama, tal cual lo conocemos y vivimos, para que no nos lo cuenten o ‘descuenten’ otros; no vaya a ser que con la mirada nostálgica siempre puesta en el pasado, que también una vez fue presente,

sigamos sentados en el palco de la desidia, sin caer en la cuenta de que el hecho espiritual del ritual de la Rama trasciende los credos sectarios y partidistas.

Me posiciono también con los sin nombre, para ponerles rostro y apellidos con mayúscula, porque sin conciencia alguna de la importancia que hoy tiene la Rama, su contenido etnográfico y antropológico, nos transmitieron un legado que además de identificarnos nos distingue y nos hace singulares.

Me parecía de justicia reconocer la labor de algunos convecinos que, de manera individual o colectiva, proyectaron Agaete más allá de los límites geográficos, marcando el hecho diferencial hasta en tiempos globales. La producción intelectual de todos y cada uno de ellos, cohesionada inteligentemente con la argamasa fabricada por el sentir popular, ha sido definitiva tanto para mantener viva las ascuas de siglos de prehistoria e historia local, como para la protección de los estratos y sustratos físicos y psíquicos de este yacimiento de vida que es Agaete.

De entre estas personas de bien elegí a Don Sebastián Monzón, que con su epílogo no sólo muestra la generosidad y entusiasmo que siempre le movió ante las causas sociales y el voluntariado, sino que además sitúa a mi generación en una posición social de compromiso. Compromiso que, en lo referente a la Rama, culminó con su declaración como «Fiesta de Interés Turístico Nacional», en 1972. Como nunca me he atrevido a escribirle, porque aún le queda mucho por hacer y decir, preferí que fuera él quien invadiera mi pública intimidad, porque de alguna manera yo invadí la suya cuando aún era un adolescente.

El otro referente es Pepe Dámaso, artista nacido en Agaete cuyo inconformismo, rebeldía y búsqueda perpetua de otros soles y mañanas nunca le apartaron anímicamente del Agaete natal. Su derroche de afecto hecho color se acuna también junto a mis reflexiones, para seguir pensando que no hemos venido a este mundo a compartir odios sino amores.

El rastreo de tantos recovecos geográficos y del alma hasta llegar a tocar la fibra sensible de la gente no ha sido fácil, como tampoco lo ha sido que este libro saliera a la luz de no ser por el empeño de los amigos y amigas que están ahí para empujarte.

Sobre todo, mi amiga del alma María Jesús Porras Vila, a quien dedico el libro, pues en más de treinta años de amistad y pedagogía siempre supo controlar mi hemisferio cerebral izquierdo, dejando que el derecho diera rienda suelta a la creatividad, siendo este libro una de las consecuencias colaterales de tal generosidad por su parte. La máxima de Rudyard Kipling «La educación es un juego, juguemos pues.» la interiorizamos de tal manera que marcó para siempre nuestro gran divertimento e hicimos de ella algo más que una vida.

Nunca supuse que la colaboración de tantos años con la Emisora Cultural de Canarias Radio ECCA en el diseño de talleres para la infancia y adolescencia acabara con este final feliz. Llegué a la emisora para solicitarle a la Directora y gran amiga, Mari Carmen Palmés, su colaboración escribiendo el prólogo del libro y salí convencido de que la Biblioteca ECCA de Verano era la mejor y más natural plataforma para publicarlo dado el contenido del mismo. Creo que una vez más, los hados se confabularon como en antaño cuando quedamos abducidos por la letra y música de Joan Baptista Humet, con el «a veces pienso que tengo suerte, sin una perra y aún me divierte mi profesión». Y los libros, aún on-line, nos seguirán abriendo las alas sobre las cosas que nunca acabamos de poseer.

Por todo ello doy gracias a todo el personal de ECCA y al trato recibido en estos años de amistad, pedagogía y gastronomía; y si además la confabulación se ha extendido hasta tal punto que ECCA y el [Ayuntamiento de Agaete](#), acordaron presentar estas reflexiones en el Huerto de Las Flores, refugio y lugar que me inspira, no puedo por menos que terminar este descargo de agradecimientos concluyendo con García Lorca, en «Impresiones y paisajes», que todas las melancolías tienen esencia de jardín, y las mías seguro que las tienen.

José Antonio Godoy Rodríguez

PARTE 1

De Rama en Rama



AGAETE Y LA RAMA

Como todos los años, desde la década de los 70, cuando se aproximan las fiestas en honor de Nuestra Señora de las Nieves surge la tradicional polémica en cuanto al origen, que no al destino, del ritual de La Rama. Para quien aún no lo sepa, La Rama de Agaete es un ritual que se repite cada 4 de agosto y que consiste en danzar con las manos en alto portando ramas de pinos, eucaliptus, brezos o poleo, traídos del pinar de Tamadaba, al son de bandas de música del pueblo que tocan unos ritmos marciales adaptados para danzar junto con los ritmos populares del momento. Sólo para quien lo vive y se abandona al ritmo frenético de la danza, puede entender lo que dijera García Márquez cuando se refiere a Macondo no como un pueblo sino «...como un estado de ánimo» aplicable a Agaete en este caso. Por eso, desde la heterodoxia y por tanto desde el respeto que es algo más que tolerancia, es de donde deseo acercarme a la proyección futura del ritual como parte integrante del desarrollo de las fiestas de las Nieves.

Ciertamente, en las crónicas de la historia se habla de un ritual protagonizado por las sacerdotisas aborígenes llamadas harimaguadas, que bajaban desde la montaña danzando con ramas en las manos hasta llegar al mar donde hostigaban el agua con las ramas invocando la lluvia. No me cabe la menor duda que este ritual, al igual que la vida misma de los aborígenes, sufrió profundas transformaciones tras el proceso de conquista y colonización, con evangelización incluida y debemos contar con la probabilidad de que el ritual fuera cortado de raíz o que sufriera un proceso de sincretismo propio de cualquier proceso similar, que no ha parado en el tiempo hasta llegar a la Rama tal y como hoy la conocemos. También cabe la posibilidad que aquel ritual aborigen desapareciera y que se introdujeran en el tiempo rituales con elementos propios de la cultura mediterránea como son las romerías, enramadas, fuegos, gigantes y cabezudos (aquí «papagüevos») en torno al cuadro de la Virgen de las Nieves.

No es mi objetivo entrar a dilucidar a favor o en contra de cualquiera de las dos posibilidades pero pensemos, por un momento, a la luz de la historia y

la economía de la época, qué relevancia pudo tener un ritual de este tipo frente al reparto de poder territorial y al comercio posterior del azúcar, del vino, la cochinilla, el plátano o el tomate.

Lo que sí sé es que desde el desprecio llegó la consideración, y aquella danza que hasta los años 60 del siglo pasado era un baile de niños y gente humilde tuvo un doble reconocimiento: uno abanderado por el Ayuntamiento de Agaete para que declarasen la fiesta de Interés Turístico Nacional en 1972 y otro, también en la misma década, desde la efervescencia nacionalista buscando rasgos de identidad. Fue entonces cuando el pueblo de Agaete comprendió que no podía quedarse quieto mirando como los foráneos capitalizaban la fiesta hasta hacerte sentir extranjero en tu propio pueblo. Los debates y los artículos en prensa inclinaron la balanza en favor de la Rama desplazando la advocación a la Virgen de las Nieves a un segundo plano.

Soy de los que valoran las tertulias y participan en los debates sobre el origen y devenir de las Fiestas de la Virgen de las Nieves y también las de San Pedro en el Valle de Agaete, porque pienso que todo lo que se diga o se escriba sobre ellas favorece. Pero es a partir de la situación actual y no desde lo que pudo haber sido y no fue, desde donde debemos proyectarlas obviando ciertas posturas localistas contrarias a la esencia misma de una fiesta y en este caso concreto de la Rama. Por eso apuesto junto con otras personas preocupadas, por un Patronato que vele durante todo el año por la proyección futura de la fiesta, por su evolución, conservación y difusión que va más allá del ritual de la Rama.

Considero que es, desde la serenidad, desde donde debemos abordar este patrimonio al que un día nuestros antepasados le introdujeron «papagüevos» que representan personajes populares, toque de caracolas, canciones y marchas militares para ser bailadas por la gente en la calle que, como los tiempos cambian, las ramas de pino, eucaliptus, brezo o poleo ya no se van a buscar en masa al pinar de Tamadaba sino que las cortan y las bajan para comodidad de todos y que, a pesar de ello, hay romeros por tradición o por devoción que continúan subiendo a Tamadaba a buscarlas. El mismo patrimonio al que mi generación contribuyó para que desde el año 1972 se volvieran a mojar las ramas en el mar y luego se le lleven a la

Virgen de las Nieves a la ermita. La Rama es de todos y para todos y las innovaciones muestran que es un ritual abierto en el tiempo y cuando la comunidad local pone reparos a tirar agua desde las azoteas al paso de los danzantes o a llevar de manera uniformada pañuelos de color al cuello, no hay otro motivo sino el querer huir de fiestas similares.

Da igual que seas de Agaete o no para saber que a las cinco en punto de la mañana del día 4 de agosto, cuando suena el volador delante del Ayuntamiento es que ha comenzado la Diana. Olvídate del «¡Ohé, ohé, ohé, ohé!» y anima a los músicos para que toquen «Aurora Feliz» (la diana antigua para los de Agaete) o «Arriba Diana» y después de que te hayas divertido un poco en ese juego entre guardias y danzantes, deja que avance la Diana para que llegue a todos los vecinos del pueblo. Cuando a las diez en punto de la mañana vuelva a sonar el volador sabrás que ha comenzado la Rama ¿Dónde? Justo detrás de la iglesia de la Concepción ¿Hacia dónde? Hacia la Villa de Arriba al encuentro de los romeros y continua animando a los músicos pero ahora pídeles que toquen «El Campeón» o «La Madelón».

Recordaremos a «Meguí», la norteamericana bohemia que quiso vivir y morir en Agaete y que como no podía ser menos, el pueblo le condecoró con uno de sus máximos galardones dedicándole un «papagüevo». Cuando al paso de la Rama observes que alguien llora, descubrirás que cada cual siente y expresa la Rama de diferentes maneras y cuando veas que desde alguna casa alguien mantiene un teléfono en mano, respeta, porque al otro lado desde Madrid, París o Venezuela alguien vive una Rama en la distancia pero al fin y al cabo una Rama. Llegará la noche y a las diez en punto otra vez el volador porque ahora empieza la Retreta, el toque de retirada con farolas y bengalas.

Mañana será día cinco

y se escucharán las salvas:

la Virgen ya está saliendo

y repican las campanas.

*Ya viene por los García,
en la Torre la reclaman.
¡Ya pasó los Granaderos!
Entrando en Las Candelarias,
llega a la vuelta del Chorro
y San José la recibe
y todo el pueblo la aclama.*

Y es que día 5 para los de Agaete no hay más que uno, el de agosto. El jolgorio se ha vuelto recogimiento cuando, traspasado el puente, la Virgen llega a la plaza escoltada por reyunos. Seguramente, desde la reflexión individual, en la vida de cada agaetense y de las personas vinculadas a la Villa, haya momentos propicios para que afloren los sentimientos más sinceros. Pero si existe una cita anual propicia para la reflexión colectiva, no me cabe la menor duda que es el momento de la traca, ora temor ora emoción cuando, después de los aplausos, sólo, en medio de la gran multitud, un año más sin darte cuenta, delante de ti se planta la historia, tu historia, la mía y la de todos. Porque al final, las celebraciones, tanto en las penas como en las alegrías, no son más que la mera capacidad de un pueblo para encontrarse consigo mismo y compartirlo con los demás, cada cual a su manera. Por eso, allí donde estés, busca un motivo por el que bailar la Rama, da igual, el que sea, pero no dejes que nadie la baile por ti y la llegada de la Virgen al pueblo que nadie la viva por ti.

* Publicado en los periódicos La Provincia/ Diario Las Palmas y Canarias7, el 3 de agosto de 2002.



DEL REFUGIO A LA RAMA

ENTRE LA HERÁLDICA Y LOS APODOS

Fue la construcción del puerto de Refugio de la Luz y el desarrollo posterior del mismo lo que provocó el éxodo de muchas familias de Agaete hacia la zona portuaria a la que el dique le dio nombre.

Desde la última década del siglo XIX y hasta los años cuarenta del XX, mientras el nuevo dique crecía bajo el amparo del entonces ministro de ultramar Fernando de León y Castillo y su amigo José Luis Albareda ministro de Fomento a la sazón, el barrio del Refugio se fue configurando entre la heráldica y los apodos familiares agaetenses.

Hasta allí, llegaron los Machitos, los de Penene, los Cangrejos, los de los Naranjeros, los de Paindo, los Curros, los del Cabo y los del Comandante, los Palmeses, Armas, Trujillos, Bermudez , Medinas, Sosas y Martines. Testigos del asentamiento culeto son las calles Padre Cueto, Hierro, Pedro del Castillo, Salvador Cuyás y los tramos de Sagasta y Albareda que configuran lo que podríamos considerar el núcleo duro del Refugio. Recorriendo las calles del barrio con Víctor Medina, gran amigo y mejor persona, vamos reviviendo los lugares donde estuvieron ubicadas la tienda de verduras que proveía a los barcos alemanes de la Woerman, el puestillo de algarrobas y chufas de Primitivita, su propia casa que compartieron con Josefita la Curra la madre de Mery Malde, aquella vedett que revolucionó el mundo de las varietés con el espectáculo Bongó cuando, descendiendo de una luna en el escenario del teatro Cuyás, cantaba aquello de «Yo seré la tentación». Pasamos por delante de lo que fueron los almacenes de Fyffes (faife) donde durante muchos años trabajó de oficinista el gran alcalde Don Juan Rodríguez Doreste. Nos detenemos en la calle Hierro donde Víctor recuerda que, de niño, se cocinaba en plena calle y se le conocía como la calle del Sancocho. Señala donde vivieron los Mentados que, sin ser de Agaete, eran tan burleteros como nosotros. Más allá Enriquetita, la abuela de Roque, el que fue jugador de la Unión Deportiva Las Palmas. En la calle

Salvador Cuyás, nos paramos delante de la Casa de Galicia para recordar que allí tuvieron los Herrera la fábrica de tabaco y, al lado, la casa de Lolita Ramírez que la chiquillería de su generación recuerda con mucho cariño porque había un loro que hablaba y porque era la madre de Mari Sánchez la cantante. Así hasta dar con el portón, residencia de los Tolas y recorrer la gran manzana que ocuparan las viviendas sociales que Don Bartolomé Apolinario mandara construir para que vivieran las familias portuarias. Personajes como Faé, Nene, Fefa la Negra, Matías el Práctico o Paimdo, dieron vida a las calles que, con el paso del tiempo, se convirtieron en un emporio comercial al soco del *can buy on*?

LAS COMPAÑÍAS NAVIERAS

Y mientras la Swanston y Cía. avanzaba en la construcción del dique, fueron instalándose las compañías extranjeras como la Miller, Elder Dempster, The Grand Canary Coaling, Union Castle Line, Blandy Brothers, Cory Brothers o la Wilson Sons entre otras, que de-mandaban infraestructuras como fueron las estaciones carboneras, bancos, varaderos y fábricas de hielo. Aquella gente de Agaete asentada en el Refugio, hizo fortuna de barcos de cabotaje, de Castle y de Yeoward, en definitiva, fortuna de *can buy on*? que, transformada en cabullón, marcó toda una época y creó un estilo de vida paralelo al afincamiento colonial de la gente del continente. Hasta tal punto influyó la sociedad cambullonera, que tuvo y mantuvo su código no escrito, su escalafón de carnet negro y la práctica de la fidelidad u omertá que dicen los sicilianos. Tan importante fue aquel aluvión de gente que ni siquiera Néstor Álamo escapó a la influencia de aquel torbellino de energía que fueron sobre todo las mujeres de Agaete y, aunque Chona la Cangreja no fuera nieta carnal de Pancho Paíndo como dice la canción «De La Isleta al Refugio», sí fueron contemporáneos y compartieron lugar de origen, avatares de la vida y bullicio en torno al puerto.

Todavía se recuerda la algarabía que se formaba en el barrio cuando volvía Chona de mercar en Triana las telas por piezas haciendo su entrada triunfal montada en una tartana. Aquellas mujeres de Agaete y sabedoras, fueron haciendo su puñito rapiñando las libras, marcos, liras, francos y coronas que

quedaban en el fondo de aquellos bolsillos derrochadores de maridos cambulloneros después de su gira barística del Muelle Grande al Refugio, pasando antes por La Isleta.

LOS REENCUENTROS

Todo ese Refugio fue cita obligada el cuatro y cinco de agosto en aquella Rama del reencuentro y de la reafirmación. De familias que volvían año tras año mientras mantuvieron las casas solariegas. «Cochas» decía el pueblo que estaban viéndolas presumir llenando las casas con los víveres que sólo el cambullón proporcionaba y donde no podía faltar el cherne para el sancocho del día 5 antes de que la ensaladilla rusa y la carne mechada nos invadieran. Aquel ampuloso bienestar lo mostraban los de Alito tomando el fresco en la calle en los sillones de mimbre colonial, alentando con su presencia la leyenda de la marinería de cabotaje entrecruzada con el espionaje en la Segunda Guerra Mundial. Por otro lado los de Penene donde destacaba el personaje de Mariquita, rapsoda más que poeta, histriónica donde la hubiere que, con voz engolada y brazo en alto, recitaba los versos de Morales ... *Yo amo a mi puerto, en donde cien raros pabellones desdoblan en el aire sus insignias naviera.* En aquella cita de agosto le salía en franca competencia Juanita la Aurora que, teniendo en su haber la experiencia migratoria de Cuba, no quiso viajar al Refugio. Esta vez la Aurora con más sorna aún si cabe, le recitaba de su propia cosecha el poema al Café y al Valle de Agaete que acababa rubricando con su heráldico Cabrera de Armas como diciendo ¡para que te enteres!. Unos lo vieron como un duelo leal de poetisas y otros como reminiscencias del Agaete profundo. De ese intercambio familiar, mixtura urbana y rural, surge y resurge en el tiempo todo un lenguaje de un pasado efímero que ha ido configurando lo que hoy somos como pueblo y que nos continua identificando con esos barrios capitalinos como son el Refugio y la Isleta principalmente.

PEREGRINACIÓN

Superada en el tiempo aquella peregrinación sencilla del siglo XVIII donde la romería llegaba al viejo oratorio del Puerto de las Nieves atravesando el camino real o camino viejo, para depositar la rama a los pies de la Virgen y quemar sahumerios de plantas silvestres olorosas, surge una Rama evolucionada que nos indica que el ritual, como hecho espiritual, trasciende cualquier frontera geográfica e ideológica que asegura su supervivencia. De ahí que el intercambio produjera un lenguaje y una Rama de *manela y manelbobo, de bobilín y bobona*.

Rama de *estoy por lo positivo* y que vengan cuantos quieran y que coman lo que encuentren. Rama de *qué quieres que te merque* que voy p'a la fiesta.

Rama de *la Habana en Cuba* al que se las daba de listo. Rama de reminiscencias argentinas de Mar del Plata, del que fuma *tabaco de piola* y de lo que vale *un potosí*. Rama de la *Herencia de Los Palmeses* que revolucionó a medio pueblo y que se quedaron a pedir por puertas. Rama de «*ajoto*» de limpiar la casa no he tenido tiempo de hacerme un traje para estrenar. Rama de bajar a Las Palmas a comprar los lujos para la fiesta, seguramente el único viaje del año si no tenías que ir al médico del seguro en la clínica de Lugo allá pasando el gobierno civil. Rama de la amaguada o del amaguado que este año no vino porque tenía al niño con las paperas o el sarampión. Rama de llévate p'al Refugio un pisco de hierbahuerto, de cilantro y perejil para hacer un caldo de papas.

Rama de después de la Rama que ya sabes que te espero para la fiestas de la Naval. Rama que tu sabes que si vas, del Refugio no te vienes con las manos vacías si no es café, es jabón, aceite, queso de bola o chocolate para merendar, hasta aspirinas inglesas y penicilina si cuadra. Rama de un periquito que de gajo me pegó y tan bonito que está. Rama del siglo pasado de años veinte a los cincuenta, de conversaciones familiares al fresco de las aceras y de los patios de flores en una época donde la familia no sobraba ni los amigos tampoco.

Así, año tras año, el Agaete afincado en el Refugio tuvo edad y ancestros para saber que Cambullonaria había sido antes Cochinillápolis, Azúcarcity, Tomatolandya hasta la Platanópolis de Banana Warehouse en el humor ácido de Alonso Quesada y que el Refugio interpretó como instinto y capacidad de supervivencia para ajustarse a tanto en tan poco tiempo. De

esta manera vieron pasar las tartanas, el tranvía, las jardineras venidas de Londres, las gabarras que transportaban el carbón, el patache y el paquebot. Mientras, la chiquillería, a escondidas de sus madres, habían aprendido a pedir el «guan peny» para jugar a tirarlo al agua y sacarlo de margullo y, cuando menos lo esperaban, aparecían en la zona del Sanapú, prohibida para los niños, aquellas madres canarias y de Agaete, con el chiquillo chico escarranchado en el cuadril a ver que era del marido que no había aparecido en todo el día.

Y es que el cambullón tuvo espacio pero nunca tiempo concreto y si la noche era buena para que la chalana sigilosa se acercara a los barcos fondeados en busca de mercancía, también era un peligro para las requisas a domicilio de la policía secreta. Aquel trajín y trasteo creó una red en todo el barrio del que compra, del que vende y del que informa.

Cualquier esquina era buena para una transacción presumiendo como nadie la figura del conseguidor que, ante una emergencia al no poder traspasar por la azotea tantos sacos de café por falta de tiempo, los escondían, hacían las camas con ellos y acostaban encima al primero de la familia que cogieran, con una fiebre inventada o con la epidemia de turno, saliendo luego a la calle con aquel tono arrogante ¡De Agaete y bobo! que venía a equivaler al otra vez los engañé.

CAMBULLONERO Y EXTRAPERLISTA

Recordaba el amigo Víctor que cualquier momento era bueno para un negocio concluyendo, con malicia sacada del manual callejero del Agaete burlón que, un niño del Refugio que se preciara, tenía un padre cambullonero y una madre estraperlista, frase ante la que no pude evitar la carcajada y es que en realidad, entre todos aquellos olores de café, vainilla, cacao y mantequilla que se respiraban en la casa, eran las mujeres, que no los hombres, las encargadas de avisar y de atender aquel guineo del toqueteo en las puertas. Fue la época dorada del cambullón, sobre todo en las dos ocasiones en que se cerró el Canal de Suez por mor de las guerras y el Puerto de la Luz se hizo pequeño para tanto barco, tanta variedad de

género y de divisas. Ahora era el tabaco rubio y los pantalones los que hicieron moderna a la juventud femenina del Refugio y al resto de la modernidad capitalina cuando aún Las Palmas era provinciana y todo lo que entraba por el Refugio era *dabuten y fetén*.

Y la Rama de Agaete volvió a juntar al Refugio, a los amigos de siempre, de cafetines de antaño, de chuchangas, de garbanzas, de adobos y carajacas. De que maté una machorra y tan tiernita que está.

Rama de ron con miel, ron del Charco, ron de Arucas, ron rañilla (a granel, de garrafón), de bar en bar ronroniando a ver si te cuelgas de alguien y te pagan otra ronda. Rama de llevarte a tu casa con una jartá, tan grande como simpática, que no hay quien suba esta cuesta, que nunca se ha visto en otra, que nadie te ha visto así. Rama del qué dirán las vecinas las que arrugando el *josico* no lo esperaban en él. Rama que deja al hombre tranquilo que p'a eso estamos de fiesta, que trabaja todo el año y tan buen marido que es. Rama del *¿Dónde estás que no te veo? En la esquina Juan Tadeo y que a poleo me huele que esto no acaba bien*.

Tiendas de aceite y vinagre de con el culo a dos manos (el dueño, se sobreentiende) de por un lado los víveres y del otro lado las copas. Noches de parrandas callejeras de isas del disparate:

Cuando en el fondo del mar

suspiraba una alpargata

y en el supiro decía

si no me sacas me ahogo.

La isa de los pastores afincados en la Majada:

*Échalas p'arriba y vente
y si no las jallas trailas
comerás leche con gofio
del rebaño de mis cabras.*

O de la recién casada:

*Por Dios te pido ángel mío
que no me dejes sufrir
dejé a mi padre y mi madre
y a mis hermanos por ti.*

Aquellas Ramas que juntaban a las familias propiciaron también los retratos de cuerpo gentil con el paisaje pintado que traía el retratista y la repisa o la silla que siempre prestaba una vecina. Rama de un tiempo de autarquía y escasez atemperada por la gente del Refugio. Rama de una España a granel.

MONDONGO Y VOLADORES

Rama del viento que sopla y suple el calor agobiante, de remolinos de tierra, de ese mar de banderillas que no hay quien leve las nasas, que no hay quien salga a la calle. Rama y viento que me tiró el gallinero, la latada, el croto grande y hasta una plancha de zinc. Parece que hoy hace menos, anoche sopló más fuerte, de hoy a mañana se quita, lo dijo el hombre del tiempo, entonces es que va a haber más. Gracias a que está soplando la

fiesta es que está anunciando y las Nieves va a venir. Rama que bailó Machale, la Pelica, la Panchilla, el Calirón, Juan el Manso, El Birole, El Bobo Grande, el Carila, el Pupulo, la Mensa, Magüita y Juan Ezequiel. Rama de familias grandes de Evaristos, de Cubines, Machucos y Gracilianos, de Lajillas y Panchones, de Palomos, Bullones y Piñeros, de Alejos y de Mechuos. Rama de la gente humilde que fue quien bailó la Rama, que no entendieron de clases, ni ideologías ni banderas.

Rama que no escribió nadie, que nadie se la apropió para que de nadie fuera, para que fuera de todos. Por eso no está en los libros, por eso sí está en la calle. Rama de la tolerancia, de distinción, idiosincrasia, Rama de la heterodoxia y del respeto a lo que ves. Rama que huye del pensamiento único y que de la globalización, sin serlo, necesita o no, del marketing, de la comunicación y de la información. Rama del siglo XXI que tiene memoria histórica pública que no privada, afectos, emociones, recuerdos y hasta nostalgias. Rama del hecho pagano y también del religioso que no está en contradicción. Rama que te revuelve el mondongo cuando suena el volador, cuando bailas Campeón y cuando llegas a la Virgen.

Años de exvotos de cera (manos y pies), cirios, flores, misas de peregrinos, hábitos de azul y rojo, del cordón con siete nudos. Tiempos de caminar descalzos, de promesas de rodilla, de la Salve Marinera, del Estrella de los Mares. Cantos de Gozos Marianos, del Agaete Escogido y canto de los Adioses que te añurgan la garganta y no tiene explicación. Rama y que no se empeñen en controlar sentimientos, en dirigir las pasiones, en mirar para otro lado cuando a nuestro pueblo llegan tropecientas mil personas. Rama de saber lo que queremos, de explicar las tradiciones y quererlas compartir.

* Publicado en el periódico La Provincia/ Diario Las Palmas el 3 de agosto de 2003.



DE LA ISLETA A LA RAMA

CAMBULLÓN Y TARTANEROS

El barrio del Refugio, que había cobijado a la gente de Agaete en las dos primeras décadas del siglo XX, quedó saturado y la siguiente generación se dirigió hacia La Isleta que, para entonces, había planificado y ordenado el arquitecto municipal Laureano Arroyo. Y La Isleta, adonde antes había llegado una riada de conejeros, se fue poblando con la segunda generación de cambulloneros y la nueva oleada llegada de la Villa entre las décadas cuarenta y cincuenta.

Palomos, Evaristos, Escolásticas, Abelardos y Álamos juntos con las Fonas, los de la Pulga, los de Remedios, las de Narciso, las de Carolina, los de Popó y también las de Papá Judas, las de Elena Justa y los Palmeses, se repartieron por la geografía isletera al soco del trabajo que el ensanche del puerto y el turismo incipiente proporcionaban. De este modo, quien no trabajaba en la carga blanca, lo hacía en las navieras, en las empresas que abastecían a los barcos, o en la nueva profesión de tartanero, hoy desaparecida y que Andrés Plata se encargó de inmortalizar con la canción que lleva su nombre. Pero sin lugar a dudas, la palma de las profesiones la seguía ostentando el cambullón, el trajín del estraperlo y los cambistas de moneda extranjera que al pie de los trasatlánticos turísticos se configuraban como los nuevos ricos del momento.

Pero si La Isleta fue generosa con aquellas familias de Agaete, éstas no lo fueron menos con ella y mientras los de Chapín daban a Trona para la Unión Deportiva Las Palmas, los de Cristóbal Jiménez lo hicieron con Lázaro Santana para la literatura, los de Cuite a Manolo García para el carnaval y los Trujillos a Pepe Dámaso para la pintura y para que de su mano llegaran a la Rama artistas como Manolo Millares, Elvireta Escobio, César Manrique, Miró Mainou o Martín Chirino.

¡TUMBA MORALES!

Fácil de integrar, el Agaete emigrante se fue imbuyendo del instinto isletero que navegaba orientado por otra brújula y otros puntos cardinales. Instinto dispuesto a poner la honra en juego a la primera porque, o eras del Porteño o del Muelle Grande si de vela latina se trataba, del Artesano o del Ferreras si había que discutir de fútbol y del Carmen o de La Luz cuando entraban en baza las parroquias. Y el ¡tumba Morales! se oyó desde la Puntilla hasta Andamana y el ¡alza Piriles! desde la Fábrica de Velas al Castillo de La Luz, dichos que fueron meros exponentes de una colectividad transgresora, solidaria, luchadora y creativa donde, la iglesia de la Luz, junto con la calle Pérez Muñoz, acabó siendo para los de Agaete como la quinta avenida para los neoyorkinos, con un poco más de cuesta.

Siempre es reconfortante volver a La Isleta más cuando, en esta ocasión, el paseo por sus calles lo hago con Alberto Trujillo, un amigo de los que le hacen análisis de Isleta para ver si le encuentran sangre.

Recordamos aquella infancia de prohibiciones donde su abuela le marcaba los límites en la calle de la Naval y el mío entre las calles Tauro y Gordillo. Rememoramos el Boquete por donde llegaba el mar hasta la Iglesia de la Luz, la vaquería y las casas de madera ambas en la calle Tauro. Casas de puertas abiertas, de vecinos bien avenidos, de tertulias nocturnas en la noche veraniega. Chiquillos en bandadas, palanquines nos decían, comprando caramelos grosos con el dicho en el envoltorio de ¿qué le dijo el sol a la luna? ¿qué le dijo? y un lambío que, con lo que le sobraba, le pedía a la del estanco tres pastillas de a perra de la cabeza de Chanrai.

Así vimos pasar el carro de la basura tirado por un burro y más tarde el de la fruta y el cabrero cuyas cabras con las esquilas anunciaban su entrada en la calle Anzófé. ¿Quién no vio una cabra loca y muerta de hambre, velando y corriendo detrás de un papel para comérselo porque daba olor a jamonilla o picadillo? Y es que el dicho de «estás como una cabra jarta papeles» no fue una ocurrencia; desde aquella época la realidad ya superaba a la ficción, detalle que no pasó desapercibido para Néstor Álamo que se fijó en otra cabra rusia y cascabelera. Evocamos, cuando aparecían los de la perrera a llevarse los perros callejeros, momento en que una maná de barejones, flacos, secos y tollúos, adolescentes llaman hoy, salían detrás con el grito de

guerra ¡Suelta al perro. Gandul! que acababa coreando toda la vecindad mientras un guindilla acechaba a distancia por lo que pudiera pasar.

EN EL TEATRO MILLARES

Aquella Isleta, heredera del Refugio, se movía de forma masiva para ir a San Bartolomé en Fontanales y el sancocho posterior en los Tilos de Moya y para la fiesta de la Rama, si bien durante el año siempre hubo motivos y puntos de encuentro donde intercambiar noticias de la urbe y del pueblillo.

Uno de los puntos de encuentro de aquellos agaetenses regados por La Isleta fue el Teatro Hermanos Millares junto a la playa de las Canteras, donde está actualmente el Hotel Imperial Playa. Hasta allí se desplazaron para ver la pléyade de artistas locales que alegraron las noches porteñas, sobre todo cuando salía a escena Momi Diepa cantando «*Agua Calentita*» o «*La Cántara*» que el gallinero aplaudía a rabiar para que repitiera y de paso ver las piernas más valoradas del momento.

Noches melódicas con las que nos deleitaron Manolo Alonso, Eva del Río o Rafael Arraiz y la voz inconfundible del rapsoda Antonio Martín, a quien el público no dejaba retirar del escenario hasta que no recitara aquello de ... *que madre no hay más que una y a ti te encontré en la calle*. Recordamos el nombre de Felix de Granada con el «*Romance de la Reina Juana*» y cómo no, los nombres de Lidia Guillén antes de ser Lea Zafrani o el Circo Pololo. Pero cuando en verdad se agotaban las localidades del Millares y La Isleta y el Refugio acudía en peso, era para ver a Mari Sánchez en pleno apogeo cantando junto con los temas canarios, boleros y ritmos sudamericanos. De aquel conjunto de artistas saldrían los que luego vendrían a Agaete al Desfile de Variedades de la Fiesta de las Nieves.

Era el momento más esperado para ver a Solita Ojeda abriendo mares y a comerse la plaza entera cuando entonaba «*Es el amor en España, llama de fiera pasión*», con aquella institución al piano como fue doña Luz León y la atenta mirada de Don Arturo, el empresario que desviaba por momentos la atención con un monillo, vivo, que portaba al hombro. Aquel público

novelero y goleor ya tenía aprendida la canción y coreaba con Solita... y *el que no sabe querer a una morena, es que no es hombre ni tiene corazón*. Y así año tras año, Agaete vio desfilar al trío Ola de Calor integrado por Paquita Martín, Tere Robayna y Nati Melgara junto con Anita Lirio que la anunciaban como la voz de oro de Las Palmas con su tango *Uno* o Katia Loren que hacía la versión local de canciones como «*Bombón*» con la que armaba una algarabía cuando decía... *los muchachos de Agaete son unos toletes*, respondiendo éstos a coro ¡bombón! a la canción y a ella. Noches de estío y canciones que marcaron una época que los programas de radio como la Ronda y Discos Dedicados se encargaron de reforzar.

CAMINO DE VENEZUELA

Pero no todo en La Isleta fue diversión en aquellos años de posguerra donde los que habían llegado antes y estaban situados, hicieron de embajadores ante la Junta de Obras del Puerto y en las empresas para colocar a los nuevos emigrantes, o sirvieron de plataforma momentánea de los que, por necesidad, se fueron en busca de nuevos horizontes allende los mares. Así vieron los Morros, los de Graciliano, Evaristos, Capiros y los de Sansón, trasponer en la bocana de la bahía, unas veces al Begoña y otras al Montserrat, vapores que cubrían la línea entre el Puerto de la Luz y el de la Guaira en Venezuela.

Esta diáspora no pasó desapercibida entre los compositores locales que escribieron canciones de ausencia que ayudaron a llevar Canarias y Agaete en el recuerdo. De esta manera Herminia Naranjo componía «*Mi Canaria Adiós*», Cabrera y Santa María «*Puerto de La Luz*», Vicente Hernández «*El Teide en la nube gris*» y probablemente una de las más emblemáticas en el pentagrama de Néstor Álamo y en las voces de Mari Sánchez y María Mérida «*Adiós Canaria querida*».

Y en tanto que las cartas iban y venían desde Agaete a Chacao en el Estado Miranda, La Isleta crecía a golpe de autoconstrucción y algunas colonias de casas baratas que fueron ubicando definitivamente a las familias venidas de la Villa. Cartas y programas de las fiestas de Las Nieves que no sólo fueron para Venezuela sino también a Costa Rica, Cuba, Uruguay y Argentina.

Estampas de la Virgen de las Nieves en su nuevo trono de nube y ángeles que allá por 1949, esculpiera el artista local José de Armas Merino. Escritos que ayudaron a recordar una Diana, Rama y Retreta, una subida de la Virgen, una traca y la promesa de volver que no todos pudieron cumplir.

LA ISLETA SE HIZO RAMA

Tanta añoranza y tanta complicidad hizo que la Banda de Agaete irrumpiera en La Isleta una memorable madrugada de octubre en la década de los sesenta por las fiestas de la Naval y la música avivó la genética dormida por la rutina y el tiempo y La Isleta en peso se echó a la calle mientras la Banda no dejaba de tocar «*Arriba Diana*» y «*Aurora Feliz*». Agaete y La Isleta se reconocieron una vez más y la vieja generación preguntaba a la nueva «de quién sos tú» y «pa mi cuenta te quiero conocer», a la par que los abuelos atendían a los nietillos para que bailaran ¡con las manos arriba! ¡baila con las manos arriba!, según decían emocionados. Si emotiva fue la Diana no menos lo fue la Retreta, con una Isleta en pie de guerra y una Banda incansable que pasaba de «*La Madelón*» a «*Soldado de España*» y del «*Campeón*» a «*Todo por España*» sin parar. Mas el viejo Agaete recordaba y dos señoras entradas en carne y en edad, que bailaban sin cesar enchapadas en sudor, se acercaban una y otra vez a José el de Carolina y a Manolito García, músicos los dos, para que tocaran «*La cita fue antes de dar las diez*» y

«*Agua del pozo de la virgen mejicana*» pues les recordaba sus años mozos.

Y bailando sin parar y abanicándose con un cacho de cartón de una caja margarina, seguían con la multitud que ahora se dirigían al Refugio. Aquella Isleta ocurrente y burletera, donde todo se compraba y se vendía menos el cariño verdadero, esa noche también lo vendió por la Lejía el Papagüevo que se extendió por toda la isla y ni se compra ni se vende.

EN COCHE DE HORA

Mientras tanto Agaete olía a fiesta entre el viento que había llegado y el trajín de la gente pintando, albeando o dando una mano de gasoil a los muebles y puertas. Presentías la fiesta porque invadían el pueblo los afiladores o amoladores y los lañadores además de Rafaelito el árabe, un libanés de los que Tomás Morales cantara en Tiendecitas de Turco que recorría el pueblo con el fardo cargado vendiendo telas buenas, bonitas y baratas. A la vez, una sardinera ambulante pregonaba a voz en grito ¡Vivita muchacha. Fresquita! ; A la sardina fresca! mientras los niños hacían mandados a las tiendas de aceite y vinagre de las de dice mi madre que me dé y que se lo apunte, porque los niños no manejaban dinero excepto que fueras a la farmacia a comprar un parche Sor Virginia.

Vísperas en que la gente bajaba a Las Palmas a comprar los lujos, unas veces en Triana y muchas en el Puerto cuando la calle Juan Rejón y Albareda eran verdaderos emporios comerciales. Viajes interminables en el coche de hora de Chanito Cardones y Francisquito Sánchez que nunca supimos si corría el coche o los árboles de la carretera.

Paradas tras paradas para recoger lecheras y de *«no arranque Chanito que viene una pobre corriendo con el niño en los brazos que seguro que va al médico.»*

De llegar desesperados a la ciudad de Arucas para arrojar en una época donde nadie vomitaba. Mercerías ambulantes que fueron aquellos cobradores y chóferes de los coches amarillos con muestras de telas para forrar botones, comprar una cremallera del quince y unos broches de presilla.

JUEGO CON FUCHI FUCHI

Tiempos de costureras pegadas a la vieja *Singer* mandando recados para la primera y segunda postura, de hilvanes de última hora y vueltos haciendo bicos por falta de plancha, de aquellas de hierro y carbón en contra del viento. Mediodía de asaltos y vermutailable, de paseo y música con pasodobles sin tarde de toros. Tómbola del señor cura, de rifas de juegos de

vasos de bodas lejanas, de tortugas de carey y de gitanillas que andaban tirando del hilito, de una Santa Cena y un cuadro de los niños que corrían con ojos vendados y tras ellos un ángel custodio, de juegos de comodín con un pez con fuchi fuchi que vomitaba colonia.

Y todo el mundo contento porque el dril de diario daba paso al vichy y al popelín a cuadros y a rayas y hasta hubo quien estrenó unas esclavas del gallo. Noches de turrón a la luz de carburo y póngame cinco duros pa la viejita. Glamour de moaré o piqué y de un peinado Arriba España que, junto con unas gotas de Tabú, Maja o Joya , conformaban la elegancia de ellas en los bailes oficiales ¿A quién no se le hizo una rozadura a cuenta del zapato nuevo? ¿Quién no vio a alguien con una piedra majando la parte de atrás del zapato para ablandarlo o arrastrándolos en un terraplén para no resbalar con las suelas nuevas?

Y los papagüevos, que habían aumentado en número gracias al entusiasmo y el modelado de don José de Armas, ya estaban vestidos de cretona en expectativa de que la gente de Agaete y La Isleta se mezclaran para bailarlos.

Parrandas familiares en las que si pasaba un borracho de solemnidad se entonaba *...que me sirvan las copas por Pénjamo* y si era el novio que no querías para tu hija saltaba una voz cañera cantando *...me ha pretendido un maleta* y yo «le ha dicho» que no, con la consiguiente respuesta en el cruce de parrandas donde otra voz, tronera ahora, defendiendo al novio cantaba... *con la moda que han sacado de fugarse las artistas*, ambas partes de *Balancé*.

TODA LA CASA ES CAMA

Si para Machado su infancia fueron recuerdos de un patio de Sevilla, para mi generación fueron recuerdos de un día tres de agosto a la espera del coche de hora donde llegaba la familia de La Isleta y digo familia en primer, segundo y tercer grado, más una vecina con la hija y el novio que acababa de conocer.

Recuerdos de unos primos, todos juntos en pijama a las cinco de la mañana en la esquina de mi casa para ver pasar la Diana.

De una Isleta abierta a quien no hubo que explicarle el pluralismo racial ni cultural porque ella misma lo es. De un ritual como es la Rama donde sobra el sectarismo y cabe el respeto y la tolerancia. Memorias de una Virgen de la Luz que, girando en Benecharo para entrar en la Naval, lo que pasa es la elegancia y una Virgen de Las Nieves con los gozos en su honor:

*Si por un milagro Roma
la primera vez os clama
y Oreto por vuestra fama
grande devoción os toma,
en Agaete por fin mueves
con mil prodigios tu amor.
Mostrando vuestro favor
madre pía de Las Nieves.*

Comentar todo esto con los Cuite y las de Lila, agaetenses de mi generación, es disfrutar y recordar el encanto de las casas solariegas donde las abuelas lo solucionaban todo aplicando el dicho cubano que dice: cerrando la puerta de la calle todo la casa es cama.

* Publicado en el periódico La Provincia/ Diario Las Palmas el 4 de agosto de 2004.



MUJERES EN LA RAMA

PAPAGÜEVAS

Fue siempre una particularidad de Agaete erigir papagüevos a personajes típicos del pueblo mayoritariamente hombres, pero debemos recordar que la decana de esta tropa es una papagüeva, *La Negra*, la que más gasto ha ocasionado a las diferentes corporaciones en trajes de cretona, turbantes con gran lazo y bisutería de grandes aretes, narigón y pintura roja para las bembas. Es sin duda alguna, la primera inmigrante de color conocida en el pueblo (después vendría el Negro) pues debutó en la Rama de 1935 de la mano de Don Juan de Armas Merino y su ayudante Don César Expósito del Rosario. En su memoria guarda setenta años de historia y de Rama en honor de la Virgen de las Nieves, de cuando ésta se bailaba con ritmo acompasado que era como había que bailar «*La cita fue después de dar las diez*», «*Llegó el amor cuando menos lo esperaba*», «*Agua del pozo de la Virgen mejicana*» o «*Adelita*».

Una época en que los bailadores de papagüevos rotaban para que las manotas de los gigantes al girar como aspas de molinos, hicieran avanzar la comitiva. *La Negra* siempre fue la predilecta de la chiquillería porque sus bailadores dejaban que hiciéramos un corro a su alrededor cuando la Banda de Agaete tocaba «*Siga el baile*» por aquello de la comparsa de los negros al compás del tamboril o «*Madre cómprame un negro*». Siguiendo el aporte étnico de sus antecesores, Don José de Armas Medina introdujo otra papagüeva procedente en esta ocasión de extremo oriente, *La Japonesa*, que en su debut movía la mandíbula y siempre fue pintada como una puerta. Durante muchos años fue la papagüeva mejor conservada debido a la relación idílica que mantuvo con su único bailaror y amante fiel, Patricio, que la bailó mientras pudo. Ahora la Rama había cambiado de ritmo pero no tanto como para poder bailar «*La ovejita lucera*» «*En una jaula de oro*» «*Chely te quiero, Chely yo te adoro*» o «*Juanita Banana*», canción esta última que fue censurada por alguna mente calenturienta que debió observar

algún coqueteo entre las papagüevas con sus respectivas parejas el Negro y el Chino.

Hasta los sesenta llegó bailando Lola la Marta hija, mujer de carne y hueso que resumía en sus movimientos lo que fue toda la escuela de antiguas bailadoras y bailadores de la Rama. Lola, con la melena al viento cual Magdalena, traje ceñido al cuerpo con gran cinturón y mayor hebilla y montada en aquellos grandes tacones, más que bailar penitenciaba en silencio sin dejar que nadie se le acercara, y mientras ella luchaba con su cuerpo al son de la Madelón, Manuel el Carila a la par, hacía bailar las aguas del manantial del barranco que portaba en sus bidones, apartándose todo el mundo para ver el espectáculo con la trompeta de José el de Carolina sobrepasando en agudos la de Manolo García y la gente gritando para que tocaran el Campeón. Para entonces, Lola había entrado en trance de macumba y los músicos entonaban «*A lo loco*» para el lucimiento personal de Manuel, que había convertido las alpargatas de esparto en chanclas porque, en llegando la Rama, daba igual de chanclas o de tacones, lo importante era bailarla.

Pero la presencia femenina en la Rama no quedó ahí. Allá por la década de los setenta recaló por Agaete «Megui», otra inmigrante esta vez real, llegada del estado de Ohio. Norteamericana y bohemia, Megui rompió con todas las reglas del aprendizaje de idiomas y con el paso de los años, no supimos que hablaba peor, si el inglés materno o el castellano adoptivo; lo cierto es que con aquel «espangle» cautivó los corazones de la gente y cumplió con todos los requisitos exigidos por la sabiduría popular, para ser merecedora de elevarla a la categoría de papagüeva. Al final de sus días regresó a su pueblo natal para morir, aunque partió contenta sabiendo que en Agaete, cada cuatro de agosto reviviría con la Rama.

PAPAYAS, GRANADAS Y MANGAS

Hasta la década de los sesenta las fincas tradicionales se mantuvieron en explotación y, desde el casco urbano hasta el mar, donde antes hubo caña de azúcar ahora había plátanos, tomates, café, mangos, aguacates y verduras. Esta era la riqueza que atesoraban fincas como La Casa Fuerte, La Fuente

Santa, La Palmita, La Torre, El Zambrano o Las Candelarias, situadas a la izquierda del cauce del barranco y cuya abundancia de agua permitía a sus dueños embellecer los linderos con geranios y flores de pascua. En el margen derecho, las fincas de El Angosto, La Concepción y Los Arenales, destacaban por las hileras de papayeros con sus pináculos coronados de hojas y frutos. De todas esas fincas partían las carretas tiradas por bueyes enyugados para ofrecer en la tarde del cinco de agosto lo mejor de la cosecha a la Virgen de las Nieves. Era el momento de la Ofrenda a la que se unían las carretas venidas del valle adentro procedentes de las fincas de Chapín y Las Longueras, sumándose también a la comitiva el ganado y animales de carga.

Carretas engalanadas con elementos vegetales que escenificaban acciones propias de las labores agrícolas o de la fiesta en las que las mujeres del pueblo interpretaban papeles costumbristas, unas veces tostando millo, otras lavando y tendiendo en las tabaibas, también haciendo el pan, imitando a las turroneas, quitando la pajarilla a las plataneras o empaquetando tomates. Los integrantes de las parrandas que acompañaban las carretas, salían de los grupos de rondadores enamorados que, a lo largo del año, se les oía cantar sus cuitas de amor al pie de alguna ventana, bien por la onomástica o el cumpleaños de alguna pretendida. Ahora, día cinco por la tarde, los boleros y habaneras daban paso a la voz de la tierra convertida en isas y folías agrícolas que las cuadrillas de mujeres cantaban mientras faenaban en las fincas. El pórtico de la iglesia fue testigo de las voces que, en franca porfía, rivalizaban cantando:

*En el patio de tu casa
tiene una cita un canario
de día canta folías
de noche reza el rosario.*

Alternando con el jocoso:

*Este que está aquí a mi lado
es mi novio y no me pesa
hay quien pudiera tirarlo
por el puente de cabeza.*

Y entre isas, folías y malagueñas, se iba apilando el frutero de la abundancia coronado de granadas y flores de flamboyán que dieron fama a Agaete e hicieron de su Valle un vergel.

INTRARRAMA EN PIRATA

A la Rama ya no sólo se venía en los coches de horas, los de los asientos de terciopelo mareado, ellos y los que viajábamos. El pueblo se fue dotando de una flotilla de furgonetas de diez y doce plazas que en toda la isla se les denominó piratas y también cyrasas, por la similitud con los turismos de la agencia del mismo nombre. Juan Bermejo, Felix, Antonio el de Clarita o Pepe el de seña Luciana, se hicieron famosos por sus cyrasas y por el toqueo continuo en las puertas de sus domicilios con la cantinela «dice mi madre que si va mañana para Las Palmas y si cabe uno», a lo que la mujer de cualquiera de ellos, desde el fondo de la casa y sin saber quien eras respondía «está completo niño». Hablo de cuando las puertas no se cerraban que se trababan con un gancho y tú metías el josico por entre puertas para gritar el mensaje. Llegadas las vísperas de la fiesta, el mensaje cambiaba porque desde Agaete se concertaba con los piratas la recogida a domicilio de la familia de Las Palmas con la coletilla de «total, por dos duros más»

Rama a la vuelta de la esquina, cada casa era un mundo diferente con acciones similares y mientras unos iban a probarse los zapatos a la fábrica de maestro Pedro, otros lo hacían a la de maestro Valentín porque la moda de llevar unos zapatos de chúpame la punta, no es de ahora que viene de viejo. En la casa de unos amigos, lo primero que compraba la madre y metía bajo llave eran los refrescos ya que, llegada la fiesta, nadie tenía sed de agua sino de baya baya, royal crown, agua de moya o clipper. Se sabía quienes tenían sed de mirinda porque, después de haber juntado las chapas para canjearlas por los discos de color naranja, volvían locos al vecindario con estos y el pick-up y si unas veces fue Karina con sus «*Flechas del amor*» hasta rallar el disco, otras lo fue «*Ob-la-di, Ob-la-da*» con el que mareaban el espejo del baño hasta lograr levantar la gran moña peinada con brillantina.

En otras casas la respostería era lo primero que se hacía por el tiempo que ocupaba. Las claras de huevo se batían a mano hasta dejarlas a punto de nieve para hacer los suspiros por un lado y un pudín (pudding) o queque (cake) por el otro. Todo el que iba llegando iba haciendo relevos interesados, pues la recompensa estaba en untar al final el dedo, en las raspas de la escudilla gigante donde se batía. Así hasta completar la variedad con mantecados, garapiñones y bollos de aceite. Dulces con sabor a limón y canela que era a lo que olían las alacenas de nuestras casas por esos días. Panadería de maestro Juan y de Pino y todas haciendo turno para ocupar el horno en una época en que los conservantes no habían hecho su aparición y los dulces no se envasaban al vacío porque, según mi vecina, eran autodate (out to date) de consumo preferente. Pero lo que indicaba en una casa que la fiesta estaba ya a punto de celebrarse no era ni el gasoil que se le daba a los muebles, ni el albeo con cal para desinfectar, ni el lavado y cambio de cortinas, ni el olor a zapatos nuevos. El síntoma fundamental era cuando las madres extendían sobre la cama la gran colcha moruna que alguien le había traído de Sidi Ifni o del Aaium y ojo con que alguien se atreviera a tocarla.

Con la familia de puertas adentro y las camas y colchonetas asignadas, todo era motivo de alegría excepto cuando te tocabas el dedo con la uña majada a cuenta de un pandero de chapas, construido para acompañar en la parranda familiar que se formaba después de las comidas. Cuántos boleros

al soco de los patios de flores, qué oídos para entonar «*Mil besos*» o «*Los últimos de Filipinas*». Nunca hubo parranda sin canciones de ausencias que no eran fados sino habaneras como «*La bella Lola*», «*Paloma Mensajera*» o «*Lucero de mis noches*». Parrandas interrumpidas por otras, que al pasar por tu calle, obligaban a asomarte en un se me quiere parecer la que va cantando a Epifanía o a Águeda la de Juana la de César, pero no, era la jarquilla de la Villa de Abajo que subían calle Guayarmina arriba cantando aquello de «*Mira como ando mujer por tu querer*» para justificar la jumasa que llevaban y que se volvían, hasta serios, llegada la parte de «*Tú, sólo tú, has llenado de luto mi vida abriendo una herida en mi corazón*», aunque poco les duraba la pena porque con la misma entonaban «*Maringá*» o «*Raska-yu*».

TRES VECES GUAPA

Una fiesta de las Nieves que se preciara no podía transcurrir sin el baile oficial en el Casino que era el acontecimiento social más importante. Ni que decir tiene que era obligatorio estrenar y allá que iban todas compuestas, con o sin novio, pero sabiendo bailar por lo que se terciara. Para que el baile fuera oficial de verdad, debía amenizarlo la Orquesta Mejías que era la mejor de la comarca en los años sesenta.

Época en que la mujer todavía acaparaba la atención de los compositores y , aunque el título del pasodoble fuera «*Sombrero en Mano*», la parte más esperada era cuando la vocalista cantaba «*Mujeres como las de España, jamás las he visto yo*» o en «*Luna de España*» donde toda la sala entonaba «*la luna es una mujer y por eso el sol de España...*»

A todas estas, las amigas oliendo a Madera de Oriente, ya habían ido dos o tres veces juntas a los servicios a retocarse el peinado Arriba España y a revisar los lamparones de visnú o polvos de arroz que, maquilladas a la luz de las velas, aparecían unas peor encaladas que otras pero dispuestas y tiasas sobre los tacones para bailar aquello de «*Morena, la de los rojos claves, la de la reja floría...*», que miren ustedes por donde era casi cierto, porque el rubio de bote aún no había llegado. Y mientras ellas lucían el

palmito, ellos estaban a punto de morir asfixiados vestidos de formica con el traje de la boda y el nudo de la corbata.

Desde la calle se percibía el ambiente del baile y se oía la trompeta entonando «*Lisboa Antigua*» y «*Coimbra*», melodías llegadas de la vecina Portugal que junto con «*Arrivederci Roma*», fueron indicativos de la fama de pueblo parejero que siempre tuvimos. Cha-cha-chas y congas fueron motivos para cogerse de la mano o por la cintura ellos y ellas hasta que, llegado el bolero, las que no tenían pareja corrían a sentarse (porque estaban cansadas) y preferían ver bailar «*Toda una vida*», «*Solamente una vez*» o la romántica «*Mirando al Mar*». A las doce de la noche los olores a carne frita que salían de la cantina del Casino empezaban a extenderse por la sala y Mejías, el director de orquesta, entendía que era la hora del descanso, con gran discrepancia por parte de alguna madre que exigía que tocara «*Sombrero en mano*», para que su hija bailara con el novio recién llegado a la sala con permiso del cuartel. Y la orquesta complaciente tocó «*Tres veces guapa*» y un músico enralao invitó a bailar a una señora mayor que se le iban los pies pero ella jocosa le contestó ¡mi niño; a estas alturas del baile ni me enfrío ni me caliento!, con la consiguiente carcajada colectiva mientras la sala cantaba «... *para decirte mil veces, guapa, guapa y guapa*».

LA GRAN SEÑORA

Pero la mujer que nunca falta a las fiestas porque es Ella el motivo de la celebración, es Nuestra Señora de las Nieves, llegada de Flandes allá por el siglo XVI producto del comercio entre las islas y el continente, cuando Canarias era un emporio azucarero y Agaete uno de sus muchos ingenios. Nació mi generación unida a los nombres de Alonso de Lugo como principal artífice de la conquista y de una Virgen que continuó con él hacia la isla de La Palma. Crecimos bajo los nombres de Antón Cerezo y Sancha Díaz de Zorita, en calidad de donantes, mezclados con la leyenda de la piratería y de unos cuadros escondidos en el dormitorio del señor cura, que lográbamos ver cada vez que éste se ausentaba.

Vivimos para saber como el 28 de octubre de 1963 aparecía la auténtica pintura flamenca de la Virgen y para ver el recibimiento del pueblo un 10 de noviembre del mismo año. En esa mezcla de religión y fervor popular, el pueblo de Agaete consolidó sus cimientos y tanto la zafra de tomates, como la del bonito, pasaban inexcusablemente por una vela, al menos, a la Virgen de Las Nieves.

Varios siglos de salitre guardan los muros de la ermita cristiana y mudéjar que la custodian y mucha tinta vertida sobre si salió del pincel de Joos Van Cleve o simplemente del «Maestro del tríptico de Agaete».

Demasiada polémica suscitada ante el capricho de tirar la ermita al suelo para levantar una gran basílica, controversia que dio pie a la letrilla incisiva salida de la inventiva de Don Sebastián Monzón que todo el pueblo cantó en aquellos carnavales

LA ERMITA

(Con música de "Cuatro milpas")

Ni siquiera los troncos han dejado

de las palmas de la Ermita

y dicen que el viento,

que vino de noche

fue quien las tiró.

Los jardines ya daban vergüenza

sin las flores y sin olor

*y encima quisieron,
cargarse la Ermita
metiendo un tractor.*

*Si a los hijos del pueblo le dicen
lo qué con la Ermita
querían hacer,
las hogueras del día de San Pedro
y de San Antonio
volverían a arder.*

*Blanca Ermita de viejas paredes
arrulladas por el mar,
mentira parece
que hubo quien quiso
tus muros tirar.*

*No queremos otra Ermita sino esa
ni pecar de vanidad,
queremos la vieja*

tan blanca y bonita

tal cual como está.

Sebastián Monzón Suárez

Si el cinco de agosto eran los viejos marineros vestidos de reyunos los que subían la Virgen desde el Puerto de Las Nieves al Pueblo, hoy son más las mujeres reyunas que continúan la tradición de subir, bajar y custodiar a la extranjera llegada de Flandes, que designó para siempre a Agaete como el pueblo escogido para su reinar (así decía el himno). Y en esa mezcla de sal, incienso y poleo, la Estrella de los mares como dice el cantar, acoge a sus devotos con su dulce sonrisa angelical mientras el pueblo, en ferviente oración, recuerda ante la Madre las veces y los motivos por los que rezó una salve.

* Publicado en el periódico La Provincia/ Diario Las Palmas el 6 de agosto de 2005.



DEL SAHARA A LA RAMA

CON SABOR A CALIMA

La tercera oleada migratoria producida en la década de los sesenta no tuvo un espacio concreto como lo fueron El Refugio o La Isleta en las dos ocasiones anteriores. Esta década, rica en música y en movimientos sociales de protesta, trajo sin embargo la quiebra de empresas que hicieron tambalear la economía tradicional del municipio. Junto con el abandono progresivo de la agricultura, quebraron las dos fábricas locales de calzados, la de maestro Pedro y maestro Valentín y la planta eléctrica, a lo que se sumó la compañía AICASA, la de los coches de hora y Agaete se vio con medio pueblo en paro, a oscuras y sin otro transporte que no fueran los piratas. Pero como el bienestar no conoce fronteras, en esta ocasión hubo familias que emigraron a Las Palmas capital al socaire de lo que luego serían las compañías de transporte UTINSA y SALCAI, afincándose mayoritariamente en el Polígono de San Cristóbal y también en Schamann, otras marcharon al sur de la isla al amparo de la aparcería o el turismo y bastantes cruzaron el charco en dirección al Sahara, a trabajar en los fosfatos de Bucraa y en las empresas que abastecían el Aaiún y Villacisneros.

Hasta el desierto de donde procede la calima que nos invade, llegaron en diferentes oleadas los Panchones, Barrosos, Grimones, Evaristos, los de Manochico y Manalola, los de Firra y las Cotorras, a lo que había que sumar la soldadesca, que le tocaba servir en los regulares de Smara y quienes iban a sacar el carné de conducir, porque decían las de Lola la Pancha y la de Juana la César, que en el Aaiún era más fácil. De tal manera que, en vísperas de las Fiestas de las Nieves, se podía escuchar una conversación sobre Agaete y la Rama en las guaguas 3 Rehoyas, 2 Isleta ó 9 Pedro Infinito y también en el Viera y Clavijo o en el León y Castillo, que eran los correíllos de la compañía Transmediterránea que hacían la travesía entre Gran Canaria y el Aaiún, La Güera y Villa Cisneros.

Esta nueva oleada, sumada a los hijos y nietos de las anteriores, más la novelería que había fichado por la Rama con plaza en propiedad, llegaba hasta Agaete desde las vísperas, donde se respiraban nuevos aires que le dieron un revolcón a la Rama de finales de los sesenta. Y por el mismo agujero por donde salieron las cómodas, mesas de patas de cangrejo, trinchantes, aparadores, roperos con la gran luna y los talleres, muebles todos ellos considerados viejos, entró la formica, que ni se raya ni se pica, según decía la propaganda, y el duralex, que sustituyó a los platos de cerámica del gallo. Y también se coló el twist, el rock and roll y algún musical americano, que lograron desgajar muchos grupos de la comitiva tradicional de la Rama para hacer su Rama particular al son del *¡Twist para divertirnos!*, *¡Ahí viene la Plaga!*, *¡Yo tengo un tío en América!* o el «Popotito» que aún continuaba sonando. Esta postura rupturista, unida al turismo incipiente, a la moda Op Art en blanco y negro o a la de las flores de guipur, fue cerrando sin saberlo, un ciclo de Rama cargada de aromas de Tamadaba y afectos con olores a desierto, que los Alisios se encargaron de transportar a través de la misma ruta por donde hoy llegan las pateras y los cayucos.

Afectos que enviaban aquellas familias agaetenses residentes en el Aaiún y en Villacisneros, que no siempre podían estar presentes en la Rama aún estando tan cerca. Rama sujeta a los vaivenes políticos, a la marejada del mayo francés y al triunfalismo en que se convirtió el «*La,la,la*» de Massiel en el Festival de Eurovisión, también del 68. Lo cierto es que entre Diana, Rama y Retreta, en las esquinas del pueblo se apostaron guitarras disidentes al amanecer que entonaban a Serrat, Aute, Valen, al Víctor Manuel del desaparecido Festival del Atlántico y por supuesto a los Beatles, Los Bravos o los Brincos.

Junto con estos cambios incipientes seguía conviviendo el Agaete tradicional, el de las familias grandes, que se triplicaban para la Rama acogiendo a los familiares venidos para la fiesta, el de las tiendas de aceite y vinagre, a las que ibas con la botella para que te pusieran dos pesetas de fly, o llevabas el fuelle, con la cantinela de: «dice mi madre que me lo llene que las moscas se la van a comer por las patas pa'riba», y cuando no, a buscar hilo de plomo donde hubiere, que era lo que se fundía en aquellos años, a diferencia de hoy que lo que salta es el diferencial. Con los

apagones continuos primero y la oscuridad absoluta después, las velas se convirtieron en un artículo de primera necesidad, que si llega a ser en los años setenta tu vecina hubiese dicho que montaste una fiesta hippie, y de ser mañana, el vecino hubiese comentado que celebras un sarao chillout (chilaut). Entre plomos y apagones quedó el dicho «tiene los plomos fundidos», para referirse a quien no tenía muchas luces para razonar ni tino para acordarse donde había guardado el vale del Montepío, para ir a desempeñar el reloj y lucirlo en la fiesta. Y entre velas, todo el mundo registrando los cajones a altas horas de la noche ajoto de aquel vale, con el consiguiente rezongo de alguna voz familiar que repetía mientras buscaban aquello de «siempre se aguardan a los huevos del gallo».

FILA 13

Llegadas las Fiestas de las Nieves, todos esperábamos ansiosos la película de estreno que venía precedida de la correspondiente fama.

Fue el edificio que actualmente ocupa la biblioteca pública, el lugar que albergó el cine de mi infancia y juventud y que, construido en el siglo XIX, se había utilizado como recova, sala de cine mudo, sociedad cultural, escuela pública y sala de cine sonoro.

En la década de los 40 llegó al pueblo un tal Don Manuel Cuervo a quien enseguida Agaete, como no podía ser menos, bautizó con el nombre de Cuervito. Con él y la película «La ruta de Singapoore», llegó el cine sonoro y a partir de aquel entonces, medio pueblo cantó, ríó, lloró y aspiró a ser una de aquellas estrellas del celuloide. Las películas estaban clasificadas según la doble censura moral del franquismo y del catolicismo. La calificación de un 2 suponía la autorización para niños y niñas hasta 14 años. El 3, para mayores de edad. El 3 con R (la R de reparos), mejor que no se fuera y el 4 ni atreverse que luego el cura desde el púlpito recordaba el *¡Ay de aquellos que anoche pecaron viendo esas películas!* Lo más seguro era consultar en el Archivo Parroquial los libros de cine con su calificación moral. Y les puedo asegurar que las películas de Marisol y Joselito, que llenaban la cartelera infantil de las Fiestas de las Nieves, eran

del 2, pero al cura no le importaba que fuéramos aun sin tener la edad porque cuando llegó «Los Diez Mandamientos» que también era del 2, no desperdició la ocasión para evangelizarnos colectivamente.

Todavía recuerdo el griterío y los aplausos cuando daban la luz.

Después venía el No-Do y con él, inaugurábamos pantanos y pescábamos truchas, pero sobre todo, queríamos ser niños de la Operación Plus Ultra porque eran los héroes nacionales junto con Marisol y Joselito ¿Quién no quiso cantar como ellos y viajar con Marisol rumbo a Río? ¿O ser, como Joselito, el ruiseñor de las cumbres?

Pero si por algo deseábamos que llegaran las Fiestas de las Nieves era porque, además de las películas de estreno, aumentaba nuestra paga con lo cual, las tardes de cine se veían acrecentadas de golosinas.

Tener un duro era toda una fortuna: dos pesetas para el cine y tres para comprar chochos, chufas, regaliz, pirulines, pastillas de a perra y de a perra chica y el chicle bazooka. ¡Cuántas bocas endulzaron las tiendas de Felicita, seña María Escolástica y el puestillo de Juanito, más conocido por Moñí! Y es que nunca un duro dio tanto de sí y pienso que la multiplicación de los panes y los peces tuvo que ser algo parecido.

Para que tengan una idea los que no conocieron el lugar, sólo había trece filas entre bancos, sillas y butacas, con goteras, por supuesto, cuando llovía. La fila 13 nunca se vendía a los niños y niñas porque estaba reservada a las parejas. ¡Ay de aquella que cayera en boca por sentarse, tres veces seguidas, en la fila 13! Pero la chiquillería estábamos más pendientes de reírnos con el Gordo y el Flaco, Charlot, de contar 101 Dálmatas; aprender la escena de indios para repetirla a la salida e identificarnos con el amigo del «muchacho», que siempre ganaba pero sin tener la misma responsabilidad. Desde la butaca se proyectaba un cabreo colectivo cuando no llegaba a tiempo el Séptimo de Caballería o cuando tardaban en ajustarle las cuentas al tirano del emperador romano de turno. Las vocaciones religiosas no eran por azar: películas como «*Marcelino Pan y Vino*», «*Sor Ye-Ye*» o «*Molokai, la isla maldita*», nos pintaban un mundo mágico religioso. ¡Qué envidia nos producía la muerte de tanto extra en pos de la fe en los anfiteatros romanos!

O las persecuciones en las Catacumbas. Con este tipo de películas, de Agaete a las misiones del Congo Belga no había más que un paso.

Pero las películas que en aquellas Fiestas de las Nieves nos hacían guardar largas colas y horas de espera para comprar la entrada, eran las de Joselito o Marisol porque tampoco había donde elegir. Con Joselito fuimos el hijo del director de una cárcel raptado por una banda de delincuentes en «Los dos golfillos», el niño pastor que se unió a un vagabundo y que se ganaba la vida cantando en las ferias como en

«El ruiseñor de las cumbres», el niño abandonado por su madre que, al morir el padre, se va a vivir con sus abuelos en «El pequeño ruiseñor» y para rematar, el niño huérfano que vivía casi en la indigencia y que gracias a su voz sale adelante al descubrirlo un productor. ¿Quieren más tragedia?

Por el contrario, las películas de Marisol, que también se proyectaban para las Fiestas de las Nieves a la sazón con las de Joselito, empezaron con un estilo similar en «Un rayo de luz», pero cambiaron de estrategia optando por divertirnos con «Tómbola» y es que probablemente debieron contarle al productor que las niñas y niños españoles ya habíamos gastado el saldo de lágrimas infantiles, de otra manera, no se entendía que el día 4 de agosto estuviéramos todos bailando la Rama y el día 5 naufragando en aquel valle de lágrimas en el que nos sumía la filmografía del franquismo.

Y nos hicimos adolescentes y el tiempo de cine prolongaba las Fiestas de las Nieves en aquella post-rama del final de la década de los sesenta, de tal manera que en una semana se proyectó «*La ley del silencio*», «*Al este del Edén*», «*Esplendor en la hierba*» y «*Un tranvía llamado deseo*», lo que conllevó cierta complicidad por parte del personal, guardando silencio y hasta descalificando las películas para despistar pues, dado los tiempos que corrían, era imposible pensar que nos brindaran un ciclo del director Elia Kazan, a no ser que la distribuidora estuviera de ofertas.

Con el tiempo la empresa cinematográfica cambiado de dueño y lugar hasta desaparecer, pero entre los muros del antiguo edificio aún ruge el león de la Metro, alumbra la antorcha de la dama de Columbia, resuena el estruendo de los decorados de cartón piedra de aquellas películas de romanos de Ízaro Films, retumba el ruido de las aguas del Mar Rojo cuando Moisés, por arte

de magia, las abrió para que pasara el pueblo elegido en los Diez Mandamientos pero, sobre todo, ensordece la voz de la chiquillería cantando a coro aquello de ¡Una chapareee, una chaparaaa!, que es la mejor aproximación fonética al lenguaje de los indios americanos de la pradera que aún conozco.

ENTRE BENGALAS Y FAROLAS

Cuando los ecos de la Diana habían desaparecido y aún quedaba un poco de resaca de la Rama, a las diez en punto de la noche estallaba el volador, signo inconfundible de que salía a la calle la Retreta, transformando las noches oscuras en un torbellino de colores entre farolas, antorchas y bengalas. De esta manera avanzaba la comitiva al son de la incansable banda de música y, como en la linterna mágica, las sombras de los papagüevos, el gentío y las farolas, se proyectaban majestuosas en las paredes dando rienda suelta a la imaginación infantil al mezclarse, a su paso, con aquellos óvalos que Santiago Ubierna se encargó de pintar y que representando a cada uno de los pagos y caseríos del municipio, colgaban en cincuenta metros de calle, y tan pronto estabas en Tirma o en los Berrazales como en El Turmán o en Las Moriscas.

Para la Retreta habían llegado al pueblo los amaguados que por cuestión de trabajo no habían podido bailar la Rama, pero como Agaete siempre da oportunidades, este turno de refresco llegaba para bailar las farolas y allá que la banda entonaba «*El Campeón*», «*El Submarino Amarillo*» y alguna que otra canción de Palito Ortega y Luis Aguilé, entre humos de colores y el fuego de las antorchas, sobresalía la farola real con su corte de farolas pequeñas que hacían las delicias de los más pequeños al moverse el muñeco que las coronaba sujeto a un resorte.

Y si actualmente, el mejor espectáculo que ofrece la Rama es verla bajar por la calle Guayarmina, no era menor ver bajar la Retreta con la tropa enralá y de relajo; y es que una noche de Retreta, en Agaete y en penumbra, da para mucho.

TIEMPO DE POST-RAMA

En ese afán humano por prolongar la vida y sus cosas, la Rama se perpetuaba hasta septiembre con la temporada de meriendas familiares en la playa, la de bocadillos de chorizos de Teror, jícara de chocolate y conserva de membrillo mientras fuimos pequeños, y con atardeceres y noches de guitarra durante la adolescencia, acompañando aquellas canciones románticas junto al mar, venidas de los festivales del Mediterráneo y San Remo, que alimentaron amores platónicos que, aun no siendo los más prácticos, dan un juego teatral impresionante tanto por la vía de la tragedia como por la de la comedia. Y con anticipo, anunciábamos desde agosto el estado emocional en el que nos encontraríamos llegado septiembre, con el final de las vacaciones a la vuelta de la esquina. Argumentos de canciones como «*Melancolía en septiembre*», «*Cuando calienta el sol*», «*Perdóname*», «*El Final del verano*», «*Sapore di sale*» o «*Septiembre*», eran premonitorios de una muerte anunciada con luz amarilla y racimos verdes, con el mar, Tamadaba y Guayedra de fondo. Por su parte, la intergeneración anterior se había enganchado a los aires nuevos para llenar su trance de post-rama, con jornadas musicales en el Casino la Luz al son de canciones melódicas como «*He sabido que te amaba*» y «*Cae la nieve*», boleros como «*Envidia*» y baladas entre las que se encontraban «*Puente de piedra*», «*Escríbeme*» o «*El Preso número nueve*», que eran todo un símbolo de modernidad para la época. Y allí que se afanaban ensayando tarde tras tarde, Tonillo y Antonio, García los dos, Anselmo Martín y Juan Bordón, para actuar en aquellas veladas cuyo repertorio sólo distaba de mi generación, en el toque intimista que le daban al estar los debutantes en edad de merecer aunque, para revolución la que se armó cuando llegó en los sesenta el primer conjunto moderno al estilo de los Brincos, Bravos o Pequenikes, que se hacía llamar «Los Navajos» y que fue la ocasión para que las dos modernas más atrevidas del momento, Lucy Álamo y Loly del Rosario, amigas y vecinas mías las dos, se hicieran con la pista de baile al son del rock and roll con la consiguiente comidilla en los mentideros oficiales.

Pero daba igual, teníamos buenos ejemplos de disidencia en la auténtica generación anterior, y si no, que se lo pregunten a Pepe Dámaso y a todo el arte que movía en torno al grupo Los Toninos que cogieron del turismo

incipiente el bikini, de las canciones francesas de Juliette Gréco «*Las hojas muertas*», de Luc Barreto «*Mirando al mar*» y de Estela Raval y Los Cinco Latinos «*Destino de mi amor*» y «*Quiéreme siempre*», que cantaban abrazados haciendo coro, con un palo en el centro a modo de micrófono, y de fondo ese mar tan nuestro del que ninguna generación se ha podido librar. Y fuimos juguetes del viento y como aquellas *feuilles mortes* de la Gréco, cada año con la Rama volvemos a revivir y a recordar el inicio de la ruptura con el pasado que preconizaba un futuro incierto del que la Rama no estuvo exenta, y es por lo que hoy, la magia de aquella Rama que nos preocupábamos en estirar como un chicle, perdura en la memoria sin nostalgia, pero con la alegría de haberla vivido.

EN LA RUTA DEL ARTE FLAMENCO

Gracias al descubrimiento de la pintura de la tabla central del Tríptico de Las Nieves en 1963, comenzaron toda una serie de investigaciones por parte de los eruditos en arte flamenco. Desde 1927 el obispo Miguel Serra había hecho sus apreciaciones sobre el valor histórico y artístico de las tablas. Posteriormente el lectoral Feo Ramos reconocía el carácter flamenco del pincel sin atribuirlo a ninguna firma en concreto, lo mismo que hicieran don Fernando de Armas Medina en 1944 y don Sebastián Jiménez Sánchez, a quien el Ayuntamiento de Agaete le publica un folleto sobre el tríptico flamenco en el año 1945.

Por primera vez en 1963, el doctor Hernández Peraza atribuye el tríptico a Josse Van Cleve basándose en los paneles laterales, mientras que la doctora Sáenz, si bien estaba de acuerdo en lo referente a las tablas laterales, no lo estuvo tanto con la tabla central y los medallones de los donantes; y así podríamos continuar con tantas opiniones, todas cualificadas, con más o menos acierto. Pero lo evidente es que entre esa mezcla de erudición, arte, fe y fervor popular, transcurría la post-rama durante todo el mes de agosto con rosarios, novenas y promesas, durante la estancia de la Virgen de las Nieves en el casco urbano, hasta su retorno a la ermita el 17 de agosto, día de las Nieves Chico y fiesta de las Madrinas durante muchos años. Y entre tantas cosas que van y vienen, volvieron un año más las familias agaetenses residentes en el Sahara y los soldados que servían en Smara y en el Aaiún,

mientras otros marcharon para siempre en busca de otras Ramas. Es así como este año bailaremos por primera vez la Rama sin Dedo de Dios, pero no podemos vivir ni quedarnos anclados en la Rama prehispánica, ni siquiera, en la del año pasado. La Rama, como ritual abierto, es una conquista diaria y continua de los valores que la sustentan, de las cosas que nos mueven y que nos afectan.

* Publicado en el periódico La Provincia/ Diario Las Palmas el 4 de agosto de 2006.



EL VALLE DE AGAETE: DE RAMA EN RAMA

Que el curso escolar toca a su fin y que los pueblos de Gran Canaria viven sus fiestas veraniegas nos lo anuncian las hogueras de San Antonio, San Juan o San Pedro allí donde se celebra la advocación de cualquiera de ellos. Los aquelarres, conjuros, escenas de brujas y demonios, romerías y ceremonias de purificación mediante el agua o el fuego son celebraciones propias del solsticio de verano que se pierden en la noche de los tiempos de las civilizaciones y que, tanto en la cultura mediterránea como en las del África cercano, existen múltiples ejemplos de ello.

Es en el Valle de Agaete donde, en torno a su patrón San Pedro, se celebra la primera rama de la estación del estío. El *¿vas a subir?* es la pregunta que corre por calles, tiendas, plazas y mentideros del barrio en los días que preceden a la fiesta y, en torno a ella, el trajín de comentarios sobre la hora, comida, bebida, si hará frío o habrá niebla.

Evidentemente me refiero a la subida al pinar de Tamadaba la noche del 27 de junio en busca de la Rama para ofrecérsela a San Pedro. Y mientras unos viven la fiesta pensando en la subida, otros, los que se quedan, se interesan por el ritual inciciático de los romeros neófitos entre la fronda botánica la noche de Tamadaba. Y surge la remembranza del ... me acuerdo yo aquel año.

Pero la rama es consustancial al Valle en toda época del año. Hubo una rama en el pasado asociada a carboneros y leñadores, rama de supervivencia y pinocha de estraperlo que el tiempo transformó en rama de hotel y balneario, de tarjetas de canto dorado y libra esterlina.

Rama de Berrazales y herrumbre, rama de salud que se transforma en rama de aguacate y cafetal en el Vínculo, de jazmín y mango en las Casas del Camino y aroma de pomarosa y azahar en los Pasitos. Rama de surco de

celemín, de azufre y guano, rama de tomatero, de mujeres y hombres curtidos al sol de un Valle que se refugia en un valle y es que, el final de la zafra, es otra premonición de que San Pedro está al caer.

Desde el caer de la tarde se inicia el desfile que la noche convierte en serpenteo de luces que centellean a lo lejos y se vislumbran desde el Sabillo donde los expectantes van cantando los lugares tópicos del camino desde el Molino a Bisbique. La noche silente se apodera del Valle y el aura lunar, que remarca la silueta pétrea de la Guayarmina, alumbra y penumbra la fronda conífera donde retozan los romeros neófitos entre voces, silbos y toques de caracola. Mientras tanto, por los Zancones y por el Camino Real, la oleada de gente continúa llegando hasta el amanecer y el Tamadaba explota de vida y rama, de encuentro, de compartir, de sorpresas, del año que viene otra vez si Dios quiere.

Si en la subida está el perdón, en la bajada está la penitencia cargada de emoción nestoriana, de mar de nubes, de Atlántico, de Teide, de Tirma, Guayedra y recuerdo. Glacial botánico que desciende movido por las almas, ráfagas de brisa fresca en la Abejera que entablan la primera lucha entre el hombre, su rama y la naturaleza. La riada de rama y romeros, cual delta invertido, prosigue el descenso por la Tubería, el Camino Real y los Zancones. La era solidaria de Bisbique, trilla y grano de un tiempo preterido, es testigo taciturno del júbilo y del volador que anuncia al Valle la buena nueva. Y la columna botánica persiste en su descenso aumentando la algarabía ahora en la Gotera, provisión segura del agua que, generosamente, Tamadaba cediera. Atrás queda el Ingenio y el caldo fraternal espera.

Al redoble del tambor la tierra se arremolina y suena la caracola, arrecia la muchachada. ¡Fuego! ¡Pum! Polvo y música se mezclan y es que la Rama empieza. Brezo que en brazos traído baila el niño, castaño de fronda hoja, vigor de juventud y primavera, torsos desnudos que danzan al sol y sudan con complacencia. Aroma de poleo, de pino, de eucaliptus, recuerdos de supervivencia, de conocer el terreno, de dominar los secretos de Tamadaba, de año tras año, de veteranía. Pero bailar la Rama de El Valle es dominar «La Vivilla» marcando el paso acompasado y jeito al mover las caderas, nunca de frente sino de lado y cuando la banda toque y la gente cante ¡Ay la

Vivilla sí, la Vivilla se baila así! ¡Ay la Vivilla sí, la Vivilla me gusta a mí!, baila con expresión de traspuesto, como si nadie te estuviera mirando, entregado y en el momento de la coda pasos adelante y atrás, toque de cadera y si el ramo que portas no es muy grande, zarandéalo de una mano a otra que cada rama guarda un sentimiento en cada hoja y cada hoja encierra una esperanza no velada.

Y la Rama pasa por la Vecindad, barrio cargado de historia, de gente recia, trabajadora, de madres que bailan y mecen a sus hijos al paso de los danzantes, de ecos mudos, de puertas y postigos entreabiertos, de mesas rebosantes de familias, de recuerdos y de lágrimas.

Ramas bailadas al cielo, de ausencias no deseadas y es que no puede haber rama chica en gente de corazones tan grandes. Por fin San Pedro que, año tras año, espera la llegada apacible y tranquila con la llave en mano sabiendo que, antes o después, por allí pasarán los de siempre, los nuevos, los noveleros y los despistados.

Bailar la rama en la plaza es conectar con el Valle, con su gente, es resumir la subida y confirmar la bajada. Es saber que un año más se repite la jornada. Oír *¡Ché! ¿Cuándo viniste?* Preguntar *¡Ché! ¿Cuándo te marchas? Vente a comer con nosotros. Vamos a descansar a mi casa.* Y aplicando el dicho que aconseja que, allí donde fueres haz lo que vieres, grita junto a los vallenses *¡Viva San Pedro bendito! ¡Viva!* Y cuando redoble el tambor salta y baila que es señal de reverencia ante el patrón de la casa.

Ahora que la Rama continúa hacia las Cuevecillas aprovecha y échate un enyesque de los de antes en un cafetín cercano. Oirás el eco de la música cada vez más lejano y, si tienes suerte de compartir mostrador con los vecinos de antaño, únete a ellos que harán un momento de silencio para entonar con el eco aquello de *¡Ay la Vivilla si, la Vivilla se baila asi! ¡Ay la ...*

* Publicado en el periódico La Provincia/ Diario Las Palmas el 28 de junio de 2003.



LA RAMA EN GUAYEDRA

Veintisiete años después de aquel momento de lucidez en el que a don Manuel García Álamo y a don Jerónimo Martín Trujillo se les ocurriera crear la Agrupación Musical Guayedra, la nueva generación de músicos surgida del aprendizaje de todos estos años decide rendirle homenaje a los cofundadores y padres de la idea.

A don Manuel García el gusto por la música le venía de herencia, pues su padre, don Manuel también, había sido director de la Banda de Agaete cuando ésta era municipal y, desde pequeño, vivió el ambiente musical que se respiraba en el pueblo y en su casa de la calle de la Cruz donde iban todos a consultar y a ensayar. Años después acabaría dirigiendo la Banda como su padre, y recordarle es rememorar gran parte de la historia musical de la villa, en una época en que la Banda lo mismo amenizaba un evento futbolístico cuando la Unión Deportiva Agaete aspiraba ascender de categoría, que la visita al pueblo de alguna personalidad ilustre. Para cada acto Manolito tenía su repertorio particular.

Con diferencia de edad pero en idéntico ambiente musical, creció don Jerónimo Martín, manejando la percusión como nadie y asimilando los valores que encierran la música y su aprendizaje que es, con toda seguridad, lo que mejor ha sabido transmitir durante todos estos años. Él representa la efectividad del proyecto musical Guayedra y la dualidad del grupo, actuando unas veces en versión concierto en una época en la que el conservatorio quedaba muy lejos de Agaete y las escuelas de música ni siquiera existían en estado embrionario y, otras, en versión charanga para amenizar cuantas fiestas y saraos se celebraran en Canarias y en algunos lugares de la Península.

Por motivos estrictamente laborales hubo un momento en el que los cofundadores del proyecto tuvieron que instalarse en Las Palmas de Gran Canaria sin que por ello la experiencia musical Guayedra se resintiera o fracasara, por el contrario, el altruismo hizo que se desplazaran hasta la

villa primero don Manuel y hasta la fecha don Jerónimo, para continuar enseñando, divulgando y transmitiendo entre otras, las piezas musicales que integran desde hace muchos años el repertorio de la Rama.

Cuando falta menos de un mes para la cita anual en torno a la Rama de Agaete, sus hijos musicales les han dedicado un CD en el mejor estilo directo y desde el almacén conocido por La Máquina. En él, la charanga desenfadada les hacen (y nos hace) este regalo que no es más que el agradecimiento al esfuerzo que logró traspasar las fronteras y miopías de quienes no creen en los proyectos culturales sin tuteladas administrativas. Tocadas de continuo como si del ritual se tratara, las piezas de la Rama recuperan en Guayedra sensaciones y sutilezas reconocidas por quienes en la madrugada del 4 de agosto esperan a que suene el volador de las cinco de la mañana. Trinos de clarinetes y redobles de tambor que en «*Aromas de Enguera*» y «*Aurora Feliz*» rompen al alba en Diana floreada. Marchas que olvidaron su entorno y contexto, punta y pie para bailarlas, principio y fin de una Rama como es la sin par «*Soldado de España*». Canciones que animaron los frentes europeos de las contiendas mundiales siendo «*La Madelón*» la protagonista de la relación frívola entre un capitán seductor y enamorado y una mujer que realmente no sabía qué hacer con un solo hombre, pues requería un batallón. Rescate de piezas olvidadas como Begoñi que sobrevivió hasta bien entrados los sesenta. Y así hasta quince títulos que en muchos casos fueron lo que hoy llamamos canciones del verano y que se han perpetuado por toda la geografía isleña.

En clave de sol va escrito el nombre Guayedra en la historia local de Agaete y enredado en tresillos de corcheas, el espíritu tolerante y la paciencia de don Manuel García que nos dejó para siempre el pasado 30 de mayo sin que se le reconociera en vida su labor. Traspuso en silencios musicales dejándonos lo mejor de su legado: la música como divertimento. Estoy convencido que allí donde esté se emocionará al oír el entusiasmo que fluye del CD en ese 6.6.7.8 y 9 de la muchedumbre en contrapunto con la percusión. En noble pentagrama, los compases binarios recogen la estela laboriosa de don Jerónimo Martín cual sombra de farolas en noche de Retreta.

Cuerda le queda para rato pero, sobre todo, para enseñar las claves internas del trance en la apoteosis del Campeón y para asesorar a los jóvenes entusiastas en su afán por crear el fondo documental que el proyecto necesita. Estamos todos contentos con la acción colectiva de los músicos jóvenes en una época de derechos y exigencias individuales. Precisamente, una agrupación musical exige todo lo contrario y en ellos hemos depositado la confianza colectiva para que recuperen la percusión de alivio para la banda, tambores echados en olvido acompañantes de danzantes singulares y para que la gente al llegar a Agaete la noche del 3 de agosto les pare en la calle y pregunten si tocan o no la Diana y a qué hora hacen el relevo en la Rama. Por todo ello, y por el compromiso con un nuevo CD surgido de la investigación, gracias, porque la Rama en Guayedra es otra rama.

* Publicado en el periódico La Provincia/ Diario Las Palmas el 18 de julio de 2005.



AGAETE: RAMA Y MÚSICA

Llevamos unos días que en los mentideros de Agaete vuelven a escucharse las consabidas expresiones ¡Ya falta menos!, ¡Nos vemos en la esquina del Perola!, ¡Ya está aquí el viento de la fiesta!, ¡A las cinco de la mañana en la puerta del Ayuntamiento! o ¡Agárrense como nos coja este calor! Frases típicas de toda la concurrencia que, con muchos trienios en Rama, va recalando por el pueblillo como los gatos al olor de las sardinas y que si no fuera porque la Rama es un ritual de libre concurrencia, diría que opositaron a ella obteniendo plaza en propiedad. Son los mismos que, nada más poner el pie en el pueblo, entonan el «*naná naná na na na...*» porque a excepción de una de las partituras tradicionales, la música de la Rama, o no tiene letra, o han sido importadas cuando no inventadas por la tradición popular. Vaya este homenaje a los compositores, músicos y directores que nos legaron este patrimonio.

Creció mi generación viendo dirigir la Banda de Agaete a Don Manuel García Sosa, que había retornado de Argentina y posteriormente a Don Enrique Asencio Ruano, un director llegado de Alcoy (Alicante) que amplió el repertorio añadiendo la impronta de la región de procedencia. De allí y de los toques cuarteros llegaron los sones que aún se escuchan cuando la muchedumbre toma la calle acudiendo a las puertas del ayuntamiento en la madrugada del cuatro de agosto al estallido del volador y, lo que en otrora significó disciplina militar, ahora supone diversión, jolgorio y batalla entre policías y danzantes, los primeros por hacer avanzar la comitiva y los segundos por retenerla. Así es la Diana.

De padres a hijos se transmitió:

Quinto levanta

quítate la manta

que viene el sargento

con el cinturón.

Déjalo que venga

déjalo venir

vete pa'la porra

déjame dormir

Asociada con la partitura Aurora Feliz compuesta por Don Ricardo Melchor Climent, a la que se sumaría otra diana floreada cuya letra bucólica y entrañable continua en la memoria de las octogenarias agaetenses que cantaron de jovencillas:

Entre naranjos

y limoneros

crecen fecundos

los azahares

y son alfombras

de tu sendero

las madres selvas

y los rosales.

*Y en el invierno
la frente inclino
recuerdo siempre
donde he nacido
como recuerda
la golondrina
su amante nido
su amante nido.*

Y continuaron llegando dianas del amanecer del maestro Jaime Texidor, un catalán afincado entre los pueblos valencianos de Carlet y Manises que nos legó la entrañable «*Ondina*» a la que se unió «*Aromas de Enguera*», venida del pueblecito valenciano como su nombre indica, limítrofe con Albacete, cuyos olores a espliego, enebro y azahar, inspiraron a Don Joaquín Sanchís, que vino a completar el ramillete de dianas mediterráneas cuyas notas cruzaron el Atlántico alojándose para siempre en el alma culeta, que reclama en la madrugada los olores de Tamadaba que horas más tarde impregnarán la Rama. Dianas para cantar y bailar y también para evocar el pasado y vivir el presente, cuando los trinos de clarinetes tocan en la puerta de las emociones y estremece los umbrales de las pasiones, cada vez más, cuanto más nos entregamos al ritmo desenfrenado de la danza.

AIRES DE RIBERA

Fitero es un pueblo navarro de la Ribera Tudelana cuna de San Raimundo, fundador de la orden de Calatrava, lugar elegido por Gustavo Adolfo Bécquer para pasar cinco largas temporadas de su vida y donde tuvo la suerte de nacer María Bayo, la gran soprano lírica. Pero en lo que a Agaete

y a la música se refiere, Fitero es la villa donde nació Don Lorenzo Luis Yanguas a quien debemos dos de los ritmos que, a pesar de lo opuestos entre sí, forman parte del sentir popular agaetense en la tragedia y en la comedia. Por parte de la tragedia no se entendería un Viernes Santo sin la marcha "*Pobre Mari*" en la ceremonia del entierro y por la comedia, tampoco se entendería una Rama sin la marcha «*Todo por España*» que provocaba lágrimas de madres y novias emocionadas en todo el país, al evocar las juras de bandera de los reclutas, menos en Agaete donde se le confirió tal toque de distinción, que acabó desbancando a Banderita sintiéndolo mucho por Marujita Díaz, mérito suficiente para su inclusión en el acervo musical de la Rama que la ha perpetuado para siempre.

¡ARRIBA CAMPEÓN!

Con la misma intención que lo hiciera Don Lorenzo Luis Yanguas, creó Don Pedro Rubio Olarte, la partitura «*Soldado de España*», otra pieza clave que, mientras en Madrid se adueñaba de aquellas paradas y desfiles militares, con la intención de aquellos años de dictadura, en Agaete, con la misma música y el paso cambiado, reemplazamos toda aquella parafernalia por ramas de pino, eucaliptos, castaño, brezo y poleo, que son las cinco variedades vegetales que forman el ramo del ramero que se precie y que aventaja en siglos a la revolución portuguesa de los claveles. Reconocerá la concurrencia esta música por los compases que evoca el Vals de los Patinadores del francés Emile Waldteufel donde el compositor dejó inmortalizado para siempre el toque de vals evolucionado a ritmo de marcha que se conoce en fiestas populares de la que la Rama de Agaete es su mejor exponente.

Pero si hay música de la Rama que cause estragos y levante los pies del suelo hasta al más soso o desabrido esa es «*El Campeón*». No me cabe la menor duda que Don Enrique Asencio Ruiz, familiarizado con el espíritu festivo de Agaete y viviendo aquel fenómeno irreverente, donde unas dianas y marchas castrenses allá, eran piezas bailables acá, acabara por componer la suya propia, después que la familia de los Armas le tarareara una melodía heredada de sus antepasados, que lleva implícita como su

nombre indica, tanto en el toque como en el baile, la elegancia de un ganador. Reconocerla es de lo más fácil porque ya los músicos se encargan de agacharse, más aún si cabe en el pianissimo, para que luego el salto hacia arriba sea más espectacular, y es que aguantar una Rama entera bailando es cosa de campeones, como así lo han sido, no bailando pero si tocando y dirigiendo las dos bandas de música del pueblo, la de Agaete y la Guayedra, Don Manuel García, Don José Santana, Don Miguel Santana y Don Jerónimo Martín, músicos todos ellos encargados de perpetuar el repertorio tradicional con algunas concesiones a los ritmos de moda, que van y vienen sin que por ello alteren la esencia misma de la Rama.

Año tras año, al estallido del volador, porque por estos lares no hay ni cohetes ni chupinazos, estos hombres de bien, unos en el recuerdo, otros aún presentes y espero que por muchos años, inician el pasacalle justo detrás de la Iglesia de la Concepción en el casco urbano, para ir al encuentro de la Rama traída del pinar de Tamadaba unas veces a hombros, otras en mula y cuando la muchedumbre desbordó las previsiones, en camiones; y es en ese encuentro en el cruce de las calles Guayarmina con San Germán, en el callejón de la Rama, donde el gentío y los rameros se reconocen y renuevan la eterna promesa del año que viene otra vez, arrancando con El Campeón con el paso firme en dirección al Puerto de las Nieves.

DESDE PARÍS A AGAETE

No son los compases del Vals de los Patinadores la única pincelada francesa que tiene la Rama de Agaete, seguramente la pieza más universal sin lugar a dudas es «*La Madelón*», una partitura compuesta para animar a las tropas aliadas en el frente europeo durante la Primera Guerra Mundial y que luego en el territorio nacional se la disputaron la Legión Española con su cabra al frente, ligerita Paseo de la Castellana abajo y Sara Montiel en la película El Último Cuplé. Nunca supusieron Robert Camille y Bousquest, sus compositores, que aquella Madelón del París de la Francia, traspasara frentes, trincheras y fronteras y es que al final, tratándose de canciones,

triunfan las que hablan de amores apasionados aunque mientan como en los boleros.

Aparentemente poco tiene que ver la historia de Madelón con el ritual de la Rama analizado desde un punto de vista estrictamente literal, pero a poco que ahondemos en su texto, encontramos la actitud libertaria y solidaria de la cantinera para moverse entre la tropa, la picardía y frivolidad del cuplé que le añadió la Montiel y el pronto de cabra de la legión que hay que tener, bien para tirarse al monte en busca de la rama o botarse en esas calles y barrancos al ritmo trepidante de la percusión con que la Rama invita a participar. Es así como el ritual ha ido conquistando a propios y extraños hasta instalarse en el patrimonio afectivo de quienes acuden año tras año a vivirla con independencia de sus razones.

AGAETE ES FIESTA

Es esta la música que hemos recibido y la que estamos obligados a transmitir a las nuevas generaciones, la que hemos oído tocar hasta acabar integrándola en nuestra biomasa, sabiendo que erraría quien pretenda hacer un análisis en defensa o detrimento del ritual de La Rama en función de los títulos de las partituras, igual que han errado quienes pretendieron hacerla bandera de algo que no fuera concebido como patrimonio de cuyo accionariado es beneficiario y responsable todo un pueblo. Por el contrario, si de algo debiera servirnos la Rama es para reflexionar sobre la manera de cómo hemos ido digiriendo, transformando e incorporando, lo que en otros lugares se ha utilizado con fines diferentes y que en Agaete el sentido común, o el «sinsentido», hizo que cambiásemos desfiles y fusiles por ramas para danzar y divertirnos en unos casos y con sentido religioso bajo la advocación de la Virgen de las Nieves en otros.

No me cabe la menor duda que esta Rama de hoy es heredera de rituales anteriores que evolucionaron en el tiempo y que lo evidencia la presencia de papagüevos, bandas de música, partituras, o la mejora de las comunicaciones tanto del transporte como de la innovación tecnológica que ayudan a perpetuarla. Nunca sabremos con certeza el momento en el que abandonamos la postura de Escarlata O'hara en «Lo que el viento se llevó»,

moviendo el culo tras el mostrador de aquel baile benéfico (ella) o dándole a la pata con disimulo desde la acera (nosotros), hasta lanzarnos a la calle y entregarnos a la danza como lo entendemos y vivimos actualmente. Lo que sí sabemos es que fueron los hombres y mujeres ligados a las faenas de la mar y alguna que otra por promesa, quienes salvaron el ritual con la venia de la autoridad competente en una época en que era mejor parecer gracioso que serlo y sobre todo inofensivo. Seguramente sea ahí donde radique la grandeza de las cosas simples cuando los pueblos son capaces de darle un toque particular a lo común, hasta convertirlo en diferente y singular.

Una cosa simple que en otros lugares las devora el tiempo, es hoy símbolo de identidad de un pueblo, Agaete y por extensión, de toda una isla, Gran Canaria.

LA MADELON

ESTROFA:

Aprovechando un descanso en la pelea,
el militar siempre va a calmar su sed
a un cabaret donde bebe y se recrea,
«Tabarín» se llamaba el cabaret.

La cantinera era una moza
llena de fuego y pasión,
con todos bebe y se divierte,
bella y gentil «la Madelón».

Y cuando alguno va

pidiéndole su amor
a todos dice «si»,
y a nadie dice no.

ESTRIBILLO:

La Madelón, es bella y complaciente,
la Madelón, a todos trata igual
repartió su amor a todo el frente,
del soldado al general...

ESTROFA:

Un Capitán seductor y enamorado,
de Madelón locamente se prendó
y sin temor al recuerdo del pasado
su «blanca» mano le pidió.
Muerta de risa al escucharle
díjole así la Madelón.
¿Qué voy a hacer yo con un hombre?
Si necesito un batallón.
Mi mano capitán

a nadie la daré
la necesito yo para dar de beber.

ESTRIBILLO:

La Madelón, es bella y complaciente,

...

* Publicado en el periódico LA PROVINCIA/DIARIO DE LASPALMAS
el 2 de agosto de 2009.



AGAETE, DE RAMA EN RAMA

Hace unos días conversaba con Miguel Santana, director de la Banda de Música de Agaete, quien me contaba con regocijo que el próximo 2011 celebraríamos el centenario de la fundación de la Banda, dato valioso para apreciar y reflexionar sobre el pasado, presente y futuro de la Rama, unido a lo que nuestras abuelas nos contaron que, a su vez, les habían contado las suyas, cómo la ha vivido la generación de nuestros padres y por supuesto mi generación. Más de 200 años de avatares en los que las transformaciones sociales han dejado su huella como en todo lo que está vivo y perdura.

No es motivo ni finalidad de este artículo festivo entrar en disquisiciones sobre la ascendencia aborigen del ritual y su asociación inmediata con un acto pagano por confrontación con los intereses conquistadores, colonizadores y evangelizadores del siglo XV y posteriores períodos conservadores vividos en este país; primero porque no tengo intención alguna de destruir el mito de Agaete que tantos años nos ha costado construir, segundo porque la historia se escribe a la luz de los vencedores y, aceptada esta premisa, mejor será inventar la historia antes de que ella te invente a ti y finalmente, porque nunca he visto ni oído a los pamplonicas ni a los valencianos echar el vómito de sus desidias sobre los Sanfermines o sobre las Fallas.

He contado en alguna ocasión que en los relatos familiares perduraba la vivencia de una bajada a la ermita que, en aquella época era un pequeño oratorio, a llevar la Rama cuando desde el casco urbano hasta la orilla del mar era, unas veces plantación de caña de azúcar y otras un platanar con sus cultivos colaterales de café y frutas tropicales. Entonces se llegaba al Puerto de Las Nieves por el Camino Viejo porque ni siquiera había carretera agrícola y la gente ofrendaba la Rama, encendía sahumeros con plantas aromáticas, hacía sus rezos y los mayores bailaban unos Aires de Lima sin acompañamiento instrumental y portando pañuelos blancos con los que abanaban llegado el momento del «...¡Ay a cantar a Lima vengo!». Contaba mi abuela con mucho detalle que el canto se repetía en las eras, por las

mismas fechas, para celebrar el final de la zafra y lo abundante de la cosecha y que no coincidía con el día cuatro ni cinco de agosto como en la actualidad, porque tampoco había subida de la Virgen al casco urbano que fue una innovación posterior como también lo fue el cambio de advocación agrícola por la marinera.

Mientras tanto, la Rama evoluciona y si antes fue una Rama azucarera sujeta al comercio con Flandes, de donde llegaría el tríptico flamenco, ahora más que nunca es de carboneros y leñadores, los primeros del Valle de Agaete y los segundos de Agaete casco que entremezclados con los recogedores de pinocha que atendían el embalaje del plátano además de la ganadería, dibujaron las veredas y caminos reales que conducen al pinar de Tamadaba. Y si unos subieron por Bisbique, todos bajaron por el Roque de la Abejera desde una misma fronda hacia una misma Rama. Y el trabajo, la promesa y la danza acabaron fraguando cuentos de la lechera, nostalgias, amores y eternas primaveras que pervivieron en aquellos bailes de taifa que se apoderaron de la Rama con el alma hecha canción en aquellas parrandas familiares. Mucho contó mi abuelo materno de aquellos agaetenses con la guitarra al hombro metida dentro de un saco que al preguntarles «¿para qué?» respondían «...*por si se ofrece*» y es que, si se me permite la síntesis en positivo, el alma de Agaete está contenida en el toque de un tambor y el estallido de un volador.

Retomando la conversación con Don Miguel Santana y, teniendo en cuenta la fundación de la Banda de Agaete en 1911, no es difícil adivinar las épocas en que se bailaron otras Ramas ¿o fueron las Ramas las que nos bailaron a nosotros? Ramas de guerras, de rogativas y de hambrunas. Ramas que, para bien de todos, nos superaron y las superamos con el trabajo incansable de aquellos directores de la Banda de Agaete que fueron Don Mariano, Don Isidro García Sosa, Don Manuel García Sosa, Don Tomás León, Don Manuel García Álamo, Don José Santana Santana además de Don Miguel y de toda la pléyade de músicos a quienes la Villa de Agaete y Gran Canaria estarán eternamente agradecidas. Y el tono militar de las tocatas de dianas y retretas, que hasta enero de 1945 recordaron la presencia militar en Agaete del batallón destacado en Santa María de Guía, se volvió festivo y de los pentagramas se escaparon aquellas notas floreadas que aún ponen el alma del pueblo en vilo cuando suenan en

la calle y cuando recuerdan cómo la juventud de la época, al paso de la Rama, volvió a bailar los papagüevos que aún guardaban luto, asaltando la herrería antigua de la calle del Carme con la venia de José Armas Galván el alcalde.

Ahora el pueblo comparte las labores de tierra adentro con las de la mar y el Puerto de Las Nieves se consolida cambiando los pequeños cuartos de aperos por las viviendas de protección oficial. Y la Rama, más que nunca, se hizo marinera con tintes muy próximos de cómo la conocemos hoy porque fueron ellas y ellos, las familias pescadoras las que la bailaron y perpetuaron, las que nos traspasaron el testigo del cuándo, cómo y dónde. Mujeres con aquellos baños de pescado fresco a la cabeza que subían de la playa al pueblo caminando con tal ligereza que no se sabía si apuraban el paso para llegar antes que la competencia o si llevaban in mente la marcha del Campeón o La Madelón mientras pregonaban *¡pescao fresco muchachas!* Y si antes dije que el alma de Agaete está contenida en el toque de un tambor y el estallido de un volador, ahora corroboro que el paso del habla al canto y del caminar a la danza, contenido en la Rama, lo representaron aquellas mujeres pescadoras del Puerto de las Nieves.

Si 1963 marcó un antes y un después con el descubrimiento de la pintura flamenca original de la tabla central del tríptico, tantos años guardada con sigilo frente a la piratería y otros intrusos, 1972 no lo fue menos al ser declarada la Rama fiesta de Interés Turístico Nacional. Atrás quedaron los concursos de pesca, las cucañas, las carreras de cintas en bicicleta y el tiro al plato para dar paso a la celebración bianual de las Jornadas Culturales del Archipiélago, compartidas con Garachico en Tenerife, por lo que nunca supimos del pleito insular.

Qué década para el Agaete cultural que no fue ajena al movimiento hippy y a la proliferación de melenudos, barbas, pandillas, guateques y conjuntos musicales que aportó a la Rama la aparición de la Banda Guayendra en 1978 de la mano de Don Manuel García Álamo y Don Jerónimo Martín Trujillo. Y tuvimos tiempo para ahondar en los anales de la historia, con la autonomía que dan los años y el nuevo «ubi sum» que provocó la transición democrática, hasta volver a mojar las ramas en el mar liderados por Pepe Dámaso en la década de los 80 y, también, para continuar dedicando

papagüevos a los paisanos merecedores de ello, desechando tiradas de aguas y pañuelos al cuello propios de otras celebraciones en otros lugares y haciendo de Agaete un encuentro de poetas y pintores con la Rama.

Esta es la Rama del siglo XXI, la que heredamos y que invito a compartir a quienes se acerquen por Agaete en estos días de tanto calor que el vientillo de la fiesta se encarga de mitigar. Una Rama que la innovación tecnológica le servirá a domicilio por si no pudiera asistir... pero si puede, no hay nada como contemplar la marea humana enramada bajando la calle Guayarmina, un encuentro con la gente de siempre en la esquina del Perola y un chapuzón en la playa, seguido de un pescado fresco en cualquiera de los restaurantes del Puerto de las Nieves.

* Publicado en el periódico Canarias7 el 4 de agosto de 2009.



EL RISCO DE AGAETE: LA ÚLTIMA RAMA EN RAMA

No sé si es la última Rama del verano o la primera de un otoño inadvertido, lo cierto es que cuando la mayoría de los pueblos de Gran Canaria vuelven a sus quehaceres cotidianos, una vez recogidos los escenarios y banderas y las imágenes veneradas devueltas a sus hornacinas, el caserío de El Risco, en la carretera entre Agaete y la Aldea de San Nicolás, se viste de fiesta.

A catorce kilómetros del municipio de Agaete, al que pertenece, llegar al barrio de El Risco no ofrece ninguna dificultad al viajero, excepto por las numerosas curvas de una carretera que zigzaguea sangrada al filo del precipicio del macizo de Tamadaba. Son los barrancos de Guayedra y La Palma paradas obligadas para quienes el paisaje sin más, es un puro deleite durante cualquier estación del año y si cuadra que ha llovido, más aún todavía. Al llegar a Guayedra la carretera invita a hacer una parada para observar la panorámica del Puerto de Las Nieves, acercarse barranco arriba tras el olfato del queso de oveja, ver como reverdecen los tabaibales o como los lagartos y alguna que otra alpisca menean sus colas, como si quisieran indicarnos la vereda que lleva hasta la meseta que alberga un tagoror vestigio del pasado prehispanico. Si también el excursionista decidiera parar en el barranco de La Palma, cinco minutos más allá en dirección siempre hacia El Risco, podrá disfrutar del silencio absoluto bajo las montañas violáceas de Tamadaba, teniendo por testigo el único ejemplar que da el nombre al lugar, la palmera solitaria con el mar al fondo. Superada la zona de los Andenes encontrará otro de los milagros con que la naturaleza ha dotado a Gran Canaria como son sus barrancos; tan sólo por eso merece la pena llegar hasta El Risco, conocer el lugar, su gente y disfrutar de parajes de los que debiéramos esforzarnos por conservar.

Desde que se avista El Risco yendo desde Agaete, El Tabaibal y su Cruz nos transportan a los versos de Alonso Quesada... *Campos, eriales, soledad eterna; ante la dignidad de una tierra seca y de un tabaibal mecido sólo*

por el viento y ; El sol dando de lleno en los peñascos y el mar ... como invitando a lo imposible!

En El Risco todo es posible nada más ver como la antigua escuela continúa al pié de la carretera con vocación de frontera y fielato sabiendo que, a continuación, la tienda y bar de Perdomo nos espera en El Puente como lo hizo antaño con el coche de hora de los aldeanos. No encontrará el viajero en los treinta y dos kilómetros que distan entre Agaete y La Aldea, otro lugar para reponerse de las curvas del trayecto con alguno de los enyesques que allí siempre tienen dispuestos: carne de cabra, ropa vieja, chuchangas, queso del lugar, unas papas recién cogidas y un mojo para chuparse los dedos.

Aquí también se baila una Rama que se prolonga en el tiempo porque, para su gente, la Rama no es sólo un ritual que acaba y termina con las fiestas de la Virgen Milagrosa a principios de octubre, sino una conquista diaria y continua de los valores que la sustentan, de las cosas que mueven y afectan a su gente. Por eso, decir Rama en El Risco, es hablar de gente reivindicativa donde las haya, no en vano el caserío fue siempre un exponente de participación ciudadana, a través de los típicos puntos de encuentro que regaron la geografía insular en los años 70 como fueron los Teleclubs, sólo que en El Risco teleclub y asociación de vecinos eran únicos en el municipio, por lo que siempre pensé que si había un lugar idóneo en Agaete, donde poder experimentar el presupuesto municipal participativo, ese lugar era El Risco.

Pórtico de entrada al Parque Natural de Tamadaba por la cara oeste de la isla, El Risco ofrece un potencial que hace de su Rama un ritual de ensueño, que no por romántico y utópico deja de ser real como es la defensa de su paisaje, el turismo rural, la ganadería y agricultura alternativas junto con las posibilidades que brinda su playa. Todo un envite a la sostenibilidad.

En octubre el alisio ha dejado de soplar y ahora el caserío se centra en el ritual de sudor y esfuerzo que concentraba antaño a la muchachada en La Ladera, junto a la casa de Silvana Perdomo donde estuvo la primera escuela, para subir por la Cuesta López a buscar la Rama dejando atrás el Peñón del Jincao. Al avistar Tirma, la mixtura de especies autóctonas y los manchones de cantería verde y roja, dan un toque muy particular al paisaje

que en contraste con los tonos violetas de las montañas de Tamadaba, pareciera salido de un pincel impresionista.

En Tirma coge El Risco su Rama para renovar año tras año la promesa de volver con la toponimia popular por testigo, y si aquí es el Barranco Escobar el que cae en cascada sobre el Charco Azul, allá es el Barranco Juajorro el que en época de lluvias cae sobre La Huerta y acullá El Canalizo y el Morro del Lance en el camino y llegada a Tamadaba.

Así vive Risco Abajo y Risco Arriba su Rama, sin bajar la vigilia ante las preocupaciones de la vecindad que por las fiestas se triplica. Vigilia para no quedarse aislados. Perseverancia hasta acabar con la idea de un ramal de alta montaña que les conectara con la nueva carretera Agaete-La Aldea, que hubiera dado al traste con el futuro al que aspiran. Desvelos por las mejoras educativas y culturales que el barrio necesita, con un maestro al frente como es Rafael Sosa (Rafa); y es que para la gente de El Risco, su Rama es atemporal y se baila al año cuantas veces sea menester, bien sea urbana en los despachos oficiales, o rural cuando un buen año de lluvias hace correr el barranco, asegurando la cosecha de tomates y los pastos para el ganado.

La Rama del día a día en aparente quietud, es la que mejor baila la gente de El Risco, la que desde las cuatro o cinco de la madrugada pone en pie de diana a medio barrio para ir a trabajar a otros puntos de la isla, la que desde la Cueva del Solapón y Las Zarcillas contempla el queso que hace y vende Bartolo en la comarca, o la que se escurre por el barranco de Gugui Chico hasta llegar al aprisco donde Celestina guarda su ganado y Serrano tiene su casa; Rama que pone en guardia a toda la vecindad cuando a las primeras lluvias hay que atravesar Los Andenes, si no es que los desprendimientos obligan a hacer noche en Agaete por cierre de una carretera tortuosa para la necesidad cotidiana. A pesar de tantos años de incertidumbre, *no hay na como la casa de uno*, dicen sus vecinos que rebozan de alegría cuando llegan las fiestas, porque es motivo de encuentros familiares y de amistades llegadas de todos los lugares donde viven o trabajan.

Al viajero curioso, amante de lo auténtico, le invito a que se adentre Risco Arriba hasta la falda de las montañas, que su gente le irá indicando el camino. Es la mejor manera de conocer Gran Canaria y los rincones – que son bastantes - donde aún se puede sentir el silencio que invita a gozar

mientras los versos de Alonso nos recuerdan que *¡Todos se han ido! Yo, desnudo y solo, sobre una roca, frente al mar, aguardo el mañana, ¡y el otro!... ¡Horas amadas no nacidas aún! Ansias secretas de esa perfecta orientación humana...*

Así es el Risco de Agaete, su gente y su Rama.

Octubre 2002.



PARTE 2

Remembranzas



J. P. HASSO 010

NAVIDAD EN EL AGAETE DE AYER

No es mi intención recoger en tan corto espacio todo lo que ha sido la Navidad en nuestro pueblo, entre otras cuestiones, porque es mi visión particular y seguro que hay muchísimas más vivencias y anécdotas que contar.

- *¡Ya están expuestas las figuras!*

Era la frase lanzada en la escuela a principios del mes de diciembre de un año cualquiera de los cincuenta del siglo pasado. Era la frase que iniciaba el adviento infantil de Agaete. Las figuras para el nacimiento preludiaban la Navidad y, con ella, las vacaciones.

Había dos lugares en el pueblo en los que se vendían figuras de barro: la tienda de Juan Nuez y Magdalenita, en la Plaza de Tomás Morales, y la imprenta de Miguel Armas, conocido como Miguel el de Pepito, en la calle Párroco Don Juan Vals Roca. Digo que las figuras eran para el nacimiento porque en nuestro pueblo nunca se hicieron «belenes» sino «nacimientos», un término que permitía anacronismos de todo tipo si tomamos a Belén de Judea como referencia. El nacimiento familiar se hacía de cascajos y tierra, que traíamos del Maipé lo que ocasionaba un trasiego de pequeños y mayores en busca de materiales. No era un cascajo cualquiera el que se cogía; si tenía musgo verde o seco era el «... aquí hay uno buenísimo». El papel pintado y el corcho son modernismos que nos quedaban muy lejos entonces.

El 13 de diciembre, día de Santa Lucía, todos sembrábamos la avena en cajitas de madera de conservas de membrillo y de guayaba que, junto con las tabaibas, verodes, pitas y tuneras componían la flora típica del nacimiento de nuestra infancia.

Siempre hubo en nuestro pueblo nacimientos familiares famosos y personas que, si vivieran ahora, se les llamaría «belenistas». El nacimiento de Lorenzo Godoy, el bailarín, se hacía en olor de multitudes: todas las amigas

le ayudaban a empujar el carro, lleno de cascajos, hasta su casa en el barrio de San Sebastián. Los nacimientos de Manolo Barroso y Juanito García eran famosos por sus dimensiones y por sus detalles: las figuras que se compraban en la capital, los espejos de fondo para dar profundidad y los desiertos.

Juanito García era el que le hacía el nacimiento a mi amigo Pedrito Armas que, en este momento, es el mejor belenista que conozco. Y la opinión no es sólo mía: todos sus amigos y conocidos lo pensamos.

Hacer un nacimiento siempre fue divertido, aunque debo reconocer que nuestro talento artístico estaba sometido a la famosa pregunta, temida y esperada, de los visitantes:

- «¿Por dónde baja ese pastor?»

Y es que el mundo infantil nunca entendió de abstracciones. Pero yo no sé qué era peor: la pregunta o tener que mover los pastores, cual peones de ajedrez, para evitar la otra observación:

- «Los pastores no han caminado y no van a llegar al Portal»

Paralelamente a los nacimientos familiares se construían el de la Escuela y el de la Iglesia. En la escuela era nuestro maestro, Don Esteban, quien lo dirigía. Con él aprendimos a sustituir la platina del río por cristales con tinta azul, en un intento de dotar de mayor realismo la escena. Aunque el sueño infantil era instalar agua corriente. Con tiza de color machacada le dábamos pinceladas impresionistas al campo simulando un despliegue de rojas amapolas. Cuando no se nos antojaba provocar una nevada con tiza blanca cual Monet en la Nevada en Argenteuil. Ante la imposibilidad de dotar al nacimiento de mecanismos móviles, le añadíamos la fauna natural más asequible: chuchangas y lagartijas lisas correteaban de forma autónoma por la escena.

Mientras que en los nacimientos familiar y escolar éramos constructores en el de la iglesia, por razones obvias, éramos meros espectadores. Acudíamos con nuestras familias a la Misa del Gallo en la que se cantaba en latín la partitura de la Misa en Fa Bordón, acompañada de instrumentos de

percusión. Comenzaban los kyries « a capella», con la Iglesia a oscuras, para iluminarse al entonar el cura el Gloria entre repique de campanas y campanillas. Era el momento de correr el telón de boca, colocado en el presbiterio, para mostrar un nacimiento de grandes dimensiones con decorados de papel y santos que hacían «doblete» según el tiempo litúrgico: la imagen de la Virgen se convertía en Ángel del Huerto de los Olivos el lunes santo y en Verónica el miércoles. Los primitivos decorados los pintó Carmelo, sobrino de Herminia la Costurera, y los que sobrevivieron hasta los años sesenta los pintó Pepe Dámaso. Así eran los recursos teatrales de Don Manuel Alonso Luján, «el señor cura».

Con la llegada de Don Teodoro Rodríguez como cura párroco, en los años sesenta, el nacimiento con decorados de papel y figuras polivalentes dio paso al nacimiento convencional, con figuras adquiridas expresamente para ello, agua corriente, luces de colores y el famoso molino de Valentín Barroso «Valencia» que movía las aspas con el mecanismo de las norias.

El día 16 de diciembre comenzaban las Misas de la Luz y, con ellas, los villancicos de madrugada entonados por el coro parroquial dirigidos por Don Tomás Martín «Tomasito». Si tu nacimiento tenía luz eléctrica, acabada la Misa tenías que salir corriendo para tu casa para probar la instalación. Don Segundo del Rosario «Segundito», el dueño de la planta eléctrica, paraba los motores a las siete de la mañana y no los volvía a poner en marcha hasta las siete de la tarde. Era vital hacer la prueba antes de las siete de la mañana porque tu madre no te dejaba hacerla por la tarde, ante el temor de que dejaras sin luz a media vecindad.

En los primeros años setenta y de forma obligatoria, la iluminación se socializó en el mejor estilo medieval: todos a vela. La planta eléctrica había quebrado y la UNELCO aún tardaría varios años en llegar. Fue en esta época cuando se inició el «Belén Viviente» en la placilla de Fernando Egea y que luego se trasladó a la zona de Los Chorros, junto al cauce del barranco. La Asociación Cultural Antifafo impulsó la idea inicial con la colaboración de la Corporación Municipal y el Excelentísimo Cabildo Insular. La fama de aquel nacimiento trascendió las fronteras del pueblo y la isla en peso se desplazaba a Agaete para admirar la obra que acabó desbordando a trabajadores y diseñadores que veían hipotecados sus fines

de semana desde el mes de septiembre; y lo que comenzó como un divertimento acabó convirtiéndose en una carga hasta que dejó de celebrarse.

Pero una Navidad sin «truchas» ni es ni era una Navidad. Las auténticas truchas se hacían con fervor y fuerza, sobre todo fuerza, para darle el punto a la masa. Ahí veíamos a las madres (las auténticas, porque las de hoy compran la masa hecha, cuando no las truchas) luchando con una botella por rodillo contra la encimera del poyo de la cocina, que era donde, normalmente, se hacían las truchas. Luego venía «el secreto» del relleno:

- *Y... ¿usted que le pone Mariquita? – preguntaban las vecinas.*

- *Yo le pongo... que lo aprendí de mi madrina Natividad.*

Todo el pueblo conocía a Natividad por sus cualidades reposteras. Truchas y bollos no faltaban nunca para brindar a las visitas y a las serenatas que aún perviven.

Me gustaría animar a cuantos vecinos quisieran mantener o recuperar la tradición del nacimiento. Que no falten las truchas para brindar. Que se abran las puertas en la madrugada cuando suenen las serenatas, si son con fundamento y que los responsables de la liturgia recuperen la Misa en Fa Bordón, como Dios manda, y que permitan que cada cual sienta la llegada de la Navidad a su manera, aunque el motivo de pisar la iglesia en Noche Buena sea para escuchar panderos y pajarillos. Si eso motiva el encuentro de muchos, una vez al año, la percusión sea bienvenida.

* Publicado en el boletín Agayte del PSOE de Agaete en diciembre de 1995.



SAN SEBASTIÁN BENDITO RAMOS DE FLORES...

...A los descoloridos dales colores. Dice así la letrilla popular referida al santo cuya advocación dio lugar a la construcción de ermitas en los tres municipios del noroeste de Gran Canaria e hizo que nacieran en torno a ellas los barrios que llevan su nombre que, si bien actualmente forman parte de sus respectivos cascos urbanos, inicialmente fueron espacios solitarios a las afueras, como talismanes protectores de epidemias y enfermedades contagiosas.

Hablar del San Sebastián de Agaete permite obviar descripciones urbanísticas pues es de sobra conocido el paralelismo de sus calles en la ladera de la montaña, la perpendicularidad de su arteria principal «La Cuesta» y, en su corazón, la vieja ermita y el «Santo», talla del imaginero canario Luján Pérez, según las investigaciones del historiador y amigo Antonio Cruz Saavedra.

Este barrio, que en sus albores fue albergue de la gente de la mar, creció y diversificó las actividades de sus moradores: nasa, falúa y chinchorro en el Puerto de las Nieves; manchas de racimo y rolo a la sombra del platanal; arado y surco de zafra bajo el sol en Abisinia, las Moriscas o el Turmán.

En los años cincuenta, el silencio matinal del barrio sólo era alterado por los ruidos provenientes de la fábrica de calzado de Maestro Valentín Armas, al pie de la Cuesta, y por algún que otro golpe de yunque y martillo en el taller del latonero Amante Ceballos; calderos a la espera de un fondo o cocinillas de ruido para soldar el pitorro pero, sobre todo, si por algo le recordamos es por «las latillas». ¿Se acuerdan? Con asas y señas de identidad que servían para enviar fuera el almuerzo de estudiantes y trabajadores. Sin embargo, aquel silencio matinal era quebrantado totalmente por el bullicio de la chiquillería que, llegada la tarde, corría en loca algarabía detrás de la pelota. Y eso cuando no se organizaba un safari hasta la Piedra Grande o la Cruz de Santiaguito.

Otras veces armonizaban el ambiente los sonidos musicales que venían de diferentes lugares. En San Sebastián tenían, y tienen aún, sus domicilios varios músicos de la Banda Municipal de aquel entonces: los hermanos Díaz (Juan y José) y Juan Santo (con quien di mis primeras clases de solfeo). Pero entre todos uno: el polifacético maestro José Santana el de Carolina, por más señas. Zapatero, músico y sochantre, en su taller de la calle Pescadores lo mismo componía unos zapatos que hacía sonar la trompeta, ausentándose para cantar una misa en San Pedro del Valle o en La Concepción. Gustaba a su madre recitar poemas, textos teatrales o contar leyendas quedando enganchada en el recuerdo de su nieta Paqui que, aún ahora, puede recitar de memoria algunas con comienzos tan evocadores como estos: «La Carolina es una niña muy miedosa...», «Periquito tiene la costumbre de mentir...» o «Bello país debe ser el de América, papá...», esta última de la obra «*Flor de un día*».

Siempre fueron característicos del barrio los corrillos en las aceras, al caer las tardes de verano. Recuerdo el que se reunía en el lugar conocido como El Muelle al final de la calle Santa Rita donde, además de historias, adivinanzas y canciones, cuenta Conchita la de Ton, que se organizaban excursiones playeras a La Caleta, el Biarritz particular de éste San Sebastián.

Bañarse en El Caletón Grande era toda una proeza. No todos dominaban el vaivén de las olas, de ahí las amenazas de las madres:

-¡Qué no me entere yo que...! ¡En el Caletón Chico sí!

A pesar de todo, siempre hubo quien no hacía caso y se lanzaba, eso sí, siempre bajo la vigilancia de alguien mayor. El Caletón Chico era para el ritual iniciático y lanzarse del «Pulpito» suponía licenciarse.

Pero no acababa todo ahí si aparecía el membrillo que iba de boca en boca. Hablo de membrillos y bocas de aquella época en la que ninguno se contagiaba y a nadie le dio el mítico «garrotejo». Si llega a ser ahora, en

primer lugar, con unas madres tan modernas como las actuales, no nos habríamos librado de una resonancia magnética como mínimo. ¡Y todo por un simple membrillo!

Con lo bonito que era aquello de:

- *¿No te tengo dicho yo que...?*

Porque ¿para qué vamos a mentir? Las del Cuerpo de Madres a Extinguir se pasaban el día sentenciando y eso que, casi nunca, se enteraban de los trueques que se hacían a la hora de «endulzase» en aquel charco, bajo los juncos, donde se negociaban los trozos de bocadillos o las «júcaras» de chocolate.

A la vuelta de la playa, serpenteando la cuesta, el rancho de gente que baja interpela al que sube:

- *¡Jó, morenita, jó!*

- *¡De la Caleta vengo!*

Al llegar el 20 de enero subíamos al Santo. Atrás quedaba la panadería y, al doblar la esquina, los racimos de «támbaras» de una tienda vecina, la ermita y el «Arco» que, adornado con pencas de palma, lucía colgando las botellas de ron con miel, roscas de pan y piñas de plátano, esperando el momento de ser rifados.

Pero da la casualidad que, además de ser un barrio de músicos, era el barrio donde vivieron dos alcaldes que gobernaron el pueblo durante muchos años, me refiero a Don Pedro Esparza Arteche y a Don Andrés Rodríguez Martín, lo que contribuyó a que la fiesta en honor de San Sebastián gozaran de tal

solera popular, que ese día por la tarde se suspendían las clases. Con todos estos ingredientes no podía faltar lo que le dio aún mayor peso local a la fiesta en tiempos de Don Andrés: «La Retreta» la víspera por la noche.

Ni que decir tiene que Agaete es un pueblo experimentado en estos rituales y con sólo correr la voz de ¡A las diez sale del Ayuntamiento! era suficiente para que el pueblillo se concentrara, y si algún lector cree que por caer entre semana en muchas ocasiones y sin vacaciones, la Retreta desmerecía se equivocan. Todo lo contrario, era tiempo de zafra y los almacenes de empaquetadote de tomates soltaban al filo de las 9,00 y, a pesar del cansancio todo el mundo tenía en aquella época el cuerpo de verbena y a bailar como estaba mandado.

Allí que vimos como el incansable Patricio bailaba a la papagüeva «La Japonesa» pintada como una puerta, cuesta arriba y cuesta abajo, mientras la Banda de Agaete no paraba de tocar la «*Ovejita Lucera*» o «*En una jaula de Oro*». Con la Retreta en las puertas del barrio, bajaba la muchachada al encuentro de la comitiva porque, en esta Retreta local, donde se lucían bailando era al llegar a la Plaza del Santo y como en Agaete no hay fiesta sin perrería alguna, hasta que la banda no tocaba «El Coche de Leo», que era el taxi del barrio comprado por una familia de la que nadie se lo esperaba, el barrio no se quedaba contento y los músicos, conociendo a sus vecinos, tocaban la canción las veces que hiciera falta con tal de contentarlos. Y entre bengalas de colores, papagüevos y música la Retreta de San Sebastián nos dejaba el cuerpo de fiesta.

Al día siguiente salía San Sebastián entre lazos de colores y ramas de naranjo con sus frutos. Presidiendo, la Cruz de Guía; detrás, el señor cura luciendo la capa encarnada, como manda la Liturgia martiriológica. Era costumbre bajar el Santo a la Iglesia de La Concepción, donde permanecía hasta el domingo siguiente (en Gáldar aún se hace) y, en alguna ocasión de su recorrido, le acompañaba la imagen de San Vicente Ferrer cuya fiesta se celebra el 22 de enero.

Pero si algo ha contribuido a mantener el sabor solariego de estas fiestas, no sólo ha sido la estampa colonial y emotiva de la procesión, sino los juegos infantiles y, de entre ellos, «*La Cucaña*», término local con el que denominamos lo que en otros lugares llaman «*piñata*». La «*ensaya*» de

chiquillos manifestaba con gritos y empujones todos los matices de la emoción que experimentaba. Cucaña, sartén con monedas, carreras de sacos y bocadillos, todo en una tarde y un organizador: Sindo el de Teodora.

Faltaba el gato para meter en el bernegal. Lógicamente, en vísperas de la fiesta, las vecinas ponían a buen recaudo el suyo porque andaba suelta por el barrio una «maná de varejones» a la búsqueda y captura de uno que, cuando no lo hallaban en el Corral Viejo, cogían al primero que encontraban. Fueron muchas «cucañas» las que lidió el más veterano de todos: el gato de Margarita y Maestro Diego, vecinos y guardas que fueron de la ermita durante muchos años.

Aún quedaba por llegar el número fuerte de la fiesta que, a imitación de las fiestas de las Nieves, era el desfile de variedades pero con artistas locales. Allí se la volvía a jugar Sindo que, después de presentar a los otros artistas, se reservaba para el final donde ya todo el público presente esperaba la consabida frase:

- ¡Y ahora canto yo!

- ¡ Otra, otra! Gritaba el público enfervorizado mientras Eloína, que ya había cantado, le gritaba desde una esquina:

- ¡Cántale el «Cobarde», Sindo!

Cuando estos recuerdos y anécdotas lleguen a ustedes habrá pasado San Sebastián y volverá otro. Y otro más. Y seguiré escuchando, espero que por mucho tiempo, las historias del barrio que de pequeño me contaba Pino la panadera, la de Teodora. Mientras abandono el barrio la tarde nestoriana

cubre el cielo de la Villa. Decíamos de pequeños que la Virgen planchaba.
 El crepúsculo avanza y vuelve a mi memoria la letrilla popular:

* Publicado en el boletín Agayte del PSOE de Agaete en febrero de 1996.



LA ENRAMADA

Cercano el 3 de mayo se me antoja hacer un recorrido por las cruces más relevantes, husmeando la historia, la leyenda o el enigma que cada una encierra.

Cuenta Anita la de Crucita, la que vendía la leche, que, siendo ella una niña, «... y nací en el año ocho» subió junto con más gente por una vereda, montaña arriba, hasta el lugar que conocemos como Las Peñas, para ver cómo unos frailes colocaban una cruz. Dicha cruz dio nombre a la zona y fue testigo, durante muchos años, de las salvas que disparaban los cañones colocados a sus pies anunciando, al Ángelus y el Ave María, la aproximación de las Fiestas de Las Nieves.

- ¡El cañón! ¡El cañón! - gritábamos de niños.

La ilusión era ver cómo la carga de papeles se esparcía por la ladera llegando hasta el centro del pueblo, si el viento soplaba a favor.

Fue también desde esta cruz, con la ayuda del Alisio, desde donde Rafael Jiménez, el carpintero, hacía volar la cometa más grande que jamás se había visto en el pueblo.

Era esta cruz, la que llegada la mañana del 3 de mayo, se enramaba por algún vecino que cumplía una promesa. Alrededor de ella, por la tarde, se encendían faroles y se rezaba el rosario. Chanita, la de Juan Tadeo, todavía manda su farol y, a la caída del sol, se reúnen en torno a la cruz las hijas de Emiliano García y Juanita la de «Las»

Desde esta cruz se divisa otra, no menos famosa: la de Santiaguito Ceballos el de María Antonia, que trabajaba en el cine. Santiaguito, en el año cuarenta, la trajo desde El Valle montada en un carro y fue a la iglesia a que el señor cura se la bendijera.

- «Como pude llegué hasta San Sebastián y, a partir de allí, con ella a cuestas subí y la coloqué en el lugar. Lo hice porque tres de mis hermanos fueron a la guerra del 36 y volvieron sanos y salvos y, además, porque uno de ellos fue en mi lugar para que yo me librara.»

Las Peñas, mirador natural del pueblo y púlpito donde los haya, era el lugar preferido de las abuelas de la zona quienes, asomándose a la altura del Grupo Escolar, silbando o gritando, lanzaban sentencias:

- ¡Miraaaaaa! ¡Sube p'arriba que está tu padre al caer y, en cuanto venga, se lo pongo en el pico!

- ¿Quééééé?

- ¡Ay si bajo!

- ¿Quééééé?

- ¡Y pasa por Ca' Luciíta y tráeme dos Veramones que tengo la cabeza loquita!

Comprenderán ustedes que, actualmente, es imposible que estos diálogos se produzcan. Las abuelas de hoy están de viaje con el I.N.S.E.R.S.O. o tienen teléfono móvil para solucionar el problema de la tardanza de sus nietos.

Y al final de Las Peñas «la Cruz Chiquita».Era la zona donde se recibían los entierros que venían caminando desde El Valle. Ésta y otras cruces a lo largo del camino, indicaban paradas tradicionales para los portadores del féretro.

La Cruz de la calle San Germán está envuelta en la tragedia. A finales del siglo XIX anduvieron por el pueblo unos militares que solían visitar una casa de dudosa reputación que había en la calle que da su nombre al lugar. Tanto escandalizó el hecho a los vecinos de entonces, sobre todo a los que tenían hijas en edad de merecer, que uno de ellos salió al paso de los

soldados. Sonó un disparo en la oscuridad de la noche y, sobre la gran piedra, cayó muerto el compadre Juan. Vinieron los gritos y los llantos y aquel luto negro de mantilla, pañuelos y pañoletas de gruesos flecos se hizo perenne. Se colocó una cruz en el lugar y aún reconocen los vecinos el «*Cuarto de la Séntima*» como la casa donde vivió la familia tan visitada por los militares después del toque de retreta. Pero no podemos olvidar la Enramada de las cruces familiares que, en la mañana del 3 de mayo, aparecían colgadas en las fachadas junto a las puertas de las casas. Cruces de papeleras, milindros, espárragos y salvia y, para que dieran olor, una rama de mastranto o hierbahuerto en el crucero. En mi barrio, la más llamativa si las azucenas de su huerto habían florecido, era la de mis vecinas las de Mariquita la de Chapín.

Otra cruz, testigo de las misiones de los padres Uranga y Osaeta, está en el frontis de la Iglesia. Por el año 51 los jóvenes del pueblo construían grandes cruces que cargaban por las calles mientras se hacía el Vía Crucis. No quiero acabar sin hablar de la cruz que cada uno lleva encima y que cada cual enrama como puede. Si de algo les sirve mi consejo, enrámenlas de siemprevivas que no se marchitan nunca. Y no está de más que repitan in mente la retahila popular que me enseñó Valentín Armas «*El Nené*»:

*¡Renuncio a ti Satanás para
que en mí no puedas entrar
porque el día de la Cruz
dije mil veces Jesús!*

Y cuenten con millos las mil veces para que no se equivoquen.

* Publicado en el boletín Agayte del PSOE de Agaete en mayo de 1996.



BAILE OFICIAL

Para mi generación y las que me precedieron, saber bailar formaba parte del currículum social. Dominar los ritmos de los Bailes de Salón, antes de los dieciocho años, era casi obligatorio; se podía considerar como una pauta del crecimiento que había que superar. Eran los dieciocho la edad oficial para entrar en el Casino, en una época en que éste era el único centro de relaciones sociales del pasado.

En la posguerra, el Casino estaba ubicado en la Casa de la Mancomunidad, la que hasta hace poco ocupaba la Asociación Cultural Antigafo. Entre sus actividades contaba el Casino con los Bailes Oficiales celebrados con motivo de algún evento importante: cumpleaños de la Sociedad, Fiestas de las Nieves, etc. Hubo épocas en las que se bailaba en el salón de la primera planta alternando, posteriormente, con el patio y quedando el corredor para los observadores. La decoración se hacía de guirnaldas y farolillos de papeles de colores.

Los Bailes Oficiales eran todo un acontecimiento en los años cuarenta; era el momento de lucir las mejores galas, de estrenar. Ellos de corbata y chaqueta y un toque de brillantina en el pelo. Ellas con un peinado «arriba España», Visnú para blanquear la cara, una gota de Tabú, Maja, Joya o Embrujo de Sevilla, los trajes de moaré y la sobrefalda.

En esos años la Orquesta más famosa que amenizaba los Bailes Oficiales fue la de «Los Holandeses». Después «Mejías», que así se llamaba su Director y fundador.

Eran años de resaltar «lo español» y los pasodobles lo reflejaban en sus títulos: «*Sombrero en mano entró en España*», «*Cántame un pasodoble español*», «*Levanta los ojos mujer española*», entre otros. El pasodoble llenaba la sala de baile y en Agaete se conocía como «la comida de los pobres» porque, con sólo arrastrar los pies en la misma dirección, bailaba hasta el que no sabía.

Y mientras en las casas, todo el mundo componiéndose para ir al Bailes Oficial.

- *¡Dense prisa! Vamos a llegar cuando vaya a terminar el baile.*

- *¡Desde cuándo que pasaron las de Eva y tan guapas que iban!*

Siempre hubo quien destacaba por su buen gusto y elegancia. En la posguerra fueron famosas «las de Claudia».

Eran los Bailes Oficiales motivo de encuentro de novios y pretendientes. Los noviazgos, en ocasiones, se llevaban en secreto como en las películas. Cuenta Pepe Dámaso que bailando con una amiga suya, que llevaba uno de estos noviazgos secretos, cada vez que le iba a decir algo al oído ella, entre dientes, le decía una frase que se hizo famosa:

- *¡No te arrimes peeerrrrro, que me está mirando!*

A todas estas el Casino de bote en bote y Mejías en el centro de la sala, trompeta en boca, tocando «Islas Canarias». Y para serenar los ánimos, «Dos Gardenias». Los boleros de Antonio Machín hicieron época porque servían para pasar a la intimidad después del jolgorio del pasodoble. Sobre todo cuando sonaba «A Escondidas» o «Mira que eres linda».

Si espectacular era el baile, no menos era lo que ocurría en las sillas de alrededor. Aquellas madres guardando rebecas «y dando tumbo» con las cabezas entre las dos y las tres de la madrugada.

- *¡Qué va boba! Yo vengo porque si no, el padre no la deja venir sola.*

- *Mi vecina no vino porque hace tres meses que se murió un hermano de un cuñado del marido. Después la gente la critica.*

- *Pues mi hija la más chica no viene porque el novio está en el Cuartel en Ifni.*

Y así, entre pasodobles, bolero, tango y vals, llegado el descanso: ellas a retocarse y ellos a aflojarse el martirio de la corbata y el botón de la camisa. De vez en cuando llegaban los olores de los enyesques de la cantina de Siso

y mientras, en la puerta, José el Conserje ejercía un control férreo sobre los aspirantes a entrar.

Después del descanso venía la alegría de cualquier batería de orquesta que se precie: «el foxtrot». El más famoso de todos fue el de

«*Macki el Navajero*». Para los que bailaban bien, y los había, éste era el momento de lucirse pero el gancho de las orquestas era la «vocalista».

Mejías traía a Juanita Hernández, famosa por su interpretación de La Comparsita y el énfasis que ponía cuando llegaba a la parte de: «si supieras que aún dentro de ...». En ausencia de vocalista la orquesta invitaba a todos los asistentes a cantar. Pero ¡cuidado! Porque repetir la misma canción en varias ocasiones podía suponer quedarte con el título como nombre. ¿Se acuerdan de «Maravillas tiene el mundo...»?

En el año 1950 el Obispo Pildain publicó una Carta Pastoral en contra de los Bailes Modernos celebrados con motivo de las Fiestas Patronales y en la que se leía, refiriéndose a la celebración de dichas fiestas: «... el inmoral lastre de los bailes de los años anteriores». Por esta razón se prohibió el Bailes Oficial para las Fiestas de las Nieves.

Pero desde el Casino había una conexión con la plaza por medio de un altavoz ya que la costumbre era amenizar el paseo con música. A eso de las diez de la noche, del día 5 de Agosto, una mano invisible conectó el «pick-up» del Casino y la voz de Ana María González cantando «*Ven esta noche*» se derramó por toda la plaza. Fue suficiente: todo el mundo corrió hacia el Casino y se organizó un Bailes Oficial con discos, en contra de la voluntad eclesiástica. En represalia por la desobediencia colectiva el Señor Cura (¡era mucho Don Manuel!) envió a la Virgen de las Nieves de vuelta a la Ermita en un camión y dejó al pueblo sin la Bajada del día 17.

Muchos de aquellos bailes oficiales no sólo fueron el refuerzo y consolidación de algunos noviazgos, sino el inicio de otros después de un cruce de miradas y el bailoteo de alguna que otra pieza simulando tan sólo una amistad. Después de este inicio veías al pretendiente buscando entre sus amistades alguien que estuviera disponible para dar una serenata a la pretendida, sabiendo que se necesitaba un veterano que supiera cómo y

cuándo abordar al alcalde de turno para pedirle permiso, asegurándole que sería en sábado o víspera de fiesta, que no había luto reciente entre los vecinos de la familia a rondar, ni tampoco ningún enfermo.

Lo primero que te decía un experto en la materia cuando le ocupabas para una serenata era aquello de: *¡ chiquillajes ni hablar, que luego tocan y cantan “a la charriá”!* Con aquella consigna y encontrados los tocadores de confianza (cuatro como máximo) había que quedar para ensayar y elegir el repertorio, afinando bien y observando que en las letras de las canciones, no hubiera alusión alguna a la familia de la chica cortejada, no fuera a suceder que yendo a por lana salieras trasquilado.

Ni que decir tiene que la palma del repertorio se la llevaban los boleros y que para aspirar a matrícula de honor ante la cortejada y su familia, había que llevar una voz lírica en el conjunto de rondadores. ¿Se imaginan ustedes en el silencio de la madrugada con las guitarras afinadas cantando “Júrame”, “Marta”, Siboney” o “Amapola”?

- *¿Y eso le va a gustar a la muchacha? Decía el inexperto en amores y virtuoso a la guitarra.*

- *¡Cállate ignorante! Estas canciones son para engatusar a la madre y al padre – decía el veterano - No le vayas a echar a perder la noche a éste que está enamorado como un cochino.*

De cómo se enteraba la enamorada al día siguiente de los nombres de los rodadores era lo más fácil en un pueblo. Siempre hubo una vecina que los veía desde la azotea, por la rendija del postigo, detrás de las cortinas, o asomándose descaradamente a la puerta con el consiguiente... Se me quiso parecer la voz a ...

Con el lance bien echado y el comentario positivo al otro día en la tienda de aceite y vinagre del barrio, ya había una aproximación mayor entre los enamorados y planes para el siguiente baile, fuera oficial o no, siempre bajo la vigilancia de la madre o de alguna vecina de mucha confianza ejerciendo de carabina.

De vuelta a casa se echaba en falta un zarcillo, la medalla con el Cristo por delante y la Milagrosa por detrás o la tapilla del tacón. Entre tanta pérdida también se perdieron en el tiempo los Bailes Oficiales, rememorados hace unos años, con el mismo esplendor, por la Asociación Cultural Antigafo, quedando su repertorio musical en la nostalgia de las serenatas o en las noches de guitarra de la esquina de la Plaza.

* Publicado en el boletín Agayte del PSOE de Agaete en agosto de 1996.



CONSUMO PREFERENTE

- ¡Fuerte pleito tan grande esta mañana en Los Chorros! Hasta «botija verde» se dijeron y tuvieron que llamar al celador.

- ¡Mi niña! Los celadores se esconden cuando hay pleito y si son «El Martes de Carnaval» o «El Paja Larga» más todavía.

Esta era la conversación de dos vecinas, un lunes al oscurecer, cuando se disponían a buscar un «viaje de agua» a la fuente pública que conocemos como Los Chorros. Hasta los años sesenta no hubo red de abastecimiento público y a Los Chorros iba todo el mundo.

Eran típicos los grupos de mujeres, con bidones a la cabeza, y los hombres con los ganchos. Existía el oficio de acarreador de agua a domicilio. Dos de ellos fueron tan populares que el pueblo los inmortalizó dedicándoles un Papagüevo: Francisco «El Pupulo», que también fue enterrador, y Manuel «El Carila».

Junto a Los Chorros estaba los lavaderos públicos y, en ellos, se lavaba, se enjuagaba, se salpicaba, se torcía, se añilaba y se ahumaba con romero la ropa de cama y los pañales. Entre una cosa y otra se le sacaba el pellejo a quién cogieran por delante y, con la misma facilidad, se fajaban a la greña por el turno de un lavadero o por la propiedad de una pieza. Sobre todo los lunes por la mañana cuando el lugar se convertía en el mentidero oficial del pueblo.

- ¡Caballera! ¡Ese lavadero es mío que me lo estaban guardando pa ir a llevar la cartilla al médico! ¡Y esos calzoncillos también!

- ¡Esos calzoncillos son míos porque los de mi marío tienen el Consumo Preferente por delante y tú no estabas en el médico, que te vieron comprando una hoja de ciegos!

- *¡Ni que los del tuyo sólo tuvieran Consumo Preferente! ¡»Ransiosa»!
¡»Josico arcusa»! Que la droga en la tienda te llega hasta el pescuezo y ni te apuntan en la libretilla.*

- *¿Y tú? ¡Que tu hermana se casó en misa de madrugada vestida de gris porque llevaba la barriga por delante!*

- *¡Ay la «fetora», escopeta! ¡Con las ganas que te tengo, todavía comes «moquencia»!*

Además de no haber red de agua, tampoco había reparo en soltar por la boca lo primero que viniera. Por no haber, no había ropa ni tejidos como los de hoy. El azúcar de Cuba venía en sacos de muselina con un círculo rojo que decía:

«AZÚCAR DE CUBA. CONSUMO PREFERENTE»

Y se usaban para hacer ropa interior. Estas piezas adornaban los tendederos en el barranco y sus dueñas las identificaban según la posición del Consumo Preferente, por delante o por detrás.

Merodeando por el lugar y en horas de tarde, siempre había un grupo de chiquillos «*intentivosos*» que, dejando atrás los charcos de El Palomar y La Cunilla, bajaban por El Caidero hasta Los Chorros.

Según la época del año, se bañaban, cazaban ranas, hacían papagüevos, hogueras o la mataperrería de echar una gallina muerta en la acequia, con lo cual se formaba otra zapatiesta entre las lavanderas.

La convivencia entre ellas no siempre fue bélica. Hubo momentos en que se ayudaban y, en más de una ocasión, llegaron a hablar bien de alguien. Cuando la calma reinaba había quién echaba de menos al grupo de *intentivosos* porque no se les oía.

Llegaron las lavadoras y los detergentes marginaron al humilde pedazo de jabón de «*Subasto*» (traducción libre de Swanston) con el que se lavó

medio pueblo hasta que llegaron los jaboncillos. El lugar ya no fue el mismo. Cambió su consumo preferente por otro que, ahora, le llaman Ocio y Esparcimiento: parque infantil, conciertos, ballet, Belén viviente y ventorrillos.

Sin embargo aún recordamos la imagen de Juana la «*Cha' Flora*»

con el baño de ropa a la cabeza pregonando que los chiquillos habían cogido al viejo de siempre haciendo sus necesidades entre los tártagos.

En ese momento, y corroborando lo que decía Juana, se oía al coro de palanquines entonando al unísono aquello tan de nuestro pueblo:

- ¡*Trule!* ¡*Trule!* ¡*Trule!*

* Publicado en el boletín Agayte del PSOE de Agaete en diciembre de 1996.



¿ME CONOCES MASCARITA?

En relación con los Carnavales el comienzo de la década de los sesenta fue bastante significativo para Agaete. Después de muchos años al frente de la Alcaldía, Don Pedro Esparza se marchaba y, en espera de nuevo alcalde, que luego sería Don Andrés Rodríguez, ocupó el cargo de manera accidental Don Martín del Rosario.

Cuando se aproximaba la época del Carnaval la gente recordaba, y añoraba, aquellos Carnavales anteriores al año 36. «Me acuerdo yo aquel año...» era el comienzo de las conversaciones en torno al tema y después de muchos años, y bastante añoranza, aquel año ¡por fin! llegó. A comienzos de febrero del 60 Don Martín del Rosario autorizó la celebración del Carnaval prohibido, hasta entonces, por la Dictadura. El pueblo, que estaba «gandío», se echó a la calle y las máscaras tomaron la Villa. Todos deseaban acabar la jornada laboral para «vestirse» porque, en nuestro pueblo, nadie se disfrazaba sino se vestía.

- *¿Te vas a vestir?*

- *¡Ni que yo estuviera viciosa! – contestaba la otra haciendo, a la vez, un guiño que significaba que sí.*

Esas y otras eran las contraseñas pues las máscaras iban con la cara tapada y el triunfo consistía en que nadie te descubriera. No llevaban hechuras de diseño: mascarita que se preciara llevaba un bolso pasado de moda, un abanico (si era roto, mejor), un culo postizo y ropa sacada del baúl de los recuerdos.

Aquellos Carnavales quedaron en la memoria colectiva como los

«*Carnavales de Martín*». Hasta entonces, aparte de los Bailes de Máscaras en el Casino bajo férreo control de identificación, sólo salían a la calle las máscaras atrevidas ¡que las había! para correr delante de los guardias

municipales. Contaba Don José Armas Galván, el padre de Orosia, que siendo él Alcalde después de la guerra, se presentaron en su casa tres máscaras (o tres colchas andantes) y cuál no fue su sorpresa cuando descubrió que era su hijo Miguel, Luis el de Sinforosa y Sene el de Juan Vega.

- Don José – dijo Luis que era el más atrevido - ¿Nos deja recorrer el pueblo vestidos de máscara?

- ¿Y qué iba a hacer yo ante tales baladrones? se preguntaba Don José.

Me quedé en mi casa y le mandé recado al celador para que no se dejara ver de ellos y no se viera en el compromiso de arrestarlos.

Antes del 36 el Carnaval era, sobre todo, una celebración familiar. Las grandes familias formaban sus parrandas, ranchos o jarcas.

Fueron famosas las de Graciliano, para tocar, o la de los Piñeros, para bailar. De ésta se recuerda la letrilla que tenían para descubrirse o engañar:

*Si quieres saber quién soy,
de la familia que vengo,
me llamo Julia Medina
hija de Antonio el Piñero.*

Para reirse había que esperar al paso de los Machucos; para ver una jarca bien lucida, los Bullones y, para cantar, los Evaristos de quienes quedó esta letrilla de la Isa de Enamorados:

Por esta calle p'abajo

va un limón sautil corriendo.

mientras más corre el limón

más amor te voy poniendo.

Al llegar a las zonas llanas del pueblo se bailaba los «*Aires de Lima de Agaete*» y el ritmo de moda en los años 20 «*La punta y el tacón se baila despacito*». Además de las parrandas tradicionales salían las Estudiantinas, que eran grupos de chicas jóvenes, ataviadas con sábanas blancas y lazos de tarlatana en color, que recorrían el pueblo cantando: «*Cuando mates el gallo*», «*Doña Mariquita de mi corazón*» o «*Domingo de Carnaval de gitana me vestí*». Las Estudiantinas acabaron por institucionalizar el «*Baile de la Sábana*».

La gente que no se vestía se sentaba en las aceras para ver pasar las parrandas y convidarlas a comer y a beber. Si en Navidad se convidaba con truchas, en Carnaval se hacía con tortillas y torrijas con miel y arroz con leche. Pero el escándalo más grande era cuando aparecía, el Domingo de Carnaval por la tarde, el grupo de «*Los Culetos*». Era un grupo de hombres, sin vergüenza maldita, que salían a la calle tal y como vinieron al mundo, con una camisuela larga hasta las rodillas. La gente les provocaba y ellos, por respuesta, se levantaban la camisa y enseñaban el trasero. Cuanto más les provocaban más camisa levantaban.

En la época republicana se alternaron los bailes en las dos Sociedades: El Cultural Guayarmina y La Luz. El Entierro de la Sardina se celebraba en Agaete desde finales del siglo XIX, pero fue en una conferencia en El Cultural, donde se habló del Entierro de la Sardina de Goya aportando una referencia histórica a la fiesta. El Miércoles de Ceniza se iba a Misa por la mañana, donde el cura imponía la ceniza procedente de los ramos de olivo de la última Semana Santa y, por la tarde, se enterraba la Sardina. Las mujeres vestidas de negro y los hombres, con la cara tiznada y con cuernos de cabra y carnero ceñidos a la frente, recorrían el pueblo con la sardina para enterrarla en La Sangucha (junto a la Casa de la Juventud). Era un entierro de Viudas y Cabrones que, precisamente por su primitivismo,

conservaba el auténtico sentido de las Carnestolendas. Después de tanto desmadre y desenfreno Don Carnal había sucumbido ante Doña Cuaresma y ahora era tiempo de penitencia y oración.

No faltaron en el Carnaval las canciones y poemas de los indianos venidos de Cuba. Regresaban por fechas señaladas y en la travesía, que duraba bastante, solían inventar ripios y poemas ya que al pueblo se entraba cantando o recitando, como lo hizo Andrés el Canario que llegó en vísperas de Carnaval:

*De Cuba vengo, señores,
en tiempos de Carnaval
con lo primero que agarre
me tengo que disfrazar.
Revuelvan «tos» los rincones
los baúles y maletas
y saquen de los arcones
pañuelos y pañoletas.*

Tan familiar como el de principios del siglo XIX, empezó de nuevo a finales de los años sesenta del siglo XX el Entierro de la Sardina que tuvo su máximo esplendor en el año 1972. Fue un Domingo de Piñata por la tarde cuando Don Pedro Cruz junto con sus primas, las hijas de Miguelito el Cochero, y otros amigos reiniciaron aquel Entierro que se había perdido a raíz de la guerra civil. Para tal ocasión Pepe Dámaso hizo unos diseños que se portaban, a modo de estandartes, y con esa sencillez pasaron en parihuelas la sardina por todo el pueblo.

Las Palmas capital no tenía carnaval y el referente eran las Fiestas de Invierno de Tenerife y las revistas del Carnaval de Río o de Venecia.

En un par de años tuvimos un Entierro con murgas, comparsas y carrozas que fueron la atracción de toda la isla. Aquel Domingo de Piñata por la mañana no cabía un coche más en el pueblo y las calles estaban abarrotadas de gente. Sólo necesitábamos que el Ayuntamiento organizara el tráfico y vigilara el orden público; lo demás lo ponía la gente del pueblo.

Mientras tanto, en las casas de los carnavaleros (que éramos muchos) ¿quién no recuerda aquella ensaladilla rusa en contra de uno desde el día anterior? Manos al disfraz, manos a las carrozas y manos de «¡a última hora y el «recao» que trae!»

Un pueblo que se precie no puede celebrar un Carnaval sin secreteos ni piques y, en aquellos años, los hubo y muy divertidos. El diseño y el colorido de los disfraces se guardaban con gran sigilo «*para dar el palo*» que dicen en Agaete. Hasta tal punto fue así que, una vez, subimos a escondidas a la azotea de la Iglesia para ver desde allí los disfraces que cortaba Rosaura Alemán en su casa para la murga Los Sin Ton ni Son. Aún me parece verla con el nervio puesto:

- ¡Ssshhh! ¡Vengan aquí! ¡Miren a ver si miden de arriba abajo la azotea de la Iglesia que ya me enteré!

Y allá iban las carcajadas porque, tanto a unos como a otros, nos gustaba ese jaleílllo que era la salsa del Carnaval, sin olvidar la famosa respuesta para cuando alguien le ponía reparos al disfraz:

- ¡Eeehhh! ¿P'i no estamos en Carnaval? – con el deje arrastraíto de Agaete.

Y ahí no acaba la cosa. En el año 72, en pleno Entierro, retardamos el avance de la comitiva para que anocheciera y aguantamos estóicamente las protestas del resto de los grupos que nos apuraban.

Nosotros queríamos que el baile con las antorchas encendidas luciera más y sólo lo podíamos conseguir si se hacía de noche.

Mientras tanto, Don Sebastián Monzón componía para la ocasión letrillas que se oían de esquina en esquina. Las hubo muy populares pero recordemos la que dedicó a Francisco el Pupulo el enterrador:

*Por ser el hombre de la basura,
por ser su oficio el de enterrador,
le silba la gente al Pupulo
cuando pasa en el camión...*

Entonces teníamos 16 años y éramos la pandilla de «*Los Rebeldes*»

pero, en Carnaval, nos convertíamos en la comparsa «*Los Bullangueros*». Junto a nosotros hubo un matrimonio entrañable, Vito y Manolín, que participó de lleno en todas nuestras locuras. Recuerdo aquellas tardes de domingo, ensayando en el Casino o en la Casa de la Juventud y, en las vísperas, ensayando en la calle porque, cuando se tienen ganas y poca edad, ni el mal tiempo te detiene. Así sucedió con el aguacero que cayó en el año 70: en lugar de retraernos nos entraron más ganas de bailar y, al acabar en Entierro, hubimos de secar la ropa a fuerza de plancha para seguir bailando.

Repasando el archivo fotográfico de mis amigos Bárbara y Pepe Juan del Rosario me viene a la memoria todo aquel repertorio de canciones antiguas que resucitamos y adaptamos, unas a ritmo de samba y otras de corrido mejicano, según el disfraz: «*La Cántara*», «*Río Grande del Sur*», «*Negro Soy*», «*Agua del Pozo*», etc. Las canciones cubanas como «*Pobre Corazón*» o «*Mamá llévame a La Habana*», nos llegaron a través de los discos de las comparsas de Tenerife.

La gente que no vivió aquella época y que 29 años después observa la abundancia de materiales relacionados con el Carnaval podría pensar que siempre fue así. Y nada más lejos de la realidad. Hubo que sacar y hacer de

donde no había: construir instrumentos con material de fontanería, convertir la pasta de dientes en maquillaje, buscar telas o transformar un coche en un pulpo. Fue un Carnaval artesanal con mucho ritmo, colorido, voluntariedad y, sobre todo, mucho entusiasmo y cariño, en definitiva, muy similar al que tuve ocasión de presenciar el verano pasado en Santiago de Cuba donde las congas, con una simple camisa de color y la percusión, contagiaban a propios y extraños. Como casi siempre, las carencias agudizan el ingenio.

A partir del año 72 se multiplicaron los grupos carnavalescos al frente de los que estaban personas como Lidia Ramos o Andrea Miranda; familias como Los Titos o Las Cocheras; parejas como Juanita y Las e, individualmente, Agustín Sánchez el de Ramona. Tampoco faltaron Las Viudas que sacaron a la calle todo el repertorio conocido de los duelos antiguos y que, en una ocasión, tuvieron que salir con la boca tapada por mor de la censura.

Hasta tal punto creyó Agaete que era el ombligo de la isla que la Organización no dejaba participar a los grupos que venían de fuera. A mediados de los 70 Las Palmas capital empezó a organizar su Carnaval que acabó eclipsando a los del resto de la isla: para entonces se había perdido, en gran parte, la mascarita de toda la vida y las parrandas. Fue tal el declive que, a partir del año 87, el Ayuntamiento tuvo que asumir aquella iniciativa popular que tanta fama le dio a Agaete.

Actualmente, muchos de los que fuimos motores de la época dorada del entierro agaetense, somos meros espectadores que utilizamos la consabida frase: Me acuerdo yo aquel año..., sin entender cómo, teniendo más medios, no se hacen mejores cosas. O, quizá, es que a este Carnaval, esta mascarita no lo reconoce.

* Publicado en el boletín Agayte del PSOE de Agaete en marzo de 1997.



LA HABANA EN CUBA O LA HERENCIA DE LOS PALMESES

Después de haber visitado La Habana y, a pesar del deterioro que sufre, no es difícil suponer lo que fue y el calificativo que mereció en la época colonial «LA PERLA DEL CARIBE».

Fue Cuba, a finales del siglo pasado y principios de éste, uno de los lugares elegidos por los canarios para emigrar en busca de fortuna.

Indianos llamaban a aquellos que se aventuraban a cruzar la mar oceánica arriesgando su vida en la travesía. Es de sobra conocido el trágico naufragio del Valbanera, entre Santiago y La Habana, en el que perecieron muchos canarios. El romance a que dio lugar tal desgracia corrió de boca en boca por toda la geografía isleña:

Ya se ha hundido el Valbanera,

barco de mucho valor,

con jardines y teatro

de luminoso color.

De Gran Canaria salió

con rumbo para La Habana

con cientos de pasajeros

de todas las islas hermanas.(...)

A pesar de la tragedia, la emigración continuó y en la provincia de Oriente muchos canarios echaron raíces. Pueblos como Santiago, Mangos de Baraguá, Alto Cedro o San Luis así lo atestiguan. Allá continúan los descendientes soñando y recordando las historias que sus abuelos les contaron a la sombra del bohío. De allí llegaron los verseadores, los puntos cubanos, la guaracha, los boleros y algunos indianos, unos ricos y otros pobres.

Hubo un agaetense, Don Diego Palmés, que no se quedó en Oriente sino que se estableció en La Habana. Antes de partir había vendido su finca de Tamadaba y se fue a hacer Las Indias... y bien que las hizo. Se fue para nunca más volver.

Hace algún tiempo, y por mor de la profesión, conocí a una compañera de trabajo (y a pesar de ello amiga) María del Carmen Palmés cuya carta de presentación no podía ser otra que:

- *¿Eres de Agaete? Mi padre también, de los Palmeses.*

- *Como la herencia - dije yo - pues en mi infancia era algo común oír hablar de la herencia de los Palmeses.*

Más tarde conocí a su padre, Don Sebastián Palmés, de quien estoy seguro que, además de por ser amigo de sus hijas, el buen entendimiento vino a través de la canción. Por herencia familiar los Palmeses cantaban muy bien y su repertorio me recordaba al que, en las noches de serenata, cantaba mi generación y las anteriores en Agaete: Siboney, Marta, Lejos de Tí y, sobre todo, Morucha de la que decía Don Sebastián con orgullo que con ella enamoró a su esposa.

Él guardaba una copia del testamento que hiciera su antepasado, el tal Don Diego, de sus posesiones en *La Habana Española. Distrito de Marianao*. El testamento se refería textualmente a «... un extensísimo ingenio azucarero con tres locomotoras que arrastraban de veinticinco a treinta vagones cada una. Valores del Estado que se encontraban archivados en el Registro de la Propiedad. Diez millones de dólares oro en el Banco de Londres. Dos millones de pesetas en el Banco Español de Londres. Acciones en varias

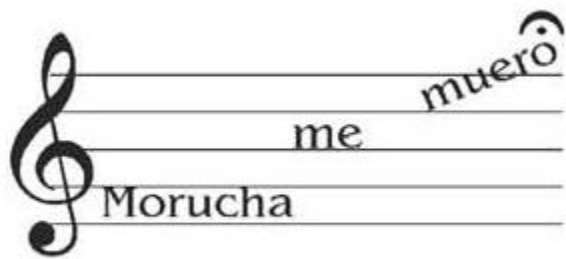
Compañías de Líneas de Vapores de los Estados Unidos y grandes extensiones de terrenos en diferentes puntos de la isla» .

El testamento, a favor de los herederos de apellido Palmés, fue hecho cuando La Habana era española. Estaba archivado en el Palacio del Obispado de la capital cubana y su partida de defunción lo era en la Parroquia de Montserrat, también en la Habana. Para que llegara a conocimiento de sus herederos, el Alcalde de La Habana publicó un Edicto junto con el Diario de la Marina. Corría el año 1949 cuando llegó la noticia a Gran Canaria. Pueden ustedes imaginarse el revuelo que se armó buscando, hasta debajo de las piedras, la parentela. Aunque, en realidad, donde había que buscarla era en el Archivo Parroquial de Agaete porque el del Ayuntamiento había desaparecido a causa de un incendio.

Entre el vientillo de la fiesta de Las Nieves y el calor, en aquel julio del 49 se colapsó el Archivo y llevaban al cura de cabeza. Busca que te busca aparecieron Palmeses desde finales del siglo XVIII y cuentan que una entená de un primo tercero de la segunda generación quería, a como diera lugar, La Habana en Cuba.

Este era un dicho que, actualmente, se ha perdido y que se utilizaba para acallar a alguien que quisiera lo imposible. Por más partidas de nacimiento que se enviaron y abogados que fueron y que nunca más volvieron, pasó el tiempo, la fortuna no llegó y las esperanzas se desvanecieron. Decía Don Sebastián Palmés que se la habían quedado los curas. Como consecuencia de esta frustración de esperanzas surgió otro dicho en Agaete que se decía cuando alguien ofrecía algo que, de antemano, sabía que no iba a cumplir y aquello de:

- *¿Eso? Como la herencia de los Palmeses.*



* Publicado en el boletín Agayte del PSOE de Agaete en diciembre de 1997.



PERDONA A TU PUEBLO SEÑOR

Este es el comienzo de la más popular de las canciones de Semana Santa. Una semana que, durante los años 50 y hasta los 60, la recuerdo como un espectáculo teatral de animación callejera y con bastante imaginación a pesar de la falta de medios.

El Domingo de Ramos lo dedicábamos a la flora: con palmas y olivos simulábamos la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén que, con la adquisición del Señor de la Burrita, se introdujo la fauna y la industria textil proveniente del moro. Fueron muchas las colchas que colgaban de las azoteas cuando la burrita paseó la primera vez por el pueblo.

Después de la entrada triunfal empezaba el auténtico espectáculo de transformismo. Existía en la Iglesia lo que llamábamos Los Santos Viejos, restos de imágenes que, al parecer, sobrevivieron al incendio del primitivo templo. El Lunes Santo se procedía a la transformación de medio cuerpo de una imagen de San Juan en el Señor de la Oración en el Huerto, mediante el sencillo procedimiento de sujetarlo a un cajón de coñac y vestirlo con la túnica adecuada. Le acompañaba un ángel que, en Navidad, había sido Virgen María y el miércoles santosería La Verónica. En ambos casos las manos eran prestadas.

Como no había Banda de Música para acompañar (y en Agaete por cantar que no quede), desde el mismo lunes estábamos implorando «*Perdona a tu pueblo Señor...*» y empatando con «*Si grandes son mis culpas mayor es tu bondad...*», por si quedara alguna duda.

El mismo Señor del Lunes, con la cañita en la mano y un engendro de Poncio Pilato, salía el Martes hasta que Doña Luisa Medina, abuela de Don Jerónimo Saavedra, dejó en su testamento el Cristo Atado a la Columna que siempre presidió el comedor de su casa. A estas alturas de la semana las tardes-noches se inundaban con aquello de «*No estés eternameeente enojaaado...*» y «*Que yo meaaaa reeeee piento de veeeraaa...*». De tanto

cantarlo, hasta un pueblo como el nuestro «al que hay que tenerlo entretenido porque si no inventa maldades», se lo acababa creyendo.

El Miércoles el transformismo llegaba a sus más altas cotas: Pilato cedía los pies al Cristo, que abandonaba el cajón de coñac para ponerse erguido con la Cruz a cuestas. A su vez, devolvía las manos a la Virgen de los Dolores de quien las había cogido prestadas, sin decirle que era para lavárselas en el juicio contra su Hijo. Por otra parte, una Magdalena que pudo haber sido en otrora una Virgen de Candelaria, acabó desbancando a la supuesta Verónica por falta de manos o trono para ambas.

Transformados los personajes llegaba el momento de la escenografía callejera. En el mejor estilo verista, al que tan aficionados somos, cada Paso tenía su recorrido aunque los referentes eran iguales: *por arriba y por debajo de las casas, en la plaza, en la placilla o en el Calvario.*

De este modo se sucedieron encuentros, reverencias y supuestos diálogos que guiaban a los personajes. No podía faltar aquel sermón tan esperado que comenzaba siempre igual: *Madre, aquí tienes a tu Hijo; Hijo, aquí tienes a tu Madre...* Con la Virgen en la calle no podía faltar aquello de «*Llora la Viiiirgeeee Madre deamoooó...*» y «*Maaaaa dreeee lleeeee naaaa deaaaa marguuraaaa...*», así, arrastraíto como se debe.

Que no piense nadie que iba a levantarse el Jueves Santo para ir de campo o playa. Ni siquiera poner la radio o ir al cine. No señor, que para eso vivíamos en la España nacional-catolicista. Mañana, tarde y noche, las emisoras de radio nos recordaban la tragedia con saetas, tambores y música sacra. Los novios y novias que se olvidaran de visitas y pláticas amorosas porque el Señor estaba agonizando y era una falta de respeto. Los coches no podían hacer sonar la pita en las inmediaciones de la Iglesia y el doblar de las campanas era sustituido por «la matraca», un artefacto de madera abatible. ¡Con decirles que había que esperar toda la Cuaresma y Pasión para celebrar un baile el Domingo de Resurrección!

A todas estas ya había llegado «El Padrito», otro de los grandes mitos de la Semana Santa agaetense.

- ¿Eh? ¿Pi dónde vas?

- *A confesarme.*

- *De allí vengo yo. ¡Fuerte cola había! Vete por el confesionario de abajo que está el Padrito.*

- *Allí pensaba ir porque lo mío no se lo cuento al de aquí, que después va y lo riega.*

Con el cambio litúrgico desaparecieron las procesiones del Jueves Santo y la escenografía era de interior: Adoración de la Cruz, Lavatorio de Pies y el Monumento. Pero era imposible parar de repente tanta animación callejera y por la noche, después de la Hora Santa, venía el Jubileo: un trajín de la Iglesia a la Plaza y viceversa. Aunque parezca una tontería tenía dos interpretaciones: la primera, recordar el trasiego de Jesús desde la casa de Anás a la de Caifás y la segunda, dejar claro que nosotros no teníamos la culpa, que fueron los judíos.

Nuestras abuelas, devotas ellas, nos recitaban las letrillas y romances propios de la época:

Jueves Santo murió Cristo,

Viernes fue su Santo Entierro,

Sábado resucitó

y Domingo subió al Cielo.

Otra, muy socorrida era:

Tres Jueves hay en el año

en que brilla más el sol:

*Jueves Santo, Corpus Christi
y el día de la Ascensión.*

Con toda seguridad, el romance más transido de dolor empezaba diciendo:

*La Virgen va p'al Calvario
vestida de luto y pena,
cambiando su manto azul
por uno de seda negra.*

*Un Hijo que ella parió,
más blanco que la azucena,
lo llevan crucificado
en una Cruz de madera.*

¿Y qué me dicen de la Bula? Si querías comer carne durante la Cuaresma tenías que pagar el impuesto revolucionario lo que, desde el punto de vista del pobre, constituía la parte de humor negro. La Bula y el Ayuno formaban parte de esta Semana; sobre todo el ayuno, que fue obligatorio en la posguerra: ¡no había qué comer!

El plato fuerte del Viernes Santo era el Sermón de las Siete Palabras. Entre Palabra y Palabra el Coro de Hombres entonaba el Miserere y el Coro de Niños contestaba. Aunque nada era tan importante como esperar la frase

final «*E inclinando la cabeza exhaló y entregó su Espíritu*», pero no por la frase, sino por el tiro que sonaba para confirmar la Muerte. Después venía la magna Procesión: Autoridades, Tricornios y Mantillas. Los Tronos luciendo las jarras de oro, que el latonero del pueblo había hecho transformando las latas del queso del reparto enviadas por los americanos. Fue así, sin proponérselo, cómo el Plan Marshall colaboró en el realce de la Semana Santa de Agaete. La Banda de Música tocando la pieza más famosa que todos recordamos: «*Pobre Mari*».

Una Semana Santa sin olores no es una Semana Santa; cada lugar tiene los suyos. Aquí, la salvia, el mastranto y el eucalipto se encargaban de anunciar la llegada de la Procesión al Calvario. Fue, por tradición, la familia de Maestro Pepe Pilara la encargada del arreglo floral y el Coro Parroquial de cantar el Stabat Mater. Lo que todavía se conserva, pero sin el tiro de antaño, es la ceremonia del Entierro. Creyentes o no, a las 11 de la noche del Viernes hay convocatoria general. Después la Soledad sale a la calle y se canta el último de los dramones: «*Mírame Virgen María con mirada de cariño...*»

El Sábado Santo, al igual que el Jueves, tenía doble escenario: en la calle la Procesión del Retiro y en la Iglesia la Vigilia Pascual, con las letanías de nunca acabar. Lo cierto es que, perdonados o no, resucitaba el Señor y se les quitaba el arresto a los Santos que habían estado tapados, con las cortinas moradas, durante toda la Cuaresma. Lo que empezó un Miércoles, con fuego y ceniza, acababa, de igual manera, un Domingo de Resurrección con la Quema de Judas. Dicen que la vida es eso que te sientas a esperar que pase y, como toda la vida ha sido una espera, ahora nos tocaba esperar la Venida del Espíritu Santo, que tengo la impresión que, con Agaete, queda demostrado que no vino y, si vino, no tuvo efecto alguno. ¡Perdónalos Señor!

* Publicado en el boletín Agayte del PSOE de Agaete en abril de 1998.



CAMINO DE ACUSA

Dicen que todos los caminos conducen a Roma y que cada lugar tiene su Roma particular. Lugares como San Andrés, Moya o Teror, fueron en el pasado emulaciones de la Ciudad Eterna para los vecinos de Agaete. De aquellos lugares todavía queda uno, seguramente el más sacrificado por lo escarpado del terreno: Acusa en el municipio cumbbrero de Artenara. Los caminos y atajos que la gente del Valle y del Casco Urbano transitaban para llegar al lugar, fueron tan variados, como las causas que les motivaron a subir las laderas del Tamadaba para llegar hasta Acusa, unas veces Verde, otras Seca.

POR EL CAMINO REAL

Más conocido hoy como «*Camino de los Romeros*», fue el camino oficial para el paso de bestias cuando éstas eran el medio más idóneo para el acarreo. Desde el Valle hasta Tamadaba de manera oficial o al extraperlo, transitaban los carboneros hasta los años 30 y los leñadores durante los años 40. Entonces, subir y bajar del Pinar era una práctica diaria. En Tamadaba estaba el sustento.

Siguiendo este camino, la gente llegaba hasta la ermita que bajo la advocación de San Amaro, aún existe en la finca de Sansón. «*El Peregrino*» como así llaman al santo, es patrón de los lisiados, percance bastante común entre los carboneros y leñadores. Desde allí, unas veces por la Candelaria y San Blas, otras por el Cristo, la gente seguía hasta Acusa.

Camino Real, de los Carboneros o de los leñadores, es el que al anochecer de cada 27 de junio, despide a los hombres y mujeres que suben a Tamadaba en busca de la rama para San Pedro bendito. El Molino, El Ingenio y Bisbique, son testigos del paso de los romeros a la luz de los

faroles. Es el camino que, a la mañana siguiente, rezuma todo de aromas que bajan de las alturas al son de las caracolas.

POR LA ABEJERA

Este camino, que no es camino, que es dar pasos inciertos en el risco escarpado del que toma su nombre, fue en realidad un atajo para los leñadores del Casco Urbano. Si bajarlo sin carga alguna es una odisea, qué no sería con aquellas manadas de leña al hombro o a la cabeza. Para esta proeza sólo se me ocurre una respuesta y es que «*el hambre es muy fea*». La Abejera fue también vereda de romeros hasta los años 50. La noche del 3 de agosto, la Villa conoció la lumbre de los hachones y el sonar de las caracolas, señal inequívoca para subir al Pinar en busca de la Rama, esta vez, para la Virgen de las Nieves.

Aquellos romeros, serían recibidos la mañana del 4, en el mismo lugar donde actualmente se coge la Rama, en la unión de las calles San Germán y Guayarmina.

POR EL SAO

Desde siempre, el instinto de supervivencia obligó tanto a la gente de la cumbre como a la gente de la mar, a andar por esos caminos en busca de «*algo que llevar a la boca*».

- *P'arriba íbamos con sardinas tostás envueltas en una hoja de ñamera y p'abajo volvíamos con papas o millo dependiendo de la época.*

- *Y todo eso desde Acusa donde la gente era muy buena.*

En una época en que escaseaban los alimentos, el trueque era lo importante. Unas veces fue papas y millo, otras pan del campo, queso y, en más de una ocasión, un periquito que ... *tan lindo que lo tengo y me pegó de gajo.*

El millo había que molerlo y fue así como el Sao, con sus tres molinos de agua, se convirtió en el emporio comercial de la zona.

¡Quién lo dijera!

Hasta aquel paraje bucólico como aún lo conocemos, acudió toda la zona a moler. Además de moler, se trocaba y se inició más de un noviazgo entre la muchachada del Valle, El Hornillo, Acusa, Juncalillo y el Lugarejo. De aquellas relaciones, emparentaron Giles, Lujanes, Vieras, Suárez, Rosarios y Godoys entre otros y surgieron amistades, promesas y rogativas: unas veces por San Pedro, otras por Las Nieves y otras por el Cristo de Acusa. Al finalizar la molienda el molinero hacía según su conveniencia. En unas ocasiones cobraba en metálico y en otras se quedaba con la maquila, que era una parte proporcional de la molienda medida en cuartillos o en almudes.

- *¿ Y qué hago ahora con estos dos sacos? Decía la del Valle a la de Acusa.*

- *Los llevas a la «remuda» como hacemos nosotros all'arriba. Echás alante con uno, lo dejás y vuelves a por el otro y así hasta llegar donde hay gente. Después silvas pa que te conozcan y te vengan a favorecer los tuyos. Le contestó la de Acusa.*

- *Y mira lo que te digo: en la siguiente molienda vienes prepará pa que te vengas conmigo pa la fiesta del Cristo.*

- *Ya tu ves que me gustaría. Traigo la ropa y los zapatos en un «jato» y las alpargatas pal camino.*

- *La víspera por la noche nos quedamos en ca mi tía Clara en el Lugarejo que hace unos bailes tan buenos.*

Y allá que bajó Mariquita el Pino para el Valle y allá que subió todo aquel rancho del Valle para el Lugarejo. Como podrán suponer, aquellos bailes eran los de TAIFAS. Los tocadores se pasaban afinando de media noche para el día hasta que al final el jefe de la parranda decía aquello de:

- *¡ Tócamela por el nueve!*

Aunque les parezca otra cosa, las notas musicales eran cifradas y sólo quería decir el buen señor que tocaran en tono de MI. Además de bailar, era el momento de ensayar las malagueñas que era lo apropiado para el Cristo:

Del Valle y por Tamadaba

a besar sus pies subí.

En Acusa el Cristo estaba

y por Él llegué hasta aquí.

También las folías de noviazgo; unas veces con fortuna, otras sin ella:

El amor que te juré

Ante el Cristo lo mantengo,

Y aunque tu amor no lo tengo

No creas que te olvidé.

Al Cristo había que llegar para la función, que era donde se encontraba la gente que había venido por cualquiera de los caminos mencionados. Entonces la ermita era la que aún aparece cuando baja el nivel del agua de la presa y, aunque algún año llovió, lo normal era un solajero de justicia y había que buscar una sombra para tender el mantel. Era también el momento de visitar a las amistades y familiares porque el trueque continuaba. Nadie se atrevía a llegar a casa de nadie con las manos vacías.

- *Vamos p'abajo pa la cueva que allí estamos al fresquito. Vamos que mi suegra mató una machorra y hay carne fresca. Vamos que aunque sea un puño papas alcanzas. Le insistía el de Acusa al de Agaete.*

Aunque en septiembre las tardes son largas, más largo era el camino y había que emprender el regreso. Cada rancho por el camino que había venido. Y todo el mundo por delante porque ... *atrás no se me queda nadie.*

Todavía hay quien paga promesas caminando. Pero la comodidad se impone, los años pesan ... *las piernas no me ayudan, ya no estoy pa estos trotes ...* y hay que ir en coche. A pesar de todo, los caminos del pasado siguen conduciendo hasta Acusa y, sea como fuere, andando o en coche, no debe olvidar el viajero que, antes de trasponer, en el último recodo del camino, manda la tradición girarse para decir aquello de:

- *¡ Cristo Bendito de Acusa! ¡ Hasta el año que viene si Dios quiere!*

*Publicado en el boletín Agayte del PSOE de Agaete en julio de 1998.



EL CULTURAL GUAYARMINA

Hay cosas o hechos del pasado que despiertan curiosidad por la forma de oírse la contar a los mayores. Muchas veces la curiosidad tiende a mitificarlas o, al menos, a considerarlas como puntos de referencia en el acontecer de un pueblo, aunque luego la información nos demuestre todo lo contrario. No ocurre esto en el caso que me ocupa: La Sociedad Cultural Guayarmina, más conocida popularmente, en su época la II República Española, como «*El Cultural*».

El interés por saber cómo y por qué surge la citada Sociedad me lleva al Archivo Histórico Provincial donde encontré un archivo que el Gobierno Civil había depositado bajo el epígrafe «*Sociedades Desaparecidas*». Allí se encontraba el expediente de «*El Cultural*». Si bien es cierto que un documento puede aportar información suficiente, no es menos cierto que, la existencia de testigos presenciales, enriquecen aún más el contenido.

Un testigo de excepción, de los varios que aún viven, es D. Antonio Bermúdez Marrero, más conocido como «*Nono el de Julita*». Nació en Agaete un 22 de septiembre de 1920. Probablemente otra persona de su edad no nos podría contar tantas cosas de aquella época pero, casualmente, con sólo catorce años, fue el conserje de la Sociedad Cultural Guayarmina.

- *Estaba en mi casa cuando llegó mi hermano Jacinto contando que andaban buscando un muchacho para ocupar el puesto de conserje de la nueva Sociedad y yo, que tenía catorce años y había terminado en la escuela, me presenté y me aceptaron.*

RAZONES PARA UNA NUEVA SOCIEDAD

Si bien en el acta de constitución figura la fecha de seis de julio de mil novecientos treinta y cinco, D. Antonio, junto a otros socios que aún viven,

asegura que El Cultural ya funcionaba en los Carnavales de 1935.

- Hay cosas que a uno no se le olvidan y más cuando se tiene la edad que yo tenía en aquel entonces. Además, estuve hablando con otros socios y, desde finales del 34, se estaba reuniendo ya un grupo de personas que querían formar una nueva Sociedad.

Siendo la época de la II República y conociendo el devenir histórico de Agaete, desde entonces hasta el golpe de Estado de 1936 y los años de la Dictadura, siempre supuse que era lógico que existieran dos Sociedades: una que aglutinara a la gente de derechas y otra a la de izquierdas. Pero al leer el listado de socios fundadores y comprobar con nuestro testigo la identidad de cada uno de ellos, era evidente que la idea de dos Sociedades y dos bandos antagónicos no se sostenía:

- La gente se equivoca cuando piensa que El Cultural nació como una Sociedad opuesta al Casino de La Luz y que una era de derechas y otra de izquierdas.

Le voy a decir las razones concretas del porqué nace El Cultural.

El Casino de La Luz estaba mangoneado por una jarquilla, que ni siquiera eran de la Directiva, y creían que el Casino era suyo.

Cada vez que había un acto cultural lo boicoteaban con juergas y escándalos. La gota que colmó el vaso fue, cuando en una representación teatral, en un descanso en el que se apagaban las luces para que los artistas se cambiaran, fue uno de los listos y encendió las luces para sorprender a las artistas desnudas. Esto provocó que todas las personas serias se levantaran y se marcharan. Imagínese usted los comentarios al día siguiente. Este hecho, que no era aislado, y las ganas de realizar un proyecto que fuera más allá de los juegos de mesa, hizo que toda la intelectualidad del pueblo se uniera y, sin dejar de ser socios del Casino, crearan una Junta que reunió a los cuarenta y dos socios que figuran en este escrito como Socios Fundadores.

RELACIÓN DE SOCIOS FUNDADORES

1. D. Fernando Egea Ramírez
2. D. Pedro Esparza Martín
3. D. José Marrero García
4. D. Miguel Pérez García
5. D. Juan Álamo Nuez
6. D. Augusto Esparza Arteche
7. D. Manuel Marrero García
8. D. Juan Nuez Armas
9. D. JesúsPérez García
- 10 .D. Cirilo Medina Bermúdez
11. D. Juan García Rosario
12. D. Sebastián Viera Rodríguez
13. D. Ceferino Marrero García
14. D. Isidro García Cabrera
15. D. Sebastián Tadeo Rosario
16. D. José Armas Bermúdez
17. D. Juan García Trujillo
18. D. Manuel Jiménez Hernández
19. D. Jacinto Bermúdez Marrero

20. D. Juan Marrero Álamo
21. D. José García Rosario
22. D. Cristóbal Bermúdez Suárez
23. D. Manuel Cruz Medina
24. D. Francisco Bermúdez Suárez
25. D. Rafael Esparza Martín
26. D. Juan Marrero García
27. D. Augusto Esparza Martín
28. D. Luis Jiménez Hernández
29. D. Víctor Pérez Medina
30. D. Matías Pérez García
31. D. Carlos García Trujillo
32. D. Sebastián Bermúdez Suárez
33. D. Manuel Sosa Rodríguez
34. D. Juan Ojeda García
35. D. Antonio Rosario Santana
36. D. Manuel Marrero Álamo
37. D. Valentín Armas Nuez
38. D. Antonio Montesdeoca Godoy
39. D. Víctor Mendiola Álvarez

40. D. Luis García Álamo

41. D. Antonio Álamo Mendoza

42. D. Cristóbal Cruz García

Lo primero que hicieron fue buscar un local y lo hallaron en el antiguo Mercado Municipal que hacía tiempo que no funcionaba como tal mercado. Solamente lo usaba D. Miguel Pérez para proyectar películas de cine mudo a sus alumnos y a los vecinos que quisieran verlas.

Como la actividad cinematográfica era compatible con el proyecto cultural de la nueva Junta, lograron que les cedieran el local y empezaron las reuniones.

- Esto no les cayó bien a los de siempre que aprovechaban cualquier actividad para mandar a uno de los suyos, en copas, a molestar. Pero la personalidad de los organizadores siempre lograba salvar la situación sin discusiones. Era muy difícil, por muchas copas que se tuvieran encima, enfrentarse con el médico, el farmacéutico o el secretario del Ayuntamiento.

La situación en el pueblo no era la misma desde la proclamación de la II República en abril de 1931. En gran parte del país, los terratenientes y sus capataces iban perdiendo el control de los Ayuntamientos que, siempre, habían sido suyos. Había surgido la Sociedad de Oficios Varios (Sociedad Obrera) que, en Agaete concretamente, además de la labor sindical era un centro de Enseñanza de Adultos y ahora surgía una nueva sociedad que no era de izquierdas y, además, escapaba al control de los terratenientes.

DE LOS ESTATUTOS

Redactados de forma manuscrita, no es la palabra Estatuto la que encabeza el documento, sino la palabra Reglamento. El domicilio social provisional era la Recova y entre sus objetivos estaba la instrucción por medio de

lecturas de obras científicas, periódicos, conferencias y veladas literarias, destacando la promoción, a través de todos los medios posibles, de la Biblioteca. Según todos los testimonios fue D. Miguel Pérez el que mayor influencia ejerció para que se contemplara esta protección a la lectura.

No sé si el grupo promotor lo hizo a sabiendas pero, en el Reglamento, queda explicitado que las cuestiones políticas y religiosas quedan al margen. A pesar de ello estaban permitidas las tertulias, «...*respetando siempre las leyes del país y las reglas de la moral, la urbanidad y la cortesía.*»

- *Nunca hubo entre ellos ninguna discusión acalorada ni enfrentamientos; ni siquiera cuando ganó el Frente Popular en el 36. Más bien era gente con un gran sentido del humor.*

Cuentan que, al ser miembros de las dos sociedades existentes, se permitían el lujo de inventar chistes, coplas y chascarrillos sobre ellos mismos, como la que hicieron a cuenta del perro y la gata de D. Jesús Pérez, uno de sus socios:

La Sociedad de La Luz

junto con la Guayarmina

la quisieron arruinar

el Leal y la Maximina.

También, en otra ocasión en la que había baile oficial en El Cultural y el Casino estaba cerrado, pusieron de moda otro dicho válido en ambos sentidos:

- *¡Gran baile en El Cultural!*

- *¿Y en el Casino?*

- *¡Luces de Buenos Aires!*

Cuando por mor de las ocupaciones alguno dejaba de asistir a las tertulias, la pregunta y la respuesta siempre era la misma:

- *¿Dónde estás que no te veo?*

- *¡En la esquina Juan Tadeo!*

Así podría seguir contando dimes y diretes de aquel grupo que, luego, se hacían extensibles a todo el pueblo.

Una de las innovaciones del Reglamento fue la edad para hacerse socio, en una época en que la escuela acababa a los 14 años, justo cuando empezaba el mundo del trabajo. A los 16 años podías hacerte socio. De esta manera, pensaron que desde la Sociedad se podía continuar la formación con la Escuela de Adultos y la Instrucción Cultural, principales objetivos de El Cultural.

- *La cuota de entrada era de seis pesetas y la mensualidad de tres ¡toda una fortuna en aquella época! A pesar de ello, mayores y jóvenes tenían un nuevo reto: juntar las perras para hacerse socio de El Cultural.*

Cada año, en diciembre estaba prevista la renovación de la Junta Directiva. Que El Cultural fue una Sociedad pluralista no sólo se manifiesta en la lista de socios fundadores, sino en su primera Junta Directiva:

Presidente: D. Miguel Pérez García.

Vicepresidente: D. Augusto Esparza Arteché.

Prte. de Recreo: D. Pedro Esparza Martín.

Secretario: D. Rafael Esparza Martín.

Vicesecretario: D. Fernando Egea Ramírez.

Tesorero: D. Juan Nuez Armas.

Contador: D. Valentín Armas Nuez.

Bibliotecario: D. Juan Álamo Nuez.

Vocales:

D. Cirilo Medina Bermúdez.

D. Juan Marrero García.

D. Matías Pérez García.

En la Junta General de 1936 entra a formar parte de la Directiva el médico del pueblo D. Víctor Mendiola Álvarez.

Al ser la época de la República y, aunque los pueblos siempre son los pueblos, le pregunté a D. Antonio por el papel de las mujeres ya que el Reglamento permitía entrar en El Cultural a cualquier mujer que conviviera en el domicilio de algún socio. Por otra parte, la Constitución de 1931 consagraba, por primera vez en la historia de España, la igualdad de derechos.

- En El Cultural nunca hubo discriminación. Fueran socios o no sus parientes, las señoras y las chicas jóvenes podían entrar y, como el Reglamento no lo prohibía, hubo una mujer socia de pleno derecho: D^a Herminia Dos Santos Alemán.

DEL AMBIENTE

Aunque los reglamentos de cualquier entidad son los que marcan las normas, es el menor o mayor entusiasmo de las Directivas el que dinamiza la vida de la Sociedad. Junto a las personas adultas estaba el 150

A la sombra del flamboyán

sector joven del pueblo dispuesto, como casi siempre, a realizar actividades que, ante los ojos de los mayores, son casi imposibles. Como había

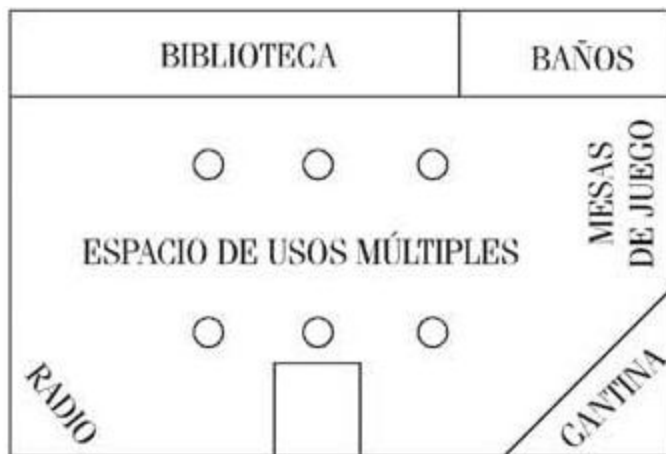
Biblioteca, Cine y Prensa, la juventud pensó que faltaba la Radio y no se lo pensaron dos veces.

- Juan y Carlos García Trujillo, que eran hermanos y socios fundadores, ante la duda de cuándo se iba a comprar la radio solucionaron el problema rápida-mente. Vivían en la casa que ocupa actualmente el nº 22 de la calle Guayarmina y ellos sí tenían radio. Desde allí, y saltando de azotea en azotea, tendieron un cable hasta El Cultural y lo conectaron a un altavoz. De este modo, tardes y noches se concentraban en la Sociedad muchos socios para escuchar las noticias.

Allí nos enteramos hasta de la guerra de Abisinia.

El país vivía un período de agitación: la UGT declara la huelga general al suspender Lerroux, entre otras cosas, la Ley de Reforma Agraria; en Barcelona, el Presidente de la Generalitat, Companys, proclama el Estado Catalán dentro de una República Federal Española y, en Asturias, los mineros proclaman la República Socialista. Personalidades políticas como Indalecio Prieto, Manuel Azaña, Largo Caballero o Alcalá Zamora ocupaban los espacios de actualidad y la gente quería estar al día.

Mientras conversamos voy dibujando un croquis del local y D. Antonio me va indicando cómo estaba distribuido:



- Todavía recuerdo los dibujos animados en blanco y negro que estaban en la pared (Pipo y Pipa) que los dibujó Esteban Rodríguez Martín y los pintó Cirilo Tadeo. Cuando había baile me vestía con una chaqueta blanca que me prestaba Luis el de Sinforosa y me permitían vender cigarros y fósforos. Así aumentaba el sueldo de 30 pesetas al mes que es lo que ganaba. También recuerdo la cantina que improvisaba Chanero Tadeo y Manolo Marrero donde era yo el camarero.

Entre tertulias, bailes, radio, teatro, conferencias e instrucción para los que no sabían leer, iba tomando cuerpo aquel proyecto que el golpe de Estado del 36 se encargaría de ahogar para volver a poner «las cosas en su sitio».

- Al final del 36 estaba yo sentado en la esquina de la calle Guayarmina con el Barranquillo, donde estaba la tienda de Seña María Escolástica, cuando bajó el Sargento Olegario del coche de hora de las diez (el que iba para el Valle) y como El Cultural estaba abierto, entró. Yo que lo vi , entré detrás y le dije que no había nadie porque la gente estaba para la guerra. Dio parte y, al poco tiempo, cerraron el local. El mobiliario y la documentación fueron requisados.

El Reglamento dice la fecha en que fue constituida la Sociedad, sin embargo, en el Registro figuran en blanco la fecha y los motivos por lo que fue disuelta. Con guerra o sin ella y aunque han pasado más de sesenta años y tengamos un sistema democrático, la práctica de acabar con las asociaciones que molestan a la derecha sigue en vigor.

Es esta una evidencia de que los avances sociales no van a la par con la evolución de algunas mentes, más bien dejan al descubierto las filias y fobias que, al final, empobrecen y restan frescura y pluralidad a la vida de un pueblo.

Diciembre de 1998.



AGAETE, PASEO Y MÚSICA

Veintitrés años después de que la Banda Guayedra rescatara los paseos y música en la plaza pública (si el tiempo lo permite, decían los programas) con conciertos gratuitos como los de la patrona de la música o fin de año, en esta ocasión parece que ni la intercesión de Santa Cecilia ha logrado la concesión de la Plaza de la Constitución que, casualmente, está ocupada por la municipalidad, cuando la mayor parte del año guarda silencio sin que nadie le diga ¡zape!. De todas maneras si resulta placentera la audición musical en solitario por razones de evasión o satisfacción personal, no es menos rica y emocionante la audición colectiva y si es en vivo y en directo mejor, con independencia del tipo de música que prefieras.

De un tiempo a esta parte es frecuente ver cada vez más a personas que, en su tiempo libre, salen a caminar. Avenidas, carreteras y paseos suelen estar concurridas a cualquier hora del día después que se ha descubierto que caminar favorece por muchas razones. En bastantes ocasiones es normal ver a estos viandantes con sus auriculares escuchando música mientras caminan con lo que el paseo se hace doblemente satisfactorio. Profundizando en esta moda, además de comprobar que cada vez somos más longevos como consecuencia del estado del bienestar, descubro que tampoco es nada nuevo, sólo que en cada época, el Paseo y Música se ha hecho por diferentes razones y de diferentes maneras.

Me contaba Don Antonio Bermúdez, un señor de la generación de mis padres, lo que supuso en un pueblo como Agaete allá por el año 34 del siglo pasado la experiencia en torno al descubrimiento de la radio. Fue la ocurrencia de los hermanos Juan y Carlos García la que indujo a una experiencia radiofónica colectiva lanzando un cable con altavoz desde su domicilio particular hasta el local que ocupaba la Sociedad Cultural Guayarmina. Allí, en torno a la radio de cretona, la gente se agrupaba para escuchar las noticias sobre la guerra en Abisinia y las canciones de la Argentinita, Estrellita Castro o Miguel de Molina.

Esa misma experiencia, pero ahora con el sonido de una gramola, la protagonizó en la década de los cincuenta la Sociedad Casino La Luz amenizando el paseo de los sábados y domingos en la plaza pública con las canciones llegadas desde Italia en la voz de Renato Carosone principalmente. Y Agaete cantó durante mucho tiempo la «*Picolissima Serenata*», «*Maruzzella*», «*Ricordate Marcelino*», «*Torero*» o «*Chella L'la*», canciones que marcaron un nuevo estilo dentro de la música ligera y que luego Fellini tomaría para la banda sonora de la *Dolce Vita*. Pero, llegando las fiestas de Las Nieves la música del continente cedía su paso a la música canaria y sobre todo a la mexicana en las voces de Antonio Aguilar, Pedro Infante, Jorge Negrete o Lola Beltrán. ¿Quién no recuerda «*Grítenme piedras del campo*», «*La Calandria*», «*Jalisco*», «*El Aventurero*» o «*Que seas feliz*» Sonidos de mariachis que acompañaron aquellas canciones cuyos argumentos fueron la base de historias de amor y desamor en aquellos paseos cruzados donde la mirada sustituía a las palabras, sobre todo cuando la voz de Pedro Infante, confidente de amores apasionados en el anonimato, resonaba en todo el pueblo cantando aquello de «... *y aunque amar no es disculpa que salve de culpa al amor*» en el paseo de ida para responder a la vuelta «... *y el destino es más fuerte que el prejuicio, el deber y el honor*». Música y canciones que la vieja radio de cretona se encargaba de reforzar en aquellos programas musicales de la Ronda y los Discos Dedicados. En definitiva, canciones que reflejaron la sociedad de prohibiciones en la que se vivía y donde la experiencia musical colectiva, venía a compensar la precariedad económica y tecnológica, propiciando a la vez las relaciones sociales donde la música ocupaba gran parte del tiempo de ocio. Nunca se vio pacto mejor que ahora entre Santa Cecilia y Cupido.

Si bien los hogares del Agaete de los 50 se fueron dotando lentamente de radios de cretona y la música fue llegando a más y más gente, la tecnología emergente no llegó a suplantarse la tecnología callejera del boca a boca ni los mentideros. Todavía se recuerda el tiempo que estuvo en el hit parade popular la canción «*Se va el caimán*», que se cantó y silbó, desde la complicidad sociopolítica del momento, en ese Paseo y Música obligado hasta los Chorros públicos por falta de agua de abasto en las casas. Mayor aún fue el estrago que causó la canción

«*Ven esta noche*» cuando, al sonar como contraseña por la megafonía callejera en aquellas fiestas de las Nieves, hizo que la juventud abandonara el paseo y desobedeciera la prohibición del obispo Pildáin de hacer bailes durante la celebración de las fiestas patronales, lo que le costó a la Virgen de las Nieves un paseo, esta vez sin música, en un camión hasta su ermita y por consiguiente la suspensión de la bajada el 17 de agosto.

Lo normal en aquellos años era que en las familias grandes hubiera gente que tocara y cantara en los saraos familiares. Eran los mismos grupos de pulso y púa que, en carnaval, salían ataviados a la calle con el nombre de estudiantinas cantando «*Domingo de carnaval de gitana me vestí*», «*Cuando mates el gallo, lerén, lerén*», «*Señor Colón*» o «*La Punta y el tacón*» que, en realidad, eran canciones heredadas de la generación anterior. De esa misma experiencia colectiva se desgajaban los dúos y tríos de rondadores que, cambiando el corrido mexicano, los pasodobles y las isas por boleros y habaneras, tomaban con sigilo las calles de madrugada para expresar en música y canción las cuitas de amor. «*Lucero de mis noches*», «*Paloma Mensajera*», «*Mil besos*», «*Veinte años*»,

«*Los últimos de Filipinas*» o «*La Perla*» fueron entre otras, las canciones preferidas para las serenatas. Las fiestas patronales de la Concepción y las Nieves son fieles testigos de cuando tocar y cantar no sólo formaba parte del curriculum social de quienes lo practicaban sino que era bien visto hasta por la autoridad de turno.

La búsqueda de nuevas vías para encauzar la afición musical colectiva que se respiraba en el ambiente, acabó plasmándose en una Coral apadrinada por la Sociedad Casino La Luz y el Paseo y Música, ahora vocal, paseó por Gran Canaria y fundió música y poesía en aquella experiencia inolvidable junto al poeta Saulo Torón en la primavera de 1972. Junto al *Va pensiero* verdiano como himno, Agaete cantó madrigales medievales y piezas del repertorio internacional. Lo cierto es que llegado diciembre las agendas personales eran muy difíciles de cuadrar musicalmente, sobre todo los fines de semana puesto que quien no estaba en la Banda de Música, estaba en la Coral, o en el coro de la iglesia o en una murga de carnaval y en muchos casos, en casi todo a la vez.

La historia oral de los pueblos lleva asociada en su devenir la música como compañera. Probablemente tenga algo que ver ese primer paseo que llaman *gateo* y que acaba en la cocina creando el primer grupo de percusión de nuestra vida con las tapas de calderos. No es de extrañar que aquellos sonidos instrumentales que invadían todo el pueblo al atardecer en horas de ensayo de la entonces Banda Municipal de Agaete, provocara en la infancia de mi generación el deseo de emulación creando bandas de flautas de caña y papelillos de fumar que el tururú de cada cual ,más o menos afinado, se encargaba de hacer sonar. ¿Cuántas veces no tocamos el *Corre, corre caballito* de Marisol que era la pieza orquestal que mejor nos salía? ¿Y qué me dicen de aquel pandero de chapas de *Baya, baya* y de *Mirinda* clavadas a la madera con tres tachas para hacer el Paseo y Música más largo del año, la excursión de fin de curso? Nunca saldrán tan airosos de un juicio personas como Don Manuel García, padre e hijo o Don Enrique Asencio y Ruano culpables de fomentar el gusto por la música en aquellas veladas que, con el título de Paseo y Música, aparecían en los programas de las fiestas locales hasta los años 60. Pasodobles sin toros, marchas militares y algún que otro ritmo del momento, hicieron las delicias de pequeños y mayores, tradición que actualmente se encarga de mantener la Banda Musical Guayedra.

Aquellos Paseos y Música fueron más allá con el paso del tiempo y los pesados discos de pizarra, dieron paso al vinilo y Las Palmas de Gran Canaria empezó a dotarse de incipientes tiendas de discos negros (pocas en exclusiva, la mayoría compartidas con juguetes y bisutería). Hasta ellas llegamos unos más inconscientes que otros empujados por la moda del disco forum de los años 60 porque ¿quién de mi generación no tuvo alguna vez el corazón en *Bandolera*? ¿a quién no le incitó Adamo a poner *Mis manos en tu cintura*? ¿o quién no buscó junto con Massiel *Rosas en el Mar*? Y la música siguió paseando y haciéndose cómplice y burlando el período de autarquía porque «...alguien se llamaba Manuel y nació en España» según contaba Serrat, más o menos "Al Alba» como apostillaba Aute allá por los 70. ¡Cuántos paseos , grabaciones y regrabaciones no sufrieron las cassettes de Paco Ibáñez y sus recitales en el Olympia de París tan sólo para escuchar e interpretar a la luz de la época «A Galopar» o «Ríase la gente» con la insolencia gongoriana que decían algunos! En una palabra la música,

ahora más que nunca, jugaba un papel de cohesión social abanderado por los cantautores y

«*La Estaca*», aquella que había que estirar por aquí y por allá, se adueñaba de universidades y colegios mayores.

Probablemente, a poco que investiguemos, muchas han sido las razones de unión que la música nos ha proporcionado frente a las razones de separación, seguramente las mismas por las que se ha compuesto mayoritariamente por y para el amor en cualquiera de sus manifestaciones por muy tortuosas que estas fueran. Sin embargo son menos frecuentes los pocos ejemplos que existen con respecto al matrimonio que, para cuando los ha habido, no ha salido muy bien parado que digamos (el matrimonio claro está) cuando la mayoría de la gente lo contrae. Muestras como «*Al matrimonio y al baño hay que entrarles de repente...*» o «*Me ha pretendido un maleta...*» ambas de ¡*Ay Balancé!* ,

«*Yo no me caso compadre querido*» o la peor o mejor de todas según como se mire «*Padre quiero confesarme, estoy casado con una mujer buena y no soy feliz...* » son un ejemplo somero de cuanto digo. A pesar de todo también formaron parte de aquel repertorio tan rico, variado y ocurrente con que la gente se dotaba para expresar sus sentimientos que es en definitiva de lo que se trataba. Y además, porque alguna vez Santa Cecilia cerró la tapa del piano y a Cupido se le agotaron las flechas.

¿Qué cómo llegamos a la música clásica? Visto con ojos de niño en aquella época y ahora con miras de adulto ¡cuánto ha cambiado el panorama musical hasta en el más alejado de los pueblos! Habría que retrotraerse a la época de las antenas radiofónicas clandestinas de los años cincuenta donde, con oídos de niño, escuchabas la visión que de España se tenía en Europa y donde siempre caía algún concierto de la BBC, todo ello con nocturnidad y atrevimiento porque ni la tecnología al servicio de la música estaba tan avanzada, ni llegaba a todos los pueblos donde en la mayoría no había luz eléctrica y cuando la había era de media tarde para la noche y porque la música tampoco era un fenómeno de masas. A través de aquel aparatito, centro nocturno de atención familiar, llegó una noche la voz de la mezzosoprano agaetense Lucy Cabrera desde Radio Toulouse, la de María Callas a través de la RAI (años después descubrí que cantaba la Gioconda) y la

noticia de que el bajo cantante Chano Gonzalo, de Agaete también, cantaba en el Teatro de la Zarzuela de Madrid la ópera Fausto nada más y nada menos que con Victoria de los Ángeles y Beniamino Gigli. Más tarde hubo una maestra que, comprometida con un grupo de Rebeldes con causa, nos enlazó con la oficina del Ministerio de Cultura y fue así como el Paseo y Música, junto con la lectura, viajaban desde Las Palmas a Agaete después de jurarle y perjurarle al funcionario de turno que lo de *Rebeldes* era por la edad no por otra cosa. Y hasta nuestra adolescencia y con la didáctica de María Jesús Santana López, el Pick-up y el transistor a pilas, arribó la parte clásica que llegó a gustar hasta a los que sólo sabían de cumbias, logrando que la «*Cartagenera*» y el «*Vuelo 502*» congeniaran con Mozart, Beethoven y Tchaikovsky. No digo Mahler porque a mitad de los sesenta pocos en España sabían que existía. Y hubo música para bailar, cantar, reflexionar, posicionarte y para que, en muchos momentos, nos sirviera como bálsamo del alma, dejando que Joan Baptista Humet nos recordara *que... lo más grande de que dispone el hombre es el hambre de conocer.*

Ahora me es grato recordar como la música siempre ha estado presente en nuestras vidas, unas veces como recurso otras como discurso de identidad. ¿Quién de niño no hizo una gracia familiar cantando algo a media lengua? ¿Quién no guarda en su memoria el repertorio selecto para cada cual de la música de su infancia o juventud? ¿Cómo no recordar aquella melodía que escuchamos a un músico callejero en no se sabe qué calle ni de qué país? Por las mismas razones nadie de Agaete, ni la colonia finlandesa allí afincada, entendería unas Navidades sin que los Luceros del Alba animados por Don Tomás Martín llenaran con su Paseo y Música hecha villancicos las madrugadas de las misas de la luz. Le faltaría algo a la ceremonia del Entierro la noche del Viernes Santo si la Banda Guayedra no interpretara en el interior del templo la Marcha Fúnebre de Chopín o el Pobre Mari. ¿Qué sería de una Rama sin que las Bandas de Música interpretaran el Campeón o la Madelón? En cualquiera de los casos Santa Cecilia afinaría hasta los panderos con tal de que estos paseos musicales no se perdieran.

En este repaso subjetivo, emotivo y apasionado de los paseos que nuestras vidas han dado en torno a la música, donde la rapidez de los avances tecnológicos nos han permitido conocer el gramófono y el CD, pasando por la radio de cretona, el transistor y el pick-up y el disco de pizarra, el vinilo y

las cassettes hasta el DVD, no me cabe por menos que valorar la sensibilidad familiar para encauzar a los hijos en el mundo de la música, bien como oyentes o como ejecutantes de cualquier instrumento, a los jóvenes que libremente toman opción por la música, a los compositores que son los culpables, para bien, de ese enorme patrimonio que nos permite progresar en los géneros y elegir el repertorio afín y, por supuesto, a esa experiencia musical académica altruista que tantos años lleva desarrollando la Banda Guayedra con su director Don Jerónimo Martín Trujillo al frente.

Siempre habrá una música y un momento para recordar, vivir, morir y amar y, a pesar de que en esta ocasión nos ha faltado el espacio para homenajear a Santa Cecilia espero que, al menos, se nos permita seguir paseando.

* Publicado en La Provincia/ Diario Las Palmas en noviembre de 2003.



CON NOMBRE DE MUJER

No es canción... se llama copla y cabe dentro la vida. La copla es, por donde vaya, la voz de un pueblo al cantar. Así lo cantó Carlos Cano recogiendo el testigo de tantas generaciones para las que la copla sirvió de expresión y de evasión en momentos en que la vida se dibujaba en negro y gris.

También mi vida se enredaba en las coplas que cantaban las trabajadoras de los almacenes. Zafra tras zafra, Agaete se hizo canción en la copla y allá donde fueres había un almacén de empaquetado y mujeres que, además de cantar bien, se reconocían en las situaciones sociales reflejadas en ella y con los tirabuzones de virutas con los que acunaban los tomates, trazaron los mejores pentagramas cuajados de historias de amor y celos que la exportación colonial llevó hasta Londres o Liverpool . De esta manera, con nombre de mujer, unas veces fueron Candelaria la del Puerto que «en lugar de echarse luto se ha vestido de color»; en otras Lola Puñales «lo mató por jurar cariño en vano y sin siquiera temblarle la mano». Y no les cuento Consolación la de Utrera que pedía al señorito que la había perdido «mírame bien a la cara pa que veas quien te dio» porque en el mundo poético de achares y celos sólo cabía el amor o la muerte. Mujeres, que ni siquiera tuvieron derecho a un nombre, vivieron condenadas de por vida a ser La Bien Pagá, La de los Hombres Casaos, Madrina para quien la vida era por fuera un jardín de rosas y por dentro zarzal de espinas o La Otra que nunca tuvo un anillo con una fecha por dentro. Mujeres que vieron sus vidas reflejadas en la metáfora de la copla y que, simplemente, fueron Esa, oscura clavellina que va de esquina en esquina volviendo atrás la cabeza o la Zaramora que presumía de que partía los corazones, se identificaron con aquellas heroínas que sobrevivieron a la presión social y a quienes los pueblos acabaron reconociendo y respetando por su dignidad sin atreverse a decirlo «con la cara levantá» como a La Loba o con la majestad de la Emperaora que a los hombres nunca implora ni llora por un querer.

Y es que un almacén de empaquetado de tomates tenía un gran atractivo para los niños de la generación del Plan Marshall. Allí conseguíamos las tizas con las que marcábamos en la calle los juegos tradicionales, papel de seda para calcar dibujos tras los cristales, pliegos de papel de color para forrar libros y libretas y si el capataz estaba de buenas, etiquetas a todo color de las que se pegaban en los ceretos y que, con la frase «*Canary Island Produce Tomatoes*» era la primera aproximación a la lengua inglesa. Lo que se dice todo un tesoro propio de las aventuras de Tom Sawyer o de Huckleberry Finn.

Mientras tanto las trabajadoras, con música y letra de Quintero, León y Quiroga, apuraban el tiempo urdiendo sueños y cuentos de la lechera que, en alguna ocasión, acabaron siendo realidad. Música y letra tantas veces denostadas como magnificadas que ayudaron a superar el realismo en una época en que el Ave María y el Ángelus marcaban la jornada laboral. Canciones que ayudaron a fraguar amores y sobrellevar desamores donde la mujer fue sin duda la protagonista.

Entre aquel trajín de martilleos y cánticos, la más joven y atrevida, al ver llegar al muchacho de su película, entonaba con desparpajo «*Me gusta mi novio*» para que el resto gritara ¿por qué? y de paso delimitar el territorio frente a la que refiriéndose al mismo galán salía al paso cantando ¡*Manolo mío. Manolo de mis amores!* mientras la tímida, con la mirada perdida en los tomates, cantaba resignada ¡*Ya sé que tienes novia, ya sé que no me quieres!* alternando con ¡*Ya no estás más a mi lado corazón!* desatando las iras de las veteranas que la ayudaban contraatacando con

«*Mi caballo murió, mi alegría se fue*». Y no digamos cuando a voz en grito y cereto al cuadril, la graciosa de turno irrumpía a postas en la escena entonando «*El vino en un barco, de nombre extranjero*» cuando en realidad lo que acababa de llegar a la puerta del almacén era un gran camión cargado de tomates hasta los topes y el espécimen del que todas estaban enamoradas, seguramente no sólo no sabía nadar sino que lo tenían de listero, de los que se dedicaba a indicarle al chófer la maniobra: ¡sube pa'riba! ¡baja pa'bajo! ¡quieto hay! Lo que se dice todo un dechado de virtudes al estilo de Pepe el Romano en la Casa de Bernarda Alba.

Pero no fue la copla un mundo con letra y música exclusivo de la mujer obrera porque el amor no entiende de clases. Las coplas también fueron palaciegas y así Doña Sol de Saavedra, dama de ilustre blasón, tuvo sus más y sus menos con un torero, Eugenia de Montijo abandonó España cual violeta enamorada para ser emperatriz de Francia, la Reina María de las Mercedes que con su muerte dejó trastocado al rey Alfonso XII aunque, para amor verdadero, el de la Reina Juana pues fue su pena la mejor que no fue de un mal cariño sino locura de amor.

Celos por los que la música y el verso se bebían el aire, la mar y el viento. Tormentos por los que la gente se perdía pa toa la vía. Castigo y querer por los que se iba descalza, se abrían venas y se separaban los pursos pidiendo limosna de amores aunque fuera mentira. Besos con sabor a menta y canela. Embrujo de ojos verdes como la albahaca. Amores dubitativos de no saber si fue por un hombre o por dos como La Lirio. Y entre tomates, ceretos, virutas y martilleo, todavía pretendía la copla que la mujer española levantara los ojos para que viera lo que tenía delante de ella ¡que cuadro compañeros!: tres chiquillos que criar, la casa, un baño de ropa que lavar, otro para planchar, un marido que atender y a todas estas sin saber qué hacer de comer mañana. Gracias a que tuvieron de su parte a Santa Cecilia, su arpa y a una pléyade de compositores que las comprendieron. Fue así como aquel manojito de claveles que era Rocío, la perdición de La Salvaora, el misterio de La Parrala o la firmeza de Ufemia que dejó al novio esperando por la carta que ella nunca le escribió, supieron remontar la situación sobreviviendo a las cartillas de racionamiento y a la lima y al limón.

Y la mujer se hizo Luna en la copla y por entre cañaverales se miró en el agua, tuvo andares de gitana y amores con un calé, misterio escrito con luna de abril y mayo, de un amor en primavera en el que ella tenía veinte años y él le doblaba la edad. Luna, mujer que se peina entre limoneros y llora desconsolada por encontrar un lucero. Canción de luna, vergüenza y miedo torero, de bordaos y de te quiero entre suspiros y de seguir a tu vera aunque tengas la línea de los labios fría por un beso de pecao. Luna y copla que fue Carmen la gitana, cigarrera de Sevilla.

Superada la parte trágica, los almacenes también tuvieron sus momentos de enralo en los que había que sacar el trabajo adelante y donde el canto mitigaba el sueño y el hambre. De otra manera era imposible entender como a las doce de la noche podía estar todo el almacén cantando «*Me debes un beso*» o «*El Postinero*» en la época en que triunfaban Pepe Blanco y Carmen Morell, o «*La flor de mi corpiño*» emulando a Luisa Linares y los Galindo o «*La vida es una Tómbola*» en la época de Marisol. Pero ¿para qué nos vamos a engañar? la copla reina de los almacenes sin duda fue *¡Ay pena, penita, pena!* copla de lo más socorrido y que, dependiendo de la forma en que se arrancaba cantando y lo extensible del primer «*sienelfirmamento*», se sabía si la pena era verdadera o fingida.

Entre Lola Flores por un lado y el duende de Santa Cecilia por otro dejaron constancia de cuanto de terapéutico tiene la canción aunque en ocasiones, cuando el control de exportación rechazaba la mercancía, de poco le valía al capataz que cantaran por Marifé de Triana o Juanita Reina, cuando lo importante era volver a camuflar los ceretos.

En tanto, las cantadoras esperaban con sigilo un cambio de cara en maestro Juan que, casualmente, así se llamaron la mayoría de los encargados y entre codazos y un, empieza tú primero que yo te sigo, volvían a recuperar el ambiente de copla y romance que algunas mujeres habían aprendido empaquetando en la Aldea de San Nicolás y en Mogán. De repente, las más atrevidas se soltaban cantando:

Ahí viene marzo y abril

ahí viene la primavera

ahí vienen los soldaditos

que marchan para la guerra.

Y también aquel otro:

La recién casada
lejos de su tierra
con lágrimas llora
con lágrimas frega

El primero, apaciguaba al encargado porque le traía añoranzas de sus años mozos y de compañeros de quinta y recordaba a las que tenían novios sirviendo en Sidi Ifni, que debían comprar papel y sobre de avión para escribirles, mientras que el segundo hacía derramar alguna lágrima de verdad culpando de ello al azufre mezclado con los tomates.

Fue todo un descubrimiento saber que enviando tomates verdes nos devolvían jabón con canción incluida y todo el pueblo cantó Heno de Pravia jabón, jabón de verdad, que fue la fragancia de España con el que se lavaba la mitad del pueblo, mientras la otra lo hacía con Camay como nueve de cada diez estrellas de Hollywood según decía el anuncio. Y entre tomates de la M, 2M, 3M y G, la copla seguía proporcionando argumentos para sobrellevar las carencias que el régimen se encargó de proporcionar hasta los años cincuenta y mientras unas encerraban sus vidas en torres de arena, otras despedían sus amores en barquitos de vela que era el mejor transporte para un amor que se preciara, juraban por su salud o pedían que les llevaran por calles de hiel y amargura mientras las campanas doblaban. En conclusión, todo un catálogo de pruebas de que el amor es una manifestación patológica de la conducta humana y que películas como «*Canciones para después de una guerra*» o «*Las cosas del querer*» nos recordaron.

No es canción, se llama copla y a pesar de que la agricultura quebró y los almacenes de empaquetado de tomates desaparecieron, vaya mi reconocimiento a todas aquellas mujeres que, a pesar del trabajo, aún tuvieron fuerza para cantar frente a la adversidad y la música les sirvió para

inventar un mundo y vivir otras vidas en las que era posible no darse cuenta de que te quería hasta el mismo día en que te perdí. Gracias por habernos transmitido los textos y los pretextos convertidos en patrimonio. Si aquellos almacenes existieran aún en Agaete seguramente aquellas mujeres de rompe y rasga serían sustituidas por las más modernas Macarena o María la Portuguesa que no desmerecen en coraje ni en el ritmo de trabajo exigido por la patronal.

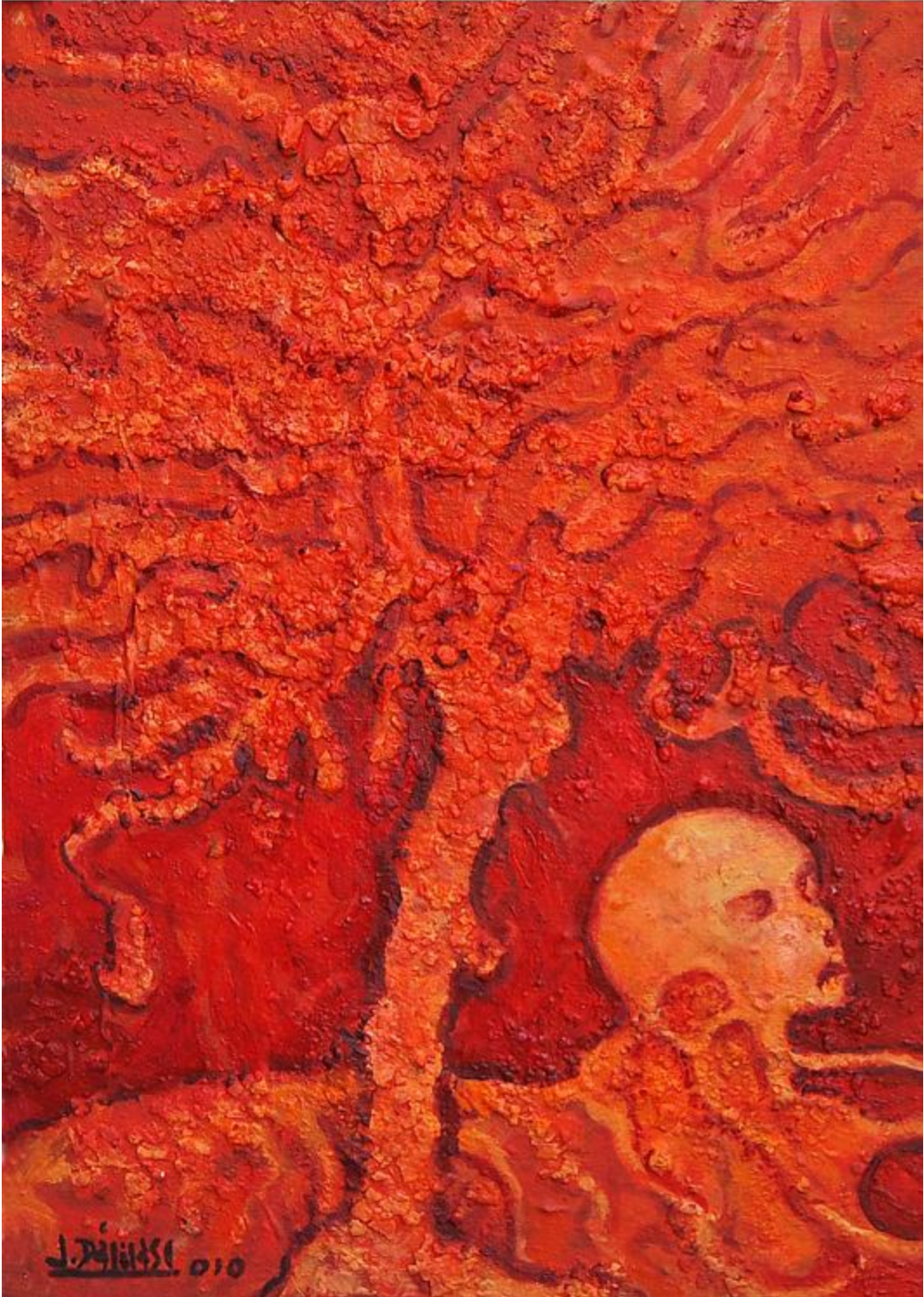
Esperemos que Santa Cecilia siga permitiendo que la música sea parte integrante de nuestra vida y que, a través de ella, podamos poner colores en tiempo de adagio o en tiempo de allegro a nuestro almacén particular de sueños. Confiamos en que la Agrupación Musical Guayedra continúe la labor altruista que durante tantos años viene desarrollando y que su Director Don Jerónimo Martín Trujillo sea consciente de que su trabajo ya es reconocido porque ha contribuido a hacernos la vida más agradable.

* Publicado en La Provincia/ Diario Las Palmas en diciembre de 2004.



PARTE 3

Con Mayúscula



EN LA MUERTE DE DON MIGUEL PÉREZ GARCÍA

Sucedió el pasado 16 de marzo. Fallecía en su domicilio de Las Palmas de Gran Canaria el penúltimo de los testigos de los momentos trágicos que vivió la Villa de Agaete en julio del año 36.

Nació Don Miguel un 19 de septiembre de 1903, en el número 15 de la calle del Carmen. Era el más pequeño de los hijos del matrimonio formado por Don Domingo Pérez Álamo y Doña Zaragoza García Rivero. Desde temprana edad destacó en los estudios siendo lo que se dice «un alumno aventajado». Por ello, terminada la primera enseñanza, sus padres le enviaron a Las Palmas de Gran Canaria donde cursó el bachiller y los estudios de Magisterio. A los 20 años ya era maestro.

Su formación humanística y científica respondía al arquetipo de «maestro de la República». La filosofía de Don Francisco Giner de los Ríos y los principios de la Institución Libre de Enseñanza habían dejado su huella en aquel joven que, con su título bajo el brazo, marchó a su primer destino en los Arbejales de Teror. Luego seguiría Teseguite en Lanzarote y, finalmente, su villa natal: Agaete.

Su educación y sus simpatías le llevarían por la senda del progresismo político militando en el partido socialista liderado por Don Fernando Egea Ramírez y participando activamente en la vida política y sindical de la villa. En esos años, la Sociedad de Oficios Varios (S.O.V.A) y la sede del partido socialista estaban en el número 17 de la calle Juan de Armas, conocida popularmente como «El Barranquillo».

Con el triunfo del Frente Popular se hizo cargo del Ayuntamiento una gestora de izquierdas y entre sus miembros estaba Don Miguel.

El cambio político supuso un gran apoyo para la S.O.V.A. y sus reivindicaciones frente a los terratenientes y aguatenientes de la zona.

Reivindicaciones que motivaron la fuerte represión que sufrieron, posteriormente, los progresistas de la villa.

El 19 de julio de 1936, con el triunfo del golpe de Estado militar, Don Miguel (que era el Alcalde) tuvo que entregar el pueblo a los militares y a los falangistas. A partir de aquel momento la vida del «estudiante aventajado» e intelectual de izquierdas daría un vuelco jamás pensado. Comenzó su peregrinar por los campos de concentración de La Isleta, Gando, Las Torres y la cárcel de Las Palmas de Gran Canaria. Esta situación se consideraría como mal menor si la comparamos con la sentencia de pena de muerte que dictaminó el consejo de Guerra del 8 de Julio de 1938. La intervención del Obispo Pildain sería decisiva para que le conmutaran la sentencia por años de cárcel. Salió en libertad vigilada el 11 de Junio de 1943 pero tuvo que seguir presentándose en la Comisaría cada quince días hasta el año 1948.

Mientras tanto, en Agaete, la situación era cada vez más hostil para los vencidos. La Escuela de Niñas estaba situada en el número 35 de la calle Guayarmina y la dirigía Doña Candelaria Arbelo, tía de la que sería luego esposa de Don Miguel. Doña Candelaria, como Maestra, era obligada a leer públicamente los manifiestos franquistas que conmemoraban el 18 de Julio. El pueblo natal no era un lugar adecuado ni para Don Miguel ni para Doña Candelaria (unidos por un doble vínculo familiar y profesional) porque sus ideas políticas eran diferentes, incluso contrarias, al régimen impuesto por la fuerza de las armas.

Ambas familias emigraron a la capital de la isla en 1944 instalándose en el número 53 de la calle Aguadulce y, posteriormente, en el número 12 de la calle León Tolstoi.

El 8 de Julio de 1944 contrajo matrimonio con Doña Isabel Pérez Arbelo, en la iglesia del Corazón de María. De este matrimonio nacerían cuatro hijos. No eran buenos tiempos para un funcionario depurado. Desposeído de su título de Maestro y sin posibilidades de ejercer el magisterio entró a dar clases en la Academia Cots, un centro privado que, conociendo su formación, le propuso dar clases de Contabilidad, Cálculo Mercantil, Correspondencia Comercial y Gramática. Así pudo sacar a su familia adelante hasta que, en 1972, reingresa en el Cuerpo de Maestros y se le

destina al Colegio San Roque de Las Palmas de Gran Canaria. Allí permanece hasta 1973, año en que se jubila.

Como hombre de principios permaneció siempre fiel a sus ideales y la vida le recompensó. Su longevidad le permitió ver instaurado nuevamente un régimen de libertades democráticas por las que siempre luchó.

Vaya desde aquí, el homenaje y recuerdo de cuantos le conocieron como Maestro, Alcalde, Vecino e Intelectual de izquierdas. Únase el homenaje de las nuevas generaciones herederas de la memoria histórica de los que, como él, lucharon hasta el final por la libertad.

* Publicado en el boletín Agayte del PSOE de Agaete en mayo de 1996.



LOS ÚLTIMOS TESTIGOS (I)

Don Diego Rodríguez Díaz

DESDE LA ALDEA HASTA AGAETE PASANDO POR EL RISCO

De figura menuda y mirar intenso, con el nervio siempre puesto, es Don Diego Rodríguez Díaz (Maestro Diego) uno de esos personajes a los que nunca te cansas de escuchar. Casi un siglo de historia de la comarca está presente en su cerebro. A sus 95 años es capaz de rememorar cualquier etapa de su vida sin titubeo alguno.

Nació en La Aldea de San Nicolás un 8 de junio de 1901 «*aunque el Registro diga lo que quiera decir*». Fueron sus padres D. Ceferino Rodríguez Alemán y Dña. Leticia Díaz Castellano. Al poco tiempo de nacer, la familia se trasladó a un cortijo en Tirma y allí se crió.

- Mi padre murió en Güigüi cuando yo tenía 7 años y, desde entonces, empecé a trabajar en un almacén de empaquetado de tomates en el Risco, que era de Juanito Julián el Viejo, que le decíamos. Me pagaba media peseta por trabajar de sol a sol y un rato por la noche.

Pronto llegaría la Gran Guerra (la del Catorce como llaman los de su época a la Primera Guerra Mundial). La neutralidad de España benefició a la economía nacional pero no a la familiar. La subida de los precios no se correspondió con el aumento salarial y como consecuencia inmediata se produjo la huelga revolucionaria de 1917.

- Durante cuatro años estuvimos pasando hambre, comiendo' hierba sancochada y palillas de tuneras indias. Escarbábamos en la tierra para recoger los padrastrós de las papas.

Pasó la guerra del catorce y llegó la construcción de la carretera desde Agaete a La Aldea. Era el año 19 y, Maestro Diego que estaba haciendo carbón en Cho Faracá, en la zona de Tejeda, dejó aquel trabajo y se vino, como tantos otros, a trabajar de picador en la nueva vía. Cuenta que el Rey Alfonso XIII había dado veinte mil duros de aquel entonces para empezar y que, con aquellos duros, se hicieron 5 kilómetros a mano, lo que hoy no daría ni para hacer dos metros.

- Aquella vez también pasó lo mismo que ahora con la carretera de Las Nieves. El propietario no dejó pasar la carretera por sus tierras y hubo que empezarla en el límite con Guayedra, en el Lomo del Manco, ganando por día una peseta y un real. Allí trabajó toda la juventud de aquella época.

Todavía recuerda Maestro Diego a Antonio Luisa y a toda la muchachada junto a los ingenieros usando como herramientas banderolas y niveletas ya que el taquímetro no estaba en uso. El trazado inicial de la carretera no era el que actualmente tiene; los políticos y las personas influyentes de la época tomaban decisiones que, muchas veces, perjudicaban a la mayoría por salvaguardar intereses minoritarios o particulares.

- Una de estas personas influyentes presionó para que la carretera pasara por sus tierras de tal manera que, al avistar El Risco, la carretera se desviara hacia Tirma y uniera el caserío de El Risco con un ramal. A esa carretera le sobran, por lo menos, doce kilómetros pero era la forma de tardar más y cobrar más dietas. La pena que tengo es que con mi edad ya no puedo porque si no, le quitaba los kilómetros que le sobran.

El trazado de carreteras en la zona dio trabajo a mucha gente. Después de la carretera de La Aldea se trazaron las de Hoya de Pineda y la que va desde el Bentayga hasta las Cuevas del Rey. Esta última la trazó Maestro Diego, a petición del encargado Don José Hidalgo, cobrando 600 pesetas a la semana.

- Ese fue el jornal más grande que he cobrado en mi vida. Con el dinero que me dieron al acabar, con el que gané en el embotellado de agua y con cuatro tomates que cogí en el Lomo de los Santos, ahorré y compré mi casa.

EL APEGO A LA TIERRA

En 1925, en plena dictadura de Primo de Rivera se casó Maestro Diego con Dña. Margarita Benítez Marrero, de cuyo matrimonio nacerían seis hijos. En aquel tiempo en Agaete sólo existía la calle principal con casas terreras de una planta. La única casa grande que había era la de los Armas, donde está hoy el Ayuntamiento; lo demás eran casillas repartidas por la ladera que ocupa el barrio de San Sebastián, por la Villa de Arriba y la Majada. El resto era terreno agrícola.

Antes de 1910, año en que le prendieron fuego al Ayuntamiento, la tierra siempre estuvo repartida tanto en Agaete como en La Aldea y había una parte que era comunal.

- Después del incendio desaparecieron los registros de la propiedad y los Manrique se fueron quedando con todo. Aún así, los cercados siguieron conservando los nombres de los antiguos propietarios: Cho Roque, María Santana, La Palmita que era una mujer que le llamaban así y vivía en las Cuevas de Lina, Antoñito el Carrizo que parecía un gallillo inglés, Pepito el Curro que era el padre de Severo, Doña Luisa Medina la abuela de Jerónimo Saavedra y la Casa Fuerte que era de Juanito el Vallejo y de los García.

Al parecer en la Aldea no ocurrió lo mismo porque el pueblo se enfrentó con los terratenientes y estuvieron dos o tres años pasando hambre y destrozando cultivos lo que ocasionó un trasiego de gente a declarar en el Juzgado de Guía.

- Entonces era Alcalde Salvador Araujo quien fue a hablar con el Rey Alfonso XIII en Madrid y le costó las mil y una para que lo recibiera y al final, por medio de unos curas, lo logró. En el año 25 el Rey envió al Ministro de Justicia Galo Ponte a La Aldea y se arregló el pleito.

La agricultura y el empaquetado de tomates daba empleo a mucha gente en tiempos de zafra. Había trabajo para dar y regalar, tanto a los del pueblo como a los de fuera, aunque se seguía ganando poco.

Por el Muelle Viejo se embarcaban los plátanos y los tomates que recogía la Casa FIFE («fayfe»). Su flota de barcos utilizaba los atracaderos de Mogán, Veneguera, Güigüi, la Aldea, Agaete y Sardina.

- En el Muelle Viejo atracaban las lanchillas en la misma puerta de lo que es hoy el restaurante El Dedo de Dios y en ellas se echaban los guacales y los racimos enteros en cajas de cartón. La fruta del Valle se llevaba en bestias a Gáldar y Guía y allí se vendía.

Respecto a la posesión del agua, cuenta Maestro Diego que, la concesión para hacer la presa de Los Pérez la tenía el pueblo de Agaete y como no la quiso la cogió la Comunidad de Regantes de Guía.

- Los Manrique tenían agua suficiente del naciente del Sao. Regaban y tiraban la sobrante al mar hasta que pusieron tuberías para llevar el agua a Gáldar y Agaete se quedó sin ella. Más tarde, cuando ya no hubo remedio, hicieron un charquillo en Tierras de Manuel. Agua había de sobra hasta que los terratenientes autorizaron su salida para Gáldar y Guía. El agua no se acabó, lo que se acabó fue la inteligencia porque un pueblo que no produce no sirve «p ‘a ná».

Hoy no hay trabajo para nadie; el que quiere comer tiene que salir de aquí y nadie mejor que ustedes lo sabe. Con una potabilizadora se hubiera puesto el agua en la punta arriba del Valle o de Los Llanos y hubiera quedado todo bajo riego.

Además de la agricultura la gente de aquella época vivía de otras profesiones y un gremio bastante próspero fue el de los zapateros.

Antes de que existieran las dos fábricas de calzado hubo varios artesanos: Maestro Valentín el Viejo, los Simones, Cristóbal Jiménez y Maestro Santiago el padre de Juan María.

- Por cierto, Juan María tenía una bodega donde está hoy el bar de Juan Diorca y la noche en que se llevaron a los desaparecidos, la jarquilla de matones abrieron a patadas la puerta, bebieron y derramaron todo el vino por el suelo. Esto lo vio la gente que pasó de madrugada.

También había carpinterías: frente al Ayuntamiento estaba la de Maestro Antonio Juana y la de Maestro Juan el de Paca estaba en la calle de entrada al pueblo. Le apuntamos que era la calle de León y Castillo y Maestro Diego, sin darle importancia respondió:

- Ya ven ustedes el tino que tengo, que no se me escapa una, y sin embargo a los nombres de las calles nunca les hice caso. En mis tiempos no hacía falta; nos conocíamos todos, sabíamos dónde vivíamos y de la familia que éramos.

Se acuerda nuestro personaje del agua de Los Berrazales, de cuando no existía ni el Hotel ni el Balneario.

- Era de los Suárez y tu abuelo Juan Tadeo - refiriéndose a Javier que participa en la entrevista - tenía unas chozas arriba, en el risco junto al nacimiento. Era el lugar donde venía la gente a darse los baños. De muchachillo, con trece o catorce años, trabajé llevando las maletas por dos pesetas. La gente que venía lo hacía en bestia que era lo que había en aquel tiempo. Tenían bestias Pedro el Morro, Domingo Costero, Salvador Mendoza y muchos más. P 'a mi cuenta, lo único que me falta por hacer en esta vida es la mecánica porque en lo demás he trabajado en casi todo. Eso lo hace la necesidad que es lo que obliga a aprender tantas cosas.

Y LLEGÓ LA REPÚBLICA

Agaete era un reflejo del acontecer insular y nacional: las tierras y el agua en manos de unos pocos y el pueblo a mendigar un jornal, cuando no a pasar hambre. Las elecciones municipales de abril de 1931 dieron el triunfo a los partidarios de la República en casi todas las capitales de provincia y el Rey marchó al exilio. La Segunda República fue proclamada el 14 de abril de 1931, lo que abrió grandes expectativas entre los obreros y los intelectuales de izquierdas. Concretamente en Agaete los intelectuales estaban liderados por el farmacéutico socialista Don Fernando Egea que tenía una tertulia en la farmacia a la que acudían los maestros formados en los principios de la Institución Libre de Enseñanza: Don Miguel Pérez, Doña Candelaria Arbelo y Don Rafael Esparza eran los asiduos. Con el médico Don Víctor Mendiola y los líderes obreros Don Juan García Arteaga. Don César del Rosario, Don

Saturnino Rodríguez, Don Salvador Sosa y Don Diego Rodríguez (Maestro Diego) formaban el núcleo de la tertulia. En torno a ellos merodeaba un chaval de unos catorce años que se llamaba Cirilo Tadeo, padre de Javier Tadeo y mancebo de la farmacia.

La Sociedad de Oficios Varios de Agaete (S.O.V.A.) se fundó en 1932 a pesar de la oposición y el sabotaje de terratenientes y su corte de aduladores.

- A todo el que pertenecía a la S. O.V.A. no le daban trabajo y se perdían las cosechas o no se plantaba. A las reuniones iba gente que no era de izquierdas, mandados por la jarquilla de derechas que había aquí y antes de terminar la reunión ya sabían lo que se había acordado. Estaban de espías. Y abran ustedes el ojo porque todavía quedan que a mí no me engañan.

La S.O.V.A. tuvo varias sedes. La primera fue en el número 51 del Barranquillo, actualmente calle Juan de Armas Merino; la segunda, en el número 18 de la calle El Canario, en la casa de Santiaguito el de María Antonia.

- Estando allí, pasó por Agaete el Doctor y político Don Juan Negrín quien visitó la sede. Entonces Emiliano García se dirigió a él en nombre de todos para que hablara y Don Juan, que después fue Presidente del Gobierno en 1937 en plena guerra civil, nos habló.

La situación fue a peor, sobre todo cuando triunfó el Frente Popular en febrero del 36. Ahora la sede de la S.O.V.A. había vuelto al Barranquillo pero al número 17.

- Recuerdo que estábamos allí en un mitin, la calle llena de gente, cuando aparece la jarquilla de los matones de derechas a provocar, como siempre. Paramos el mitin para que pasaran y no hubiera problemas pero, al pasar, se pararon para gritar: ¡Fuimos, somos y seremos! Y todavía no había pasado nada pero era un pueblo y estábamos todos fichados aunque nunca esperamos lo que vino más tarde.

El Ayuntamiento del Frente Popular apoyaba a la S.O.V.A. en sus reivindicaciones de agua, tierra, contratación, jornal y paro.

- En contra estaban los terratenientes y el único que apoyó lo que decíamos los obreros fue Don Salustiano García, más conocido por Salito. Nos pusimos en huelga, íbamos al trabajo y nos sentábamos en la orilla del terreno y así la ganamos, pero duró poco porque enseguida vino el golpe de Estado.

DE GUAYEDRA AL CAMPO DE CONCENTRACIÓN

Maestro Diego cambia de postura cada vez que va a contar algo diferente y cada cambio indica el final de un capítulo y el comienzo de otro.

La guerra civil marcó a mucha gente y dividió al país en dos bandos. Así lo cantó Machado : «Españolito que vienes al mundo te guarde Dios, una de las dos Españas ha de helarte el corazón».

- Estaba yo en Guayedra, con mi mujer y mis hijos todos chicos, porque tenía plantados unos tomaterillos que los alternaba con ir al chinchorro y vinieron a avisarme para que me presentara en el Ayuntamiento para hacer unas declaraciones. Las declaraciones fueron que me echaron junto con otros dentro de la camioneta de Salvador el de Inocencia y nos llevaron a la Comandancia Militar, en el Parque de San Telmo. Allí tampoco hubo declaración; nos echaron en uno de los coches de hora de Melián y nos llevaron al campo de concentración de La Isleta.

Estuve siete días y luego nos llevaron al muelle, nos metieron en unos barcos y nos desembarcaron en Gando donde estuve tres años, siete meses y dieciséis días.

Con la mirada intensa y sentenciando con el dedo continúa:

- Tengo toda la documentación guardada. Los únicos que la guardamos fuimos Don Miguel Pérez y yo porque no me comí el carnet del Partido, como tuvieron que hacer mis compañeros cuando iban en el camión camino del campo de concentración, ya que me lo había dejado escondido en Guayedra antes de ir a «declarar». Ésta es la primera vez que lo digo y los únicos que lo saben son ustedes dos (refiriéndose a Javier Tadeo y a mí) porque más nadie lo sabe.

Cuando la derecha se adueñó del pueblo requisaron todo el material de oficina, documentación y mobiliario de la S.O.V.A. y del Partido Socialista que compartían sede. Maestro Diego recuerda, entre todas las cosas requisadas, el retrato de Pablo Iglesias y el de Largo Caballero.

Si algo le sobra a Maestro Diego es el tino: a sus 95 años recuerda hechos y fechas como si acabaran de suceder.

- A todo el que le tenían coraje lo acusaron sus propios vecinos. El primero en caer fue Don Fernando Egea y su mujer Doña Herminia que no la fusilaron junto con él porque estaba en estado. Cogieron también a todo el Comité de Resistencia Antifascista y luego fuimos cayendo todos. Los que corrieron con menos suerte los «desaparecieron» y los demás volvimos porque como dice la poesía de Agustín Millares en un libro que tengo: por aquí pasó la muerte.

DE VUELTA A AGAETE

Si dura fue la guerra no menos dura fue la posguerra con un pueblo dividido en dos, ahora más que nunca.

- Los que volvimos llegamos de madrugada en el camión de Chano el de María Caitana que era del Valle. Era el camión que devolvía la mercancía requisada. Fue una alegría para la familia de unos y esperanza para otras. El tiempo se fue encargando de sacarles de la duda; nunca más volvieron. Después teníamos que presentarnos cada cierto tiempo en la Comisaría e ir a Misa todos los días. Yo les dije que sí, que esperaran por mí que se iban a cansar.

La evangelización de la izquierda no sólo fue para los presos sino que se extendió a sus familias. El barrio de la Villa de Arriba, de izquierdas de toda la vida, recibía Catequesis todos los jueves por parte del señor cura, en bien de su conversión. Era tal la confusión y el miedo de la gente que cuando se les preguntaba ¿cuántos Dioses hay? llegaban a responder que dos: uno en el cielo y Franco en la tierra, no fuera a ser que tomaran represalias.

- *Con nosotros no tocaron más. Algunos de los familiares de los nuestros vestían a sus hijos de falangistas por lo que pudiera pasar. Los que nos acusaron bajaban la cabeza o cambiaban de rumbo cuando nos veían aunque, creo, que los hijos y las hijas de algunos de ellos se han envalentonado de nuevo porque el PP está gobernando.*

Maestro Diego tiene el orgullo de poseer varios libros. Uno de ellos «De la República a la Guerra Civil en Las Palmas», que dedica su segunda parte al caso de Agaete.

- *¡Ojo! que fuimos veintiuno al Consejo de Guerra y veintisiete los desaparecidos y me sé el nombre de todos. Ahora, lo que no tiene nombre, es lo que pasó en el Valle en la Vecindad de Enfrente que, a partir de entonces, se le llamó el Barrio de las Viudas.*

Otro de los libros que guarda Maestro Diego es el de Don Sebastián Barroso.

- *«Guirres en el poste de teléfono» «... Chanito el de papá Chano camufló con ese título el contenido del libro porque guirre quiere decir ave carnicera y en ese libro está el poema que Mariquita la de Penene le dedicó a la muerte de Don Fernando Egea. Otro libro que tengo se titula «Los neófitos del franquismo».*

Falta el mío pero ya no veo para escribir. Me muero con el desconsuelo de no dejar escrito todo lo que vi pero ya no puedo de manera que ustedes deben hacerlo por mí aunque sólo sea para que los chiquillos, el día de mañana, lean y sepan lo que pasó porque los niños de hoy son los hombres del mañana. De eso no cabe duda. Y vuelvo y les digo: estoy sordo y veo un pizco pero ¡coño! a los noventa y cinco años ¿qué más se puede esperar?»

Escuchando a Maestro Diego se pierde la noción del tiempo y es que, en una tarde, hemos repasado más de un siglo de historia: la que oyó y la que vivió. El nervio que pone en su relato ahora se vuelve apacible y tierno cuando habla del viaje que hizo con su nieto «... para ver lo verde que están esos campos.» Mientras Javier Tadeo le hace una foto, Maestro Diego continúa con su relato, en el que el apego a la tierra es constante y sus ojos, saltones, reflejan la alegría al contarnos que tiene una orilla de higueras plantadas en La Salina «... que son una maravilla.»

A LA MUERTE DE DON FERNANDO EGEA:

*Cuando los gallos cantaban
entre la noche y el día
moría Fernando Egea
hombre que par no tenía
A él solo le acompañaba
otro que también moría
Fernando Suárez, el mozo
que a la gente conmovía.*

*Murieron dos, que desdicha,
con la cabeza muy erguida.*

*Murieron dos, sin corbatas,
desde la noche hacia el día.*

*Murieron los que murieron
lentos de sangre y heridas.*

*Murieron los que se fueron
lamiendo la noche fría.*

*Murieron solos, hermanos
sin ninguna compañía*

*de amigos, padres y hermanos
que al cáliz ayudarían.
Murieron solos, sin gloria.
Murieron solos, sin ira.
Murieron frente a las balas
y sin la color perdida.
Mal haya el día y la hora
en que esto sucedía,
mataron a dos hermanos,
lloremos toda la vida.*

Mariquita la de Penene

* Publicado en el boletín Agayte del PSOE de Agaete en Marzo de 1997.



LOS ÚLTIMOS TESTIGOS (II)

Don Manuel García Suárez

LA FIDELIDAD DE LAS IDEAS

De mediana estatura y corpulento es D. Manuel García Suárez otro de los viejos socialistas que, con su hablar y ademanes parsimoniosos, hacen que el tiempo pase sin darse uno cuenta.

Nació en Agaete un día de Reyes de 1910 y, al igual que Maestro Diego, nuestro testigo anterior, su vida se desarrolló en el mismo contexto histórico y su suerte fue paralela. Estas maderas antiguas cobran más valor cuanto más envejecen y, aunque según sus palabras «... *la vejez es muy fea*», ya nos gustaría llegar a sus 87 años con la lucidez que le asiste.

- Me crié con mi madre, que se llamaba María, y mis hermanos, porque mi padre, Andrés el Canario que le decían, se embarcó para Cuba por tres veces.

Perras no traía pero viajaba. Sin embargo en la vejez, cuando estaba enfermo en La Aldea, fui y me lo traje para Agaete para que estuviera conmigo. En aquella época uno empezaba a trabajar desde chiquillo y cuando eras un poco mayor te daban alguna perrilla. Andando el tiempo me casé en el año 35 y de mi matrimonio nacieron ocho hijos. Todavía viven cinco y aunque digo que la vejez es muy fea al menos estoy vivo para contar lo que vi. Otros, desgraciadamente, no corrieron con la misma suerte.

A partir de febrero del 36, la vida política del pueblo estuvo polarizada en torno al Partido Socialista y la Sociedad Obrera para la gente de izquierdas y a la Falange, un partido totalitario al estilo de los fundados por Mussolini en Italia o Hitler en Alemania, para la gente de derechas.

Alguno de los pequeños terratenientes locales militaron en la Falange para hacer frente a las reivindicaciones obreras, pues la tierra seguía siendo un instrumento de dominio en una sociedad eminentemente agrícola y los postulados de la Falange satisfacían sus necesidades.

- En la época de la República trabajaba en la agricultura. Era y soy socialista y fui Secretario de la Sociedad Obrera donde, además de las reivindicaciones sindicales, se daban clases de alfabetización para los obreros que quisieran. Todos los días, antes de ir a trabajar, pasábamos por la sede a pesar de que sabíamos que a los afiliados nos tenían entre ojos y no nos daban trabajo. Gracias a que éramos buenos trabajadores tenían que llamarnos. Así y todo no acabábamos en un trabajo cuando ya estábamos buscando otro. Fíjese usted que estoy hablando de cuando ganábamos 20 pesetas a la semana, antes de que estallara el Movimiento.

LA RESISTENCIA

La clase obrera sabía de buena fuente que se estaba organizando otro golpe de Estado. Había vivido una situación similar en 1925 con Primo de Rivera y aunque aquella Dictadura abogaba por la creación de Comités Paritarios entre patronos y obreros, tal situación no se produjo en Agaete porque no hubo quién aglutinara a la clase obrera. Ahora en 1936 la actitud de los terratenientes era igual o peor, pero los asalariados estaban agrupados en torno al Partido Socialista y a la Sociedad Obrera.

- Cuando los militares contrarios a la República dieron el golpe de Estado, la izquierda de cada pueblo del Norte de la isla creamos los Comités de Resistencia Antifascista. Los de Agaete, Gáldar y Guía nos unimos para hacer frente en El Morro, en la Cuesta de Silva. Desde allí vimos cómo los militares avanzaban y el cañonero Arcila se aproximaba por el mar haciendo fuego. Enseguida nos dimos cuenta que, con el ejército en la calle de parte de los fascistas, no podíamos hacer nada, pero que se sepa que fuimos los últimos en caer.

"Los militares, en connivencia con los falangistas locales, se apoderaron del pueblo por la vía de la fuerza y Don Miguel Pérez, que era el Alcalde, tuvo que entregar el Ayuntamiento.

- A los primeros que cogieron fueron a Don Jesús Pérez, a Clemente Dámaso y a su hermano Santiago (que le llamábamos El Turroneo) y a tu abuelo Saturnino - dice refiriéndose a mí- pero como los cogió el Ejército, los llevaron al Gobierno Militar y de allí al campo de concentración de La Isleta. Algunos de ellos se comieron el carnet de la S. O. VA. durante el trayecto, para que no les cogieran con él encima. A los cuatro días, víspera de Santiago, cogieron a la segunda remesa: Juan Vega, Antonio Rosario el del camión, a mi cuñado Juan Benítez, a Juan María el de la bodega, a Agustín el de Eva y a mí. Yo estaba en mi casa en El Barranquillo y no me citaron como a Diego. Yo les conocía bien y si me citan no voy, me escapo. Los militares y los falangistas de Agaete nos llevaron a revolver cascajos para encontrar, según ellos, la munición y el armamento que teníamos escondidos - aquí se ríe Manolito a carcajadas- ellos sí que tenían ¡y tanto! Lo que está claro es que nosotros no matamos ni desaparecimos a nadie; eso lo podemos decir con la boca llena porque todo el pueblo lo sabe, aunque a la derecha no le guste. Durante dos días nos tuvieron encerrados en el Ayuntamiento y fueron cogiendo a todo el que diera olor a izquierda. De allí nos llevaron al Gobierno Militar, a Barranco Seco y a La Isleta.

En aquellos momentos la vida no era segura para mucha gente, daba igual que fueras o no afiliado a la S.O.V.A., militante de izquierda o liberal y partidario de la República. Cualquiera, por rencillas, envidias o por querer pertenecer al bando ganador, te podía denunciar «por rojo», ya que todo era creíble siempre que la acusación fuera favorable al nuevo régimen.

- Estando en La Isleta vi cómo le dieron una «tarea» a uno y cuando lo entraron al barracón, como mismo lo pusieron en la cama, amaneció muerto por la mañana. Ahí supe lo que era el miedo a la muerte. Cuando nos trasladaron a Gando en barco iba desconfiado, pero Pancho Herrera, que era de Agaete y trabajaba allí, me tranquilizó. El fue el que le llevó el recado a mi mujer de que aún seguía vivo. A Primitivo, Masmano y otros cabecillas de la S.O.V.A. también los metieron en un vapor, el Dómine, me parece y los llevaron a la Península y los desaparecieron.

Los que vivieron aquella situación cuentan que la vida en el campo de concentración no era fácil. Los trabajos forzados consistían en llevar sacos de arena de un sitio para otro y los malos tratos estaban a la orden del día. Los que llegaron allí lesionados sobrevivieron gracias a la solidaridad de los presos. Los recuerdos de aquella situación quedaron plasmados en juguetes que hicieron para sus hijos con material reciclado.

- Casi todos hicimos camiones, bancos de carpintero y otros juguetes en madera y lata, para nuestros hijos y los hijos de los compañeros desaparecidos. En esas situaciones es cuando se sabe quién es quién. Allí compartimos ratos con Don Juan Rodríguez Doreste, que luego fue Alcalde socialista de Las Palmas en tiempos democráticos, Felo Monzón, el pintor y Don Víctor Mendiola, que era el médico de Agaete. El fue el que me dijo cómo era mi hijo, que ya tenía catorce meses y que yo no conocía porque me cogieron antes de que mi mujer diera a luz. Estuve preso cuatro años y tres meses.

El consejo de guerra contra la Resistencia agaetense dio su veredicto en septiembre del 38: dieciocho condenados a cadena perpetua; Don Miguel Pérez condenado a pena de muerte aunque, posteriormente, se la conmutaron; veintidós absueltos. Entre los condenados a cadena perpetua estaban Manolito y Maestro Diego.

- Resistir y sobrevivir no fue fácil si no es por el ánimo que nos dábamos unos a otros y porque sabíamos que fuera teníamos una familia que nos esperaba.

MUJERES DE AGAETE

En la conversación con Don Manuel está presente su esposa Doña Juana Dámaso Romero que conserva, incluso mejor que su marido, los recuerdos de aquella época y lógicamente los hechos que él no vivió por estar en el campo de concentración. A Doña Juana, aunque lleva muchos años viviendo en Las Palmas, la gente de su generación la conoce como Juana la de Gregorio el Celador.

- En aquel entonces estaba en estado de mi niño José Antonio que murió joven. Cogieron a mi marido, desaparecieron a mi padre y ahogaron en un pozo del Valle a mi tío José Romero.

Su testimonio deja constancia de la labor callada que realizaron aquellas mujeres en busca de sus familiares.

- Después de dos días preso en Agaete, vi a mi marido cuando lo subían al camión camino de no se sabía dónde, hasta que más tarde supe que estaba en Barranco Seco y luego en La Isleta. Vine con mi madrastra Lucía a Las Palmas a ver a una tal Patrocinia, que vivía por Las Alcaravaneras, para ir a hablar con «Míster Dam», un inglés al que mi padre le llevaba las cartas a La Aldea. Pero no pudo hacer nada porque ya mi padre estaba desaparecido y en Comisaría nos dieron su ropa ensangrentada. Por mediación de esa tal Patrocinia, que era familia del chófer del Gobernador, salió Maestro Juan Godoy. Su mujer no perdió tiempo y vino a Las Palmas en el momento en que lo cogieron y lograron sacarlo de la comisaría de la calle Luis Antúnez, en Las Alcaravaneras.

Cuenta la gente que lo presencié que, cuando los iban a subir al camión, Inocencia, la hermana de Manolito, rompió el cerco de falangistas y militares para decirle a su hermano que levantara la cabeza, que él no había matado a nadie. Sonado fue también el peregrinar de Pinito Herrera, acompañando a su hermana Juana, en busca de su cuñado César que era el matarife del pueblo. En la madrugada del 4 de abril de 1937, Pinito se jugó el tipo siguiendo por las calles del pueblo a la guagua donde los llevaban. Esa fue la causa de que la incluyeran en una lista para otra redada que, por suerte, no se llevó a cabo.

Por otra parte, Doña Herminia, la mujer de Don Fernando Egea, junto con mi abuela materna, burlaron la vigilancia militar disfrazadas de viejas y después de pasar la Cuesta de Silva caminando, llegaron a Las Palmas, donde tenían contactos con la Resistencia. Cuando se nombra a Don Fernando Egea, los rostros de los entrevistados se iluminan de emoción y brotan unas lágrimas. A Don Fernando lo fusilaron un 6 de agosto de 1936, día señalado en Agaete por las fiestas de las Nieves.

- Hubo una mujer que no se movió del pueblo. Mi cuñada Antonia. Al marido Juan Vega García lo sacaron en la remesa de los desaparecidos y ella, escondida en el corral de la casa, oyó cómo los falangistas y la policía le daban instrucciones al chófer que los conducía: Estos no van al Gobierno Militar; éstos van a la Comisaría y de allí a la Marfea. Por eso al día siguiente bajó desde Las Peñas al centro del pueblo toda vestida de negro, sin hablar con nadie, hasta que alguien de confianza le preguntó y ella pregonó a los cuatro vientos lo que había oído. Primero la dieron por loca y después se confirmó que era cierto.

De esta manera fue Doña Antonia García Suárez la primera viuda de guerra.

De San Sebastián bajó hasta la plaza de Tomás Morales Señá María la de Chóo Juan Evangelista. A su hijo no le dejaron ni ponerse los zapatos en aquella madrugada y, considerando que había perdido lo único que tenía, se hincó de rodillas en medio de la gente para rogar que, como mismo habían «esriscao» a su hijo por la Marfea, Dios les diera la misma muerte a los que se lo llevaron. Señá Lola Vega, en el Valle, fue más paciente: esperó a que se muriera el que se llevo a su hijo para bailar La Rama a San Pedro.

No podíamos olvidar a la persona que integraba el trío sanitario del pueblo y que también cayó en desgracia por pensar diferente: Doña Dolores Cabrera o Lolita la Practicante como se le conocía. Fue la única mujer de Agaete que cayó presa por dos veces y sufrió torturas que contó a todo el que la quiso oír.

Aquellas mujeres tuvieron que sacar sus casas adelante y afrontar los desalojos por no poder pagar los alquileres. Recuerda Doña Juana:

- Cerrábamos las puertas con llave, palos y muebles porque las mujeres de los presos estábamos amenazadas de violación por los falangistas y militares. Yo tenía una tienda y la cerré para ir comiendo de lo que había en ella porque no había dinero. Tuve que plantar tomateros y salir a vender sardinas tostadas al campo.

Llegué hasta Acusa y a las Cuevas del Lomo aunque, la verdad, lo que hacía era cambiarlas por pan, papas o millo que entonces se vendía por almudes y, así, hasta que los hombres salieron del campo de concentración.

EMIGRAR PARA SOBREVIVIR

Todos los que volvieron estuvieron vigilados y, al igual que cuenta Maestro Diego, dice Manolito que iban obligados a misa.

- Hasta que el cura se dirigió a nosotros con palabras insultantes y ya no volvimos más. Escuchábamos la radio de forma clandestina porque en las emisoras extranjeras y en Radio Pirenaica hacían programas hablando de España. Pero, hasta para juntarnos a escuchar la radio, había que estar mirando para todos lados por mor de que nos vieran. Lo que hizo falta fue una contrarrevolución pero en todo el país no había quién se moviera después de tanto castigo y maltratos: había un miedo muy grande.

Aunque en 1946 la O.N.U. había decretado el aislamiento diplomático de la dictadura franquista y los países democráticos habían retirado de Madrid sus embajadores, el régimen seguía sobreviviendo gracias a Portugal y al trigo de Argentina. A partir de 1950 los intereses estadounidenses mediaron para que, cinco años después, España ingresara en la O.N.U. como miembro de pleno derecho. Los represores locales se afianzaron en el poder y el pueblo seguía hostil.

- Era un lugar muy pequeño donde nos teníamos que ver los que fuimos castigados, las familias de los desaparecidos y los acusadores y por eso en el año 54 cogí a mi familia y nos vinimos para Las Palmas. « Doña Juana apostilla: «... primero vivimos en Schamann y después en el barrio de San Antonio donde, definitivamente, nos quedamos junto a otra gente de Agaete que había llegado antes.

Continúa Don Manuel los recuerdos de su señora.

- Allí cerca vivía Anita la de Cuite, casada con Agustín el de Piñatierna y, al lado, una hermana de tu abuelo Saturnino, tu tía Mercedes. Trabajé en la construcción y me hice mi casa pero el tiempo va pasando y nos vamos haciendo viejos y aunque mi hija María Antonia -que está presente en la conversación - quería llevarnos con ella, le dijimos que no, que aquí en la

Residencia Tallarte estamos bien, porque cuando uno llega a viejo lo único que uno busca es estar bien cuidado y que nos quieran y eso aquí lo tenemos porque mi hija y mis nietos vienen a vernos. Todo esto y más se tenía que haber escrito, no por historiadores que cuentan lo que hicieron los jefes y los números de los que vivieron o murieron, sino por la gente que lo vivió de verdad. No sea que vayan a creer que en el pueblo de Agaete no pasó nada y también para que la juventud conozca y valore lo que es vivir en democracia.

Entre aquellos recuerdos no faltan las canciones que se cantaron en el Frente Republicano y que Don Manuel y sus compañeros de fatigas conocieron y silbaron en el campo de concentración, llegando a utilizarlas como claves. La más sonada de ellas fue “En el Frente de Gandesa”, de donde llegaban noticias que les minaba la moral.

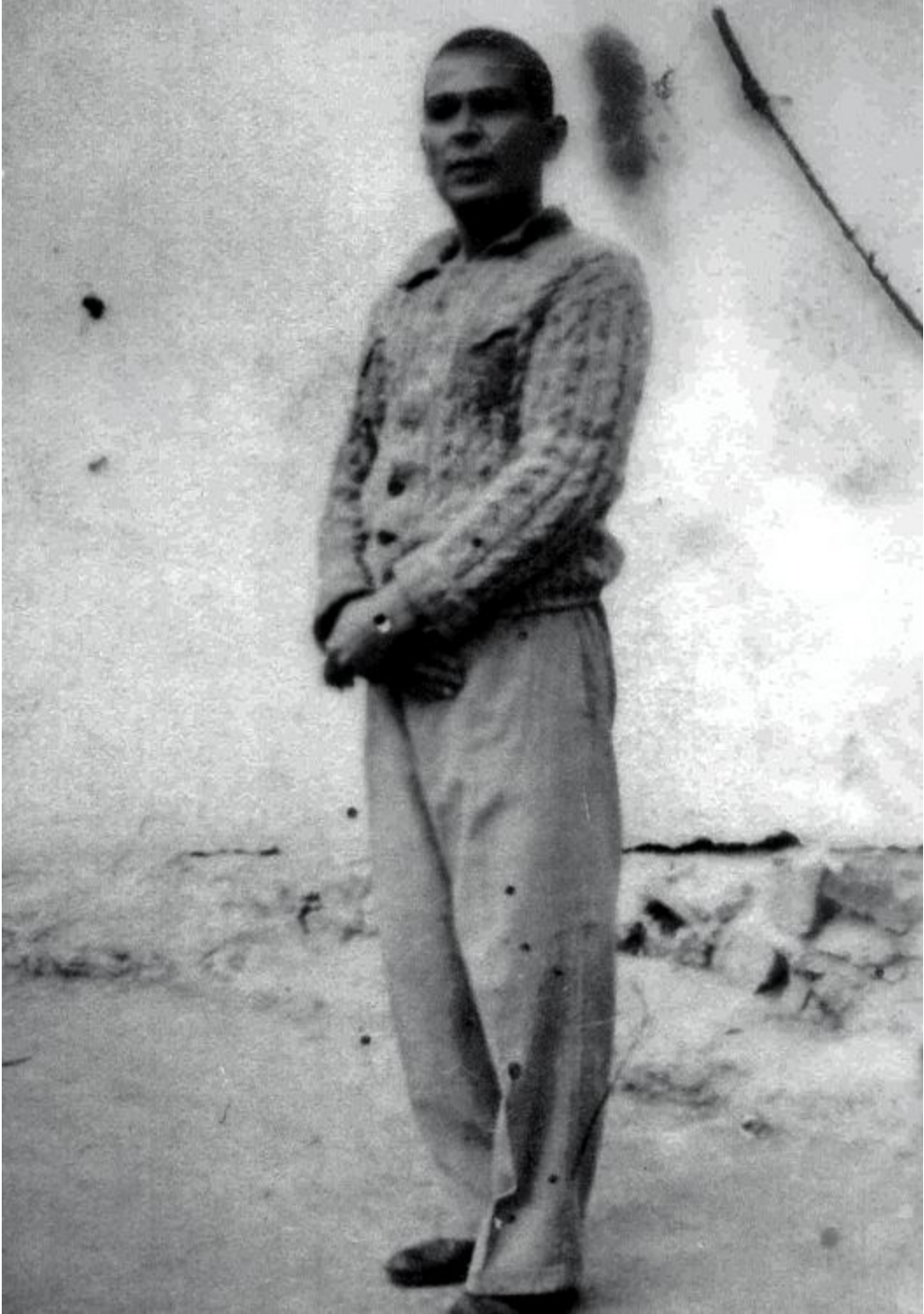
Durante la entrevista el recuerdo hecho canción alivia la nostalgia y acabamos riéndonos como no podía ser de otra manera, admirando la lozanía del matrimonio a pesar del tiempo transcurrido y esperando que sea por muchos años.

EN EL FRENTE DE GANDESA

*Si me quieres escribir
ya sabes mi paradero:
en el frente de Gandesa
primera línea de fuego.
Si tu quieres comer bien
para morir en plena forma,
en el frente de Gandesa*

*allí tienes una fonda.
A la entrada de la fonda
hay un moro Mohamed,
que te dice pasa «paisa»
que quieres para comer.
El primer plato que dan
son granadas rompedoras,
el segundo de metralla
para recordar memoria.
Si me quieres escribir...*

* Publicado en el boletín Agayte del PSOE de Agaete en Diciembre de 1997.



LOS ÚLTIMOS TESTIGOS (y III)

Don Pedro Jiménez García

DE VENDEDOR AMBULANTE AL CAMPO DE CONCENTRACIÓN

Nació Don Pedro un 27 de abril de 1915 en la Vecindad de Enfrente, en el Valle de Agaete. Fueron sus padres D. Francisco Jiménez y Dña. María García. En aquel paraje tan pintoresco y apacible, como aún lo conocemos, pasó su infancia con sus cuatro hermanos: María, Sinforiano, Antonio y Juan. Nadie suponía lo que el destino le tenía deparado a aquel niño. Su relato es una muestra evidente de que la realidad supera con creces a la ficción.

- Yo tenía 21 años cuando estalló el Movimiento. Mi vida era mi familia y mi trabajo. Había que trabajar duro porque eran tiempos difíciles: unos en la agricultura, otros en la construcción y muchos, casi todos del Valle, en el Pinar de Tamadaba haciendo carbón. Yo creo que algunos no sabían ni dónde quedaba el Ayuntamiento de Agaete, porque desde que eran chiquillos tiraban para el Pinar con algún familiar o vecino. Al pueblo sólo se iba cuando había necesidad de un médico o si se moría alguien. Yo trabajaba junto con un primo mío vendiendo zapatos de casa en casa. Lo que se llama un vendedor ambulante.

En los primeros días del golpe de Estado, el Valle no era el principal objetivo de los falangistas ni del Ejército. Antes había que ajustar las cuentas a los rojos del casco urbano, que eran bastantes. Sin embargo, y en previsión de lo que pudiera pasar, los hombres del Valle empezaron a esconderse y a dormir fuera de sus casas porque sabían que en el Valle también había gente dispuesta a acusar a sus vecinos.

- Al atardecer subíamos ladera arriba camino de Bisbique y del Pinar y pasábamos la noche en las cuevas. Así estuve desde julio hasta el nueve de

agosto del 36. Ese día estaba en Barranco María con Asunción, la de Perdomo, y Lola, la de Nicolás, cuando llegaron los falangistas y me llevaron caminando hasta Agaete con las manos en alto. Me encerraron en el Ayuntamiento y me pegaron hasta que se cansaron. Al día siguiente fui a parar al campo de concentración de La Isleta junto con todos los demás y, después, me mandaron para Gando hasta diciembre del 39.

A Perico Jiménez lo acusaron de proporcionar el gasoil para la falúa en la que huyó Don Fernando Egea. Pero el mejor juez es el tiempo y aún vive gente que sabe quién suministró el combustible; quiénes eran los dueños de la falúa y quiénes la conducían y simularon una avería para no continuar rumbo a Madeira.

- ¿Se imagina usted, en aquella época, a uno del Valle buscando gasoil para una falúa? Uno, aunque vendedor ambulante, era de tierra adentro. La gente de la mar de mi época vivía, casi toda, en el barrio de San Sebastián. Pero daba igual: si te tenían entre ojo se inventaban lo que fuera.

UN LARGO PEREGRINAR

Nuestro testigo formaba parte de los 22 agaetenses que habían sido absueltos del delito de «adhesión a la rebelión marxista» por el Consejo de Guerra del 38.

- Pero en una guerra eso no sirve de nada porque, en diciembre del 39, me trasladaron desde Gando a Marruecos, a un batallón de trabajos forzados que estaba en el lugar conocido como «Colomb-Bechar», cerca de la frontera con Argelia. Allí pasé por todas las humillaciones que usted pueda suponer... y más todavía.

Aunque la guerra había acabado en abril del 39, los fusilamientos continuaban.

Todas las madrugadas sacaban a cinco presos para fusilarlos y yo sabía que estaba en la lista. Me puse de acuerdo con cuatro compañeros para escapar. Entre ellos había uno de Arucas y Cristóbal Orihuela, que era de Gáldar. Los contactos que teníamos en el campo nos habían dicho que, en la frontera, los moros nos dejarían pasar. Pero la realidad fue bien distinta: nos cogieron, nos devolvieron al campo, cobraron la recompensa que el ejército de Franco les había ofrecido y ahora sí que había una excusa oficial para fusilarnos. Éramos desertores de un ejército que no era el nuestro. Gracias a que, en el campo, estaba de cabo mi primo Floriano y, sabiendo que a la madrugada siguiente me iban a fusilar, nos ayudó a escapar de nuevo. Con ello no perdíamos nada porque, de todas formas, íbamos a morir. Sólo que, esta vez, ya conocíamos el paso fronterizo y logramos escapar aprovechando que los moros dormían. Atravesamos un riachuelo y llegamos a Argelia.

DESAPARECIDOS

Hasta el mes de marzo de 1937 todos los detenidos de Agaete estuvieron confinados, primero en el campo de concentración de La Isleta y luego en el de Gando, a excepción de Don Fernando Egea Ramírez que ya había sido fusilado. A partir del 4 de abril, de ese mismo año, la situación cambió: en aquella madrugada la policía de Las Palmas y los falangistas de Arucas, asesorados por los falangistas locales y sus *balillas* y *flechas imperiales*, detuvieron a seis vecinos del casco urbano y a veintidós de la Vecindad de Enfrente.

Desde el Sabillo, y mientras subían la Cuesta de San Pedro, les fueron pegando hasta llegar al Lomo. Por momentos los ponían de rodillas a rezar para «ver cómo rezaban los comunistas». Como aquella carnicería humana no era de recibo en ningún sitio, los detenidos fueron a dar con sus huesos a la Sima de Jinámar.

En el recuerdo y en la historia está la presencia del Obispo Pildain para consolar a las familias agaetenses afectadas por las desapariciones. El señor Obispo estuvo hospedado en el Hotel del Valle y, allí, recibía a las familias que solicitaban su mediación. En la madrugada del 12 de abril de 1937, y

con la intención de confraternizar con toda aquella gente, el prelado ofreció un chocolate en la Plaza de Agaete.

Inesperadamente hicieron acto de presencia policía y falangistas que, con la intención de hacer una nueva redada incluyendo mujeres, no entendían aquella celebración.

Pinito Herrera, que escuchó la conversación entre policías, falangistas y el cura párroco, se lo contó al Obispo quien, suspendiendo la Misa, marchó a Las Palmas para entrevistarse con el Gobernador, no sin antes pronunciar aquella famosa frase: «*Si Pildain vive, de Agaete no sale nadie más.*»

A la lista de desaparecidos sólo hubo que añadir un nombre: Perico Jiménez que, a partir de su fuga del campo de Marruecos, la tierra se lo tragó y su familia lo dio por muerto.

UNO DEL VALLE EN ARGELIA

En esa época, Argelia pertenecía a Francia y Perico, para regularizar su situación solicitó asilo político. En la capital, se vivían los prolegómenos de la II Guerra Mundial: muchos europeos recalaban en Argel huyendo del terror nazi.

Las tropas inglesas y americanas habían desembarcado en Marruecos y en Argelia para acabar con la resistencia alemana en África y, en 1943, se creó el Comité Francés de Liberación Nacional, presidido por De Gaulle para unirse a los aliados en contra de Hitler.

- Pasé muchas penalidades porque no sabía hablar ni árabe ni francés. La forma de vida era totalmente distinta, pero estaba vivo que era lo importante. Me acordaba del Valle y de mi familia, a quien no podía escribir. Sobreviví limpiando coches a cambio de comida y fui saliendo adelante como pude hasta que conseguí trabajo en un taller de mecánica. Con los años puse uno por mi cuenta con varios empleados.

La vida en Argel se fue haciendo cada vez más difícil e insegura.

Si antes fue la II Guerra Mundial, después fueron los disturbios en favor de la independencia. Desde 1952, y durante diez años, el movimiento independentista argelino, tuvo en jaque al gobierno francés.

- Fueron días de mucha tensión. Recuerdo que estaba trabajando en el taller y, de repente, empezaba un tiroteo de fuego cruzado y tenía que dejar de trabajar y cerrar la puerta. Y así durante años. A pesar de todo siempre tenía en la cabeza a mi familia y al Valle pero, como estaba condenado a muerte, no me atrevía a escribir por si acaso pusiera en peligro la vida de mi gente. En el año 1950 Franco dio libre entrada en España a los desertores y, entonces, me puse en contacto con mi familia.

No todo fue malo para Pedro Jiménez en Argel. Entre la riada de gente que llegó de España, huyendo de la guerra y buscando trabajo, estaba la que habría de ser su mujer D^a Josefa Mengual Moll. Pepi-ta, como familiarmente la llaman, era una joven de Vall d'Ebo, de la provincia de Alicante.

- La conocí y nos casamos y vivimos en Argel hasta 1965, año en que regresamos a la Península, a un pueblo de Valencia llamado Gandía, donde estuve trabajando de repartidor de medicamentos farmacéuticos. Pero mi idea era volver al Valle a ver a los míos. Tenga usted en cuenta que me sacaron de allí con 21 años, siendo un chiquillo. Así que, el 21 de junio de 1965, volví para las fiestas del Valle: San Pedro, como mi nombre. Imagínese usted el encuentro después de tantos años. Algunos familiares habían muerto; otros no me reconocían (habían pasado 29 años).

Hubo sobrevivientes del campo de concentración que nunca volvieron a hablar de aquella horrible experiencia. Don Pedro Jiménez sí.

Y no sólo habló sino que quiso recordar los lugares dónde estuvo.

- Cogí a mis sobrinos, Paco y Juan Antonio, para que me acompañaran por el camino del Pinar hasta Bibique y enseñarles las cuevas dónde me escondía, junto con más gente del Valle, para que no nos cogieran.

De Gandía, el matrimonio trasladó su residencia a Vall d'Ebo y volvieron al Valle en los años 67, 85 y 95.

- *Ahora, a mi edad, estoy retirado y un poco delicado de salud. Pero son 82 años los que tengo y ¡fíjese usted todo lo que he pasado! Estoy contento con lo que tengo y vivo feliz con mi mujer. Con todo lo que pasé sigo siendo de izquierdas y socialista porque las ideas no lograron cambiármelas. Lo único que siento fueron los años que estuve privado de libertad.*

En su casa hay muchos objetos que le recuerdan su tierra: fotos familiares, postales del Valle, de Las Nieves, vídeos...

- *... y un cardón y una tabaiba que cogí en el Barranco de la Culatilla en una excursión que hice cuando estuve en el 67. También tengo un helecho, un farol y varios aperos de labranza que utilizaba de jovencillo en el Valle. Lo que no tengo, porque nunca llegó o porque archivarían los papeles en el Ayuntamiento, es el millón de pesetas que concedieron a los que estuvimos más de tres años encarcelados.*

Al igual que los testigos anteriores, la preocupación de Don Pedro es que los acontecimientos del 36 no se vuelvan a repetir.

- *Para eso es necesario que la gente joven los conozca y sepan lo que es una guerra, una dictadura y una democracia. En democracia se puede pensar de diferente manera, decirlo y luchar por las ideas respetando lo que dicen las urnas.*

Con la casa en penumbra, en torno a la radio de cretona, se escuchaban las noticias «El Parte» que la radio oficial daba de España. La misma radio por la que se colaban en los hogares, aquellas canciones integradas posteriormente en los guiones cinematográficos como es el caso de «Canciones para después de una Guerra» de Basilio Martín Patino, o «¡Ay Carmela!» y «La Prima Angélica». En esta última película, Carlos Saura utiliza sabiamente la canción «Rocío» en la voz de Imperio Argentina .

ROCÍO

De Sevilla un patio salpicao de flores

*una fuente en medio con un surtidor,
rosas y claveles de todos los colores
que no lo soñara mejor ni un pintor.*

*Tras de su cancela de hierro forjado
hay una mocita de tez bronceá
y juntito a ella moreno y plantao
un mozo encendió que hablándole está.*

*La luna roja de plata
bañó el patio con su luz,
muy cerquita de su novia
dijo el mocito andaluz.*

*¡Rocío!, ¡Ay mi Rocío!
Manojitos de claveles,
capullito floreció.*

*De pensar en tus quererres
voy a perder el sentío,*

*porque te quiero mi vía
como nadie te ha querido,
¡Rocío!, ¡Ay mi Rocío!*

...

León y Quiroga

*Publicado en el boletín Agayte del PSOE de Agaete en Abril de 1998.



DE AGAETE

Hubo una vez un pueblo tan romántico y narcisista que, de tanto mirarse a sí mismo, acabó creyéndose el más listo del mundo y pensó que nunca nadie le engañaría. Con el paso del tiempo y como acto de reafirmación, que se decía en otrora, fue acuñando frases que acabó asumiendo y vendiendo. De esa manera, en una época fue «*Gracia blanca de la costa negra*», en otra «*Agaete es fiesta*», más adelante convirtió un Roque Partido en Dedo de Dios y llegó a definir la Rama como «*crisol de valores*». Frase tras frase programó su destino en los años 70 (luz, carretera, turismo) y se durmió en los laureles esperando que la calabaza se convirtiera en carroza. Siendo el pueblo más listo del mundo y parte del extranjero, autodidacta por supuesto, con un estudio socioeconómico que ningún pueblo tenía, se sintió en la obligación ¡y cuánto pesa! de cargar con la cruz más amarga de su historia: *¡de Agaete y bobo!*

Nunca supuso aquel pueblo, villa por vocación, que en los cenáculos y sanedrines del poder (en aras de un falso progreso más conocido como desarrollismo), alguien había decidido entrar a saco en su vida y en la de sus vecinos y arrasar con sota y malilla.

El orgullo de aquel pueblo agraciado por la naturaleza declinó ante el clientelismo institucional y acabó asistiendo a comidas oficiales para dar testimonio de adhesiones inquebrantables. Le hicieron creer que eran favores lo que, en realidad, eran derechos y hasta se permitieron el lujo de indicarle con quién no tenía que tratar. Como era el pueblo más listo, y los listos siempre ganan, ganó un muelle aunque perdiera una playa; ganó cemento y perdió identidad; ganó rotondas, pero perdió la seguridad peatonal; ganó desidia a cambio de perder el barranco, ganó tráfico y perdió tranquilidad y, a pesar de la evidencia, seguía ganando y ganando aunque siguiera subiendo el índice de paro local, aunque las constructoras siguieran vendiendo viviendas que siguen sin ser habitadas, aunque su calle principal haya entrado en estado depresivo, aunque en el Juzgado de la zona haya aumentado el número de querellas, aunque el instituto de Enseñanza

Secundaria siga sin construirse, aunque te corten la luz por ser *okupa*, aunque ya no conozcas al vecino y el vecino no esté interesado en conocerte. Creo que le llaman deshumanización a todo este cúmulo de despropósitos.

A los que se alzaron para preguntarle al pueblo qué había pasado con su memoria histórica, les acusaron de «falsos ecologistas». Cuando un periodista contó lo que vio (y vio poco) se querellaron contra él.

¡Y esto es norte para lo que se espera! Ni que sí ni que no, las Normas Subsidiarias (aquellas que permiten hacer desmanes en nombre de la Ley) serían aprobadas. Cambiarían la fisonomía de Agaete sin que nadie pudiera impedirlo ofreciendo, como siempre, el pan para hoy y el hambre para mañana. Y todo con rapidez y diligencia porque el poder económico no podía soportar el nerviosismo y la incertidumbre que Agaete le estaba causando. De ese desarrollismo galopante no escaparía ni la joya de la corona, la que nunca se debe hipotecar, la que hay que salvar a ultranza: el Valle.

El Valle es para Agaete como la Seguridad Social para el ciudadano: a pesar de todo lo que se diga sigue teniendo los mejores medios. Pretender salir del endeudamiento municipal hipotecando el pueblo y su suelo a cambio de compensaciones, es contraer una deuda mayor sin posibilidades de salida ni retorno. Cuando el poder se ejerce sin criterios, sin ideas, sin sentido común y sin memoria histórica conduce a los pueblos al suicidio. El *new look*, el *coffee break* o el *hotel de la Villa* son expresiones correctas en los países de referencia, pero aplicadas en estas tierras son el mayor síntoma de analfabetismo aunque se edulcore con gomina y zapatito de charol. Las hipotecas sociales nunca ayudaron a los pueblos y, si no, que le pregunten al Tercer Mundo en qué consiste la bondad del Primero.

Antes de que la situación sea irremediable hay que decirle al inversor que poder y dinero no tienen por qué estar reñidos con la calidad de vida, la conservación, la restauración, el embellecimiento, la identidad y la idiosincrasia de los pueblos. Sus enemigos declarados son dos: la mediocridad y la sordidez.

Si bien, por una parte, me enorgullece que personas que no son ciudadanos de Agaete salgan a los medios de comunicación en su defensa, por otra me

preocupa que se pueda dar la impresión de que los ciudadanos de Agaete no se atreven a defender su entorno, su historia y en suma, su vida. El referente no es nunca la situación internacional: son, más bien, las situaciones locales las referencias para las internacionales. Porque ¿qué es lo internacional sino una suma de situaciones locales? Seguramente cuando alguien acabe de leer la situación por la que pasa Agaete podrá pensar que, en su pueblo, existe una situación similar. Pero si hay ciudadanos para los que su pueblo es un conjunto de casas donde les ha tocado vivir, también los hay para los que su pueblo, como Macondo en la obra de García Márquez, más que un pueblo es un estado de ánimo. Eso es lo que nos pasa a muchos con Agaete.

* Publicado en el periódico La Provincia/ Diario Las Palmas el 8 de marzo de 2000.



EL HUERTO DE AGAETE

Cuando «el Huerto de las Flores agoniza» no es sino un hecho más de cuantos acontecen en la villa y a los que su gente no les concede mayor importancia porque se han habituado a ellos. ¡Quién lo dijera de un pueblo que dio en llamar «*el bosque grande*» a ocho árboles y «*el bosque chico*» a un grupo de cuatro! Desde hace años las acciones por salvar el Huerto, no sólo no lo salvan, sino que se muere un árbol emblemático: el de la canela.

El árbol de la canela estaba justo en el lugar donde se realizan obras para ganar un pequeño espacio que va a ser ocupado por flora autóctona, como si ésta no estuviera en el espacio natural de Agaete.

¡Toma canela en rama! Pero no sólo se les muere un árbol; también se proclama a los cuatro vientos la novedad del riego por goteo cuando, por simple sentido común, la flora que allí habita necesita la humedad ambiental que el riego a manta le proporciona.

¿Cada cuánto tiempo se riega el Huerto? ¿Con qué clase de agua se riega? A lo mejor, la gente investigando descubre que la canela no era en rama, sino molida o, haciendo uso del dicho socarrón de nuestro pueblo, concluye que ¡a peor la mejoría! Y es que en política, como en el bel canto, lo peor que le puede pasar a un aprendiz es querer cantar un aria cuando debe estar vocalizando.

Evidentemente fue un acierto la compra del Huerto y que pasara a ser de propiedad municipal, como también es cierto que no todas las intenciones fueron adecuadas. Pero hablemos de todas las intervenciones: de cuando era un reducto cerrado a pesar de ser propiedad municipal, pasando por los hurtos de fruta e incendios provocados.

Hablemos también del año 86, cuando casi desaparece por falta de riego y, ¿por qué no? de la época en la que se le añadieron algunos monolitos y caminos y desaparecieron las buganvillas o papeleras que ratificaban el

añadido «*de Las Flores*» que siempre ha acompañado al Huerto hasta los últimos cuatro años donde, el acceso al recinto, depende de la disponibilidad y localización de la llave.

Pero también desde el año 87 el Huerto cobró, de modo sistemático y continuo, una nueva dimensión que trascendía la botánica: la formativa. La visión del gobierno local, unas veces con errores, pero esta vez con gran acierto, hizo del Huerto un espacio de todos y para todos. Por primera vez en su historia, desde que el Ayuntamiento lo comprara, el Huerto tuvo un horario fijo de apertura diaria bajo la supervisión y el cuidado de un grupo de voluntarios de la tercera edad con don Severiano Santiago al frente. El Huerto dejó de ser un reducto y por allí pasaron vecinos y foráneos, cantautores y poetas, cinéfilos, boleristas y gente del mundo del teatro. Desde el Huerto se pregonaron las Fiestas de Nuestra Señora de Las Nieves y tuvo, por vez primera, una propuesta pedagógica para colegios que lo visitaran.

En aquella mañana de abril de 1995, el bullicio de mis alumnos rompía la calma que, normalmente, se respira en el Huerto de Las Flores. Aquel Huerto de mi infancia, de alcanfores, güiros, canela, mangos y leyendas se me antojaba distinto, socialmente diferente: dos centros educativos, el 20 de Enero de Arinaga y el Pintor Néstor de Las Palmas de Gran Canaria habían elegido un poeta y un lugar: Tomás Morales y Agaete. Los dos centros, en sus respectivas categorías, ganaban el Primer Premio de Nueva Mirada a la Literatura Canaria a la sombra del Huerto.

La muerte del árbol de la canela es un hecho más que se suma a los destrozos del barranco, al maltrato del conjunto de sifones y troneras de Las Candelarias, a las obras inauguradas sin acabar, a los enormes carteles indicadores de carretera, por esa vocación de convertir la villa en ciudad (los pasos a nivel y los semáforos están al caer); al nuevo trazado del ramal de carretera Agaete-Puerto de las Nieves o a las aulas apuntaladas del viejo grupo escolar que acoge a los alumnos del Instituto, como si la educación no fuera la principal preocupación municipal. Pero ya sabemos que, en Agaete, los problemas no se solucionan, sino que cambian de lugar.

* Publicado en el periódico La Provincia/ Diario Las Palmas el 15 de junio de 2000.



PATRIMONIO DE AGAETE

Que las elecciones municipales están a la vuelta de la esquina no hay quien lo dude. Visite usted cualquier municipio y observará que donde no está en obras una calle, está un edificio, una cancha deportiva o un muro de contención. La diferencia está en que mientras unos ayuntamientos están en la recta final del proyecto que se presentó al electorado en las elecciones de 1999, otros trabajan a la desesperada desde la improvisación porque nunca hubo proyecto y algo tienen que contarle a los votantes que no les ha tocado trabajar tres meses por cuenta del Ayuntamiento, sobre todo, aquellos ediles que tienen intenciones de perpetuarse en las poltronas municipales.

Siempre he sido defensor de los valores democráticos a pesar de constatar cada día que en la vulnerabilidad del propio sistema reside su grandeza y que no es problema tanto del sistema como de quienes tienen la obligación de ser los primeros en cumplirlo y aplicarlo. Este sería el gran logro de los ayuntamientos si, a pesar de ser eminentemente presidencialistas, tuvieran al frente alcaldes y concejales capaces de gestionar y gobernar en función de las necesidades de los ciudadanos que para eso han sido elegidos y no para otros menesteres ajenos, unas veces, y contrarios, en su mayoría, a la inherencia del cargo. Para ninguna de esas cuestiones vamos los ciudadanos a las urnas.

Viene esto al comprobar una vez más que existen ayuntamientos donde se realizan obras que no cuentan con la autorización del Servicio Insular de Patrimonio. Un ayuntamiento no puede alegar ignorancia, cuando lo que hay es incumplimiento a conciencia de la Ley, al acometer obras dentro de espacios que tienen incoado un expediente para declararlos bien de interés cultural, histórico, etc. En Agaete todavía recordamos el desastre ecológico en el barranco, las obras en la plaza de la Ermita de las Nieves, o la intervención en la fachada centenaria de la Iglesia de la Concepción. Pero los hechos consumados no sólo acaban en la demolición de obras, que podrían tener un atenuante cuando el proyecto fuera de fiar, sino que hay muestras más que sobradas con el diseño y trazado de aceras asesinas que

nos obligan a caminar por la calzada, la fachada de la antigua biblioteca pública cuyo estilo todavía está por denominar y encuadrar en algún manual arquitectónico, los pedestales y demás aliños de los monumentos a los poetas y la pescadora en el Puerto de las Nieves donde flaco favor se les hizo a los escultores, o la plaza Fernando Egea por citar algunos ejemplos.

Y todavía quieren hacernos creer a los vecinos que estamos todos mal de la vista y que lo que se ha llevado siempre en la Villa es la cantería gris. Pues no señor. En Agaete la cantería de los edificios que pudiéramos considerar emblemáticos es roja y para eso basta con mirar el Ayuntamiento, la Biblioteca Pública, la Casa de la Cultura, el Arco del Huerto de las Flores o la Iglesia de Nuestra Señora de la Concepción. ¿A que la cantería es roja? Qué fácil sería proyectar en un entorno consolidado con sólo observar y saber, que el diseño y materiales no tienen porqué estar en contradicción. Pero cuando los ejemplos de mala ejecución y pésimo mal gusto son evidentes, cuando desde el ayuntamiento se niega la tramitación del expediente para la protección de la ermita mudéjar del siglo XVII de San Sebastián, siempre queda una puerta insular donde tocar otra vez más y esa puerta se llama Servicio Insular de Patrimonio.

De otra manera sólo cabe esperar que si no lo hacen los ayuntamientos, sea la ciudadanía quien vele por algo más que no sea lo mío y haga la vista gorda con lo suyo y meta en razones a los que gobiernan y administran lo nuestro que es de todos. Viviendo como pienso es la única forma que conozco para no acabar pensando como vivo y por eso me niego a pensar, que las leyes se promulgan y los servicios se crean para proteger los desaguisados y desmanes de los desalmados.

* Publicado en el periódico La Provincia/ Diario Las Palmas el 31 de octubre de 2002.



¡IMAGÍNA TE AGAETE!

Hace unos días los medios de comunicación se hacían eco del proyecto que con el nombre de *Taxi Turístico*, ponía en marcha el Ayuntamiento de Agaete con la colaboración de la Asociación de Taxistas de Agaete y cuyo fin es acercar el conocimiento de nuestro entorno, según reza en un folleto.

Como la idea, en principio, me pareció buena, consideré que lo más conveniente era hacer uso del servicio para conocerlo y poder opinar luego. Fue así como contraté una de las tres rutas que ofrece el programa: lugares de interés y alrededores. De principio no entendí lo de la «colaboración» de la que habla el folleto. La misma colaboración te la recuerda una voz de predicador grabada en CD nada más empezar la ruta.

Llegamos a un rincón de la necrópolis aborigen del Malpaís que no es precisamente el lugar más adecuado para observar los enterramientos tumulares y donde tampoco está el Centro de Recepción de Visitantes que se iba a construir para antes de ayer. Después de esta primera parada, donde el taxista se baja y hace de guía, continuamos la ruta hacia el interior del Valle donde la actitud del conductor y el propio paisaje superaron las carencias informativas del CD sin el más mínimo esfuerzo.

Seguimos a las proximidades del caserío de El Sao donde no pude ver los molinos de agua por la sencilla razón que no existe ningún convenio con los propietarios y están sin restaurar. Mientras tanto, el taxista va contando sus impresiones de cómo podría su gremio mejorar la ruta a partir de ganarse la confianza de los propietarios o representantes de los lugares que a un turismo sensible le gustaría conocer. De aquí al convencimiento de que los taxistas son agentes turísticos autónomos no pasaron más de diez segundos.

De vuelta al casco urbano nos dirigimos al barrio de San Sebastián donde está la ermita mudéjar del siglo XVII que le da nombre al barrio. Es la misma que se desea mostrar, pero que hace unos meses se desestimó la tramitación de la documentación para declararla bien de interés cultural. La

imagen de San Sebastián, única talla de Luján Pérez existente en Agaete, tampoco la pude ver porque nadie tenía las llaves.

Lo mismo sucedió con la iglesia de la Concepción y el Centro Cultural de la Villa hasta llegar al Huerto de las Flores que, desde hace siete años, está cerrado al público por muerte de árboles, riego por goteo, introducción de plantas de invernadero y, por reformas de una vivienda para cafetería. En honor a la verdad he de decir que no siempre está cerrado porque si usted se viste de novio o novia y paga 5.000 pesetas de antes, o 30 euros de ahora, le abren el Huerto para una sección fotográfica. Pero horario estable para el público no tiene.

Si la ruta cuesta 30 euros y no se puede entrar en la necrópolis, ni visitar una finca de cultivos tropicales, ni están restaurados los molinos de El Sao y tampoco aparecen las llaves para visitar San Sebastián, la iglesia de la Concepción, el Centro Cultural y el Huerto de Las Flores, no es difícil concluir que la aportación del Ayuntamiento, hasta el momento, se limita a un CD y la ruta bien podría llamarse «*Imagínate Agaete.*»

Y el taxi turístico, patrocinado por el Ayuntamiento con un CD, llega al Puerto de las Nieves y encuentra dificultades para aparcar hasta que un guardia municipal lo encamina y aparca como puede. Compruebo que la Oficina Municipal de Turismo está cerrada un sábado al mediodía y el interior de la ermita de las Nieves tampoco se puede ver. Al fin la suerte me sonrió y desde el Muelle Viejo pude contemplar el mar de Agaete que es gratis y nadie lo puede cerrar.

Hora y media de taxi turístico da para conversar sobre las dificultades que atraviesa la economía y las posibilidades de la ruta basada en la seriedad de todos: taxistas, pescadores, agricultores, ganaderos, artesanos, comerciantes y trabajadores en bares y restaurantes. Al final el taxista, en un gesto que le honra, no quiso cobrar el precio de la ruta y acabamos con un refresco en mano hablando de lo que hubiese sucedido si, en lugar de ser yo el que voluntariamente me expuse a desarrollar la ruta, hubiese sido un grupo de personas las que hubiesen contratado el servicio.

Desplazarse a Guayedra, El Risco o Piletas para conocer productos locales y no encontrar ni agricultores ni pastores ni artesanos o contratar la ruta del

Parque Natural de Tamadaba y pedirle al taxista ver el pinzón azul de Gran Canaria o el halcón Eleonor, que dice el folleto que les están esperando, no sólo es un peligro sino una amenaza. Si ambas son como la ruta que yo he hecho... que me guarden un casar.

* Publicado en el periódico La Provincia/ Diario Las Palmas el 22 de diciembre de 2002.



ESTIMADO JUAN CRUZ

Sucedió hace unos días en Agaete donde las cosas mueren: unas veces por dejación y abandono, otras por desidia y tantas otras por desconocimiento. En este caso, en el pueblo de los artistas no ha muerto ninguno de ellos de quien pudiéramos heredar su patrimonio, no. Ha muerto Juan Cruz y con él muere algo del Agaete de siempre sin que nadie pueda remediarlo.

Pertenecía Juan Cruz al grupo de gente sencilla que, una vez superado el trance de las maldades y perrerías, a las que los mentideros oficiales de los pueblos someten a los diferentes, acaban siendo respetadas hasta convertirse en patrimonio humano de ese estado anímico que es Agaete. Cuando todos los días a las seis y treinta de la madrugada, me cruzaba con él en la esquina de mi calle y de su barrio, yo en dirección hacia Las Palmas, él en su rutinaria inspección matutina, respiraba tranquilo sabiendo que, si Juan Cruz estaba en la calle y el reloj de la iglesia marcaba las horas, Agaete no había perdido el pulso. A su edad llegó a saber lo justo y lo necesario para sobrevivir. Conocía el camino de ida y vuelta desde su casa hasta la de su hermana Otilia quien, con sus arrestos de mujer, hizo que Juan Cruz se integrara en el pueblo y no acabara dando con sus huesos en ningún centro de acogida. Dominaba como nadie el calendario futbolístico y la alineación de su Unión Deportiva Agaete, a quien dejó viudo por mucho tiempo, pues no en vano era el aficionado número uno con mucha ventaja sobre el resto; fueron muchas las ocasiones en las que su euforia desde las gradas superó el juego en el campo y sólo él logró en vida, tener a todo un pueblo esperando durante un año, para verle en la subida de la bandera por las Fiestas de la Virgen de las Nieves, brazo en alto como en otrora a los compases del himno nacional.

Pero un día Juan Cruz, que había sido testigo silencioso del desastre ecológico del barranco junto al que vivía, no entendió nada cuando salió de su casa y vio su calle de San Germán patas arriba porque los tractores, con permiso de la municipalidad y sin permiso de los propietarios, habían entrado a saco en terrenos particulares sin él saberlo.

Se murió Juan Cruz sin ver su calle arreglada - comentaba una vecina -, pero sobre todo sin el reconocimiento mayor que Agaete brinda a los personajes queridos y populares. Se murió sin que le hicieran un papagüevo que es el galardón que Agaete otorga en contadas ocasiones, una vez que se ha repartido por todo el pueblo « *la piedra de cerda y el martillo de entubillar*» y se ha comprobado que el curriculum de paria de la tierra, es lo suficientemente sufrido y a pesar de ello superado, como para erigirle a alguien un papagüevo en vida. Si alguien fue merecedor de tal galardón ese fue Juan Cruz, como lo fue del minuto de silencio que los clubes deportivos le dedicaron al igual que ondeó la bandera del Casino a media asta fuera o no socio del mismo.

La geografía del paisaje de su barrio que es el mío, ha queda profundamente modificada por su ausencia y su muerte le ha restado protagonismo al proceso de clonación de una calle tan singular y con leyenda como la Cruz que alberga, por ser además testigo de excepción siglo tras siglo de la bajada de la Rama de Tamadaba. No importa que ya no doblen las campanas como antaño anunciando su muerte, mientras en el corazón agónico de Agaete doble el requiem del sentimiento por alguien que desde hoy pertenece al glorioso panteón social de los «gran reserva», de los que sin querer ni pretenderlo acuñaron la etiqueta de «denominación de origen», escapando al proceso de globalización y a las moratorias. Juan Cruz se marchó sin que nadie lo descubriera, porque alguna vez tenía que ganarle a los mentideros y lo logró. Se marchó como mismo vivió: por la orilla, de madrugada, en silencio y sin molestar.

El requiem por su vida es un Requiem por Agaete, por la tolerancia y el respeto a las ideas y a la gente. Si Agaete por una vez no hiciera oídos sordos, escucharía la Diana Floreada y la marcha de El Campeón que el pabellón social de los finados, vestido de gala, le tocó para recibirlo porque, cuando alguien de su estilo y categoría pasa por las calles de cualquier pueblo de nuestra geografía, lo que en realidad está pasando es la dignidad por esas aulas de integración social, que siempre fueron los pueblos antes de que el sistema educativo las inventara. Hasta siempre Juan.

Junio de 2001.



EN LA MEMORIA DE AGAETE: ALBERTO ÁLAMO

En un mundo donde los tratados y conferencias, sobre todo de Paz, se firman precisamente para no cumplirse, es sorprendente encontrar gente que, todavía, cree en la palabra y que con ella basta. En una sociedad agobiada y deshumanizada es saludable saber que hay gente que comunica afecto, armonía y cordialidad con su presencia, sin necesidad de la tecnología. En los pueblos, donde se confunde la razón con la imposición de mayorías momentáneas, es gratificante recordar que ha habido precedentes donde el sentido común y la prudencia fueron suficientes ante la sinrazón. Un hombre de palabra, afectuoso, amigo de sus amigos, cordial y con un gran sentido del respeto por sus vecinos y su pueblo, pudieran ser los calificativos para este hombre de bien. Seguramente fuera ese talante el que le ayudara a superar, en los años difíciles de su juventud, los contratiempos de su incipiente carrera deportiva haciendo del fútbol su devoción y de la vida sana, metódica, responsable, y constante, todo un modelo de vida para los deportistas de varias generaciones.

Con toda seguridad fue ese compromiso consigo mismo y con su pueblo lo que le llevó a dar el paso en el mundo de la política y llegar en las filas socialistas al Ayuntamiento de Agaete en 1987. Alberto ha sido el ejemplo de la política con mayúscula en tiempos democráticos. Su estilo cordial y cercano convirtió los pasillos de las Casas Consistoriales y las esquinas del pueblo en despachos oficiales, porque tenía la facultad de dignificar cualquier espacio con su presencia.

Alberto Álamo encarna la figura de tantos y tantas agaetenses que a lo largo de más de cinco siglos de historia han ido labrando con tesón ese «ser de Agaete». Personas honestas, honradas y humildes, reconocidas por sus conciudadanos, que un día marcharon para siempre y que destacaron por su urbanidad, un calificativo ¿pasado de moda? y tan denostado por desconocimiento, pero que sigue siendo sinónimo de educación y civismo.

¿Están la educación y el civismo pasados de moda? Rotundamente no.

Son los pilares fundamentales para avanzar y convivir en sociedad, entendiendo que cada época ha marcado las reglas del juego de esa convivencia; reglas y normas emanadas de leyes democráticas que en muchas ocasiones han sido transgredidas, cuando no abolidas, para imponer su voluntad quienes pretenden vivir al margen de la ley o someterla a sus intereses.

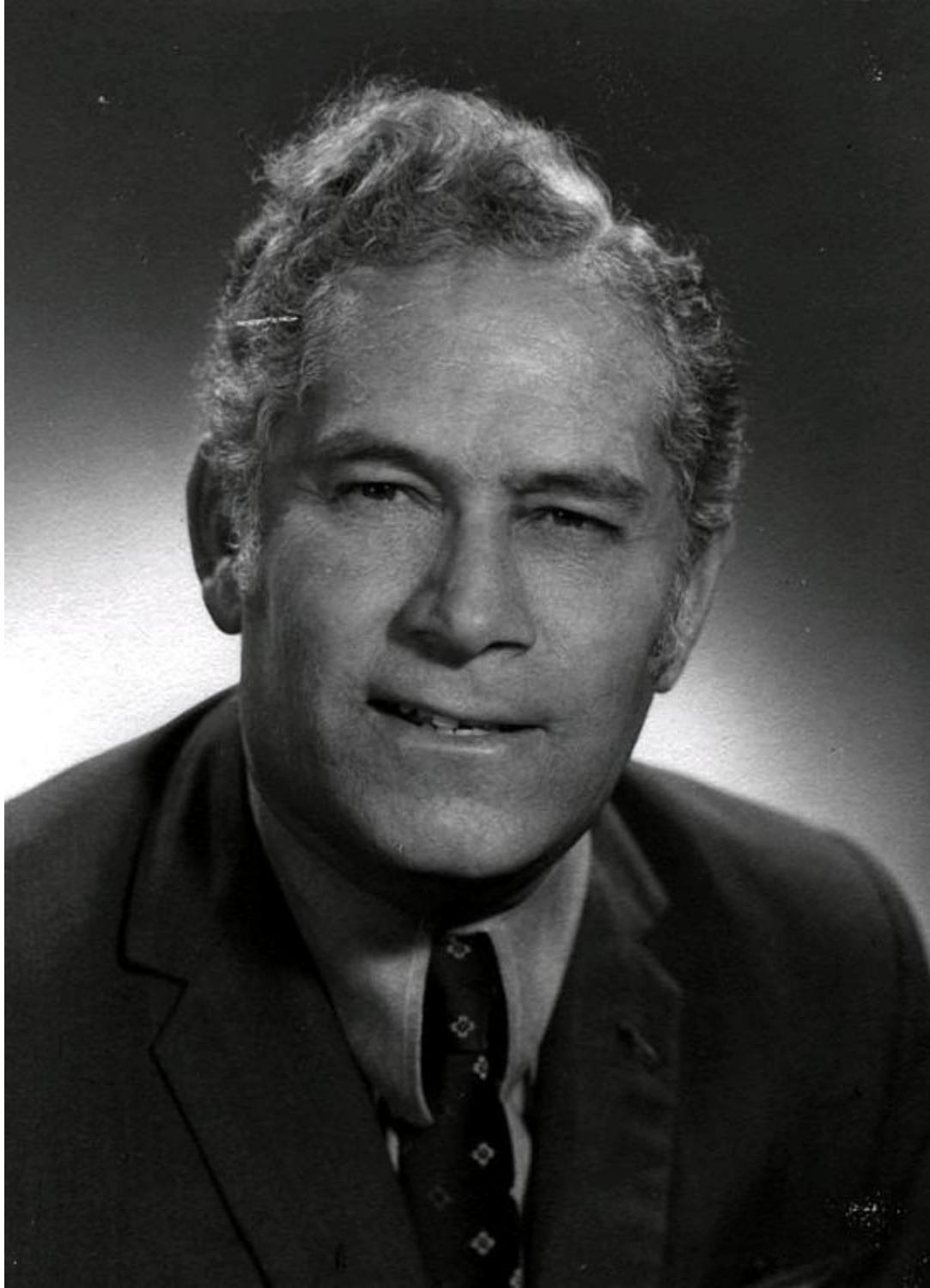
Decía el pedagogo polaco Bodgan Suchodolski, que la educación debe despertar en los jóvenes la fuerza para construir su futuro en una nueva civilización donde todos nos adaptemos, no sólo a los cambios tecnológicos que sustentan el progreso y el desarrollo, sino también para crear y participar activamente en la vida social, por lo que debemos apostar por la formación en valores cívicos y en el desarrollo de una vida cultural.

Esta sería la lección que, a su manera y en su tiempo, nos transmitieron todas esas personas que como Alberto, fueron ejemplo de civismo para las generaciones posteriores y que espero lo sigan siendo, tanto en la discrepancia como en el consenso.

Para los amantes del deporte ha dejado su ejemplo que no es, precisamente, el de la cultura de lo rápido y lo fácil. Para todos los vecinos ha dejado la estela de su presencia y el saber estar. Por eso sé que no se ha ido y que siempre estará con nosotros para que sigamos comprendiendo que las cosas grandes en esencia, son sencillas sin dejar de ser grandes.

De la misma manera que quiso vivir, quiso dejarnos y, a pesar de haberse ido en silencio y sin molestar, la memoria colectiva de Agaete lo recordará, como dijo Machado, como un hombre «*en el mejor sentido de la palabra, bueno*»

* Publicado en La Provincia/ Diario Las Palmas en junio de 2002.



LORENZO GODOY MEMORIAM

Entonces Chapín, en la carretera que serpentea el Valle de Agaete, era una finca de cultivos tropicales en explotación con una casa junto al cafetal, que tenía por vigía una palmera. Allí, un 2 de enero de 1945, vino a nacer Lorenzo Godoy y en aquel patio de flores, bajo el emparrado, dio sus primeros pasos antes de que su familia se trasladara al casco urbano de la villa marinera. Su infancia y adolescencia transcurrieron en un ambiente cultural bastante intenso para el Agaete de la época, donde la actividad teatral, plástica y musical llenaban lo cotidiano y propiciaron el desarrollo de una personalidad transgresora con las normas que le impedían crecer y avanzar y que, sin saberlo, le había iniciado en el *grand jeté* que fue su vida donde, su mente sin fronteras, planearía más allá de su cuerpo hasta el final de sus días.

Fue así como en su adolescencia lo encontramos en Las Palmas de Gran Canaria recibiendo clases de danza con el maestro Gerardo Atienza y participando de figurante en la puesta en escena de *The Médium*, de Menotti, en el Teatro Pérez Galdós en la que Lucy Cabrera, otra agaetense insigne, protagonizaba la obra. Era la primera vez que pisaba unas tablas profesionales y, probablemente, el momento en que la magia de la escena se apodera de él para siempre.

Pero en la Canarias de los 50 era impensable concebir una carrera de danza y Lorenzo marchó a trabajar en una compañía petrolífera americana con sede en el Aaiún hasta que la guerra de Argelia lo devolvió al archipiélago. Ahora apuesta por Europa y, aunque su destino era la ciudad alemana de Dusseldorf, acabó en París, ciudad en la que el duende de la danza despierta y le lleva nuevamente a la barra. Después de seis años en la ciudad del Sena, regresa y se produce uno de los encuentros más felices y fructíferos para la danza y para Gran Canaria. De una parte, los años de experiencia y la técnica de toda una estirpe de la mítica escuela Vaganoba de San Petersburgo que aportaba Gelu Barbu. De la otra, el ímpetu juvenil, la técnica dancística de la escuela francesa y las ganas de investigar nuevas

formas en Lorenzo Godoy. Pero si importante fue el encuentro a niveles técnicos no lo fue menos a nivel social, cuando la danza salió de la academia para instalarse en la sociedad grancanaria del momento y Las Palmas de Gran Canaria respiraba danza y creación donde el artista, lejos de la funcionarización, luchaba por la independencia creativa haciendo del arte su política. Los que tuvimos la suerte de contemplarle en su plenitud, aún conservamos la experiencia emotiva que con sólo pisar la escena transmitía. Su empeño y su nervio eran la expresión de una carrera tan intensa como su vida, dimensión en la que prefirió instalarse a pesar de lo efímero que es el arte de la danza. Y es que en Lorenzo era difícil distinguir la frontera entre lo personal y lo profesional.

ETAPA EN SOLITARIO

De esta manera fueron muchas las veladas en las que su arte y sus espectáculos asombraron a un público asiduo y exigente, tanto en la época del tándem con Gelu Barbu como cuando afronta en solitario la experiencia del Ballet Contemporáneo de Las Palmas de Gran Canaria a partir de 1978. Si antes le habíamos visto en el Bolero de Ravel, en el Amor de las Tres Naranjas de Prokofiev o en el homenaje a García Lorca, ahora es la gala de la UNICEF junto a Eva Borg, bailarina que fuera de las óperas de Berlín, Dresde y Roma, recorriendo el Mediterráneo y Lisboa para ser el primer Calixto mundial del ballet La Celestina. Después vendría Caracas, New Cork y México.

Y si importante fue el encuentro con Gelu Barbu, no menos lo fue con el pintor Fernando Álamo, momento en que pincel y movimiento se funden en un arabesque creador que, no sólo confluyó en la escena, sino que traspasó el halo de las candilejas. La estética renacentista miguelangeliana provocó y convocó a aquellos dos enfant terribles del arte de los 70 en el montaje David, el último. El derroche creativo del dúo davidiano hizo que la crítica especializada y el público al unísono consideraran el producto final como lo mejor. Todavía recordamos el pas dedeux de Ana Nery y Manolo Jiménez en contrapunto con la presencia arrolladora de Ángeles Burgo y Lorenzo que para muchos ha quedado como el testamento dancístico del bailarín.

Lorenzo estuvo en la línea de liberar la danza del encorsetamiento del clasicismo, impregnándola de nuevas aportaciones producto de la investigación y descubrimiento que, para el momento, suponía ruptura y modernidad. A su juicio, la danza era teatro y, como tal, tenía que expresar las tensiones de la sociedad, lo que le valió el calificativo de veneno y pecado de la danza por parte de la crítica que lo apoyaba.

Sabía que la pedagogía era el camino correcto para los que comienzan y para los que habían hecho de la danza su vida y su profesión, por eso nunca descuidó el trato continuo con figuras de la danza y de la coreografía que enriquecieron su diapason artístico y moldearon su concepción estética. De ahí su relación y las visitas a Gran Canaria de figuras como Serge Lifar, alumno que fuera de Nijinska y uno de los grandes bailarines de Diaghilev, o Monique Lancelot, que había sido directora y escenógrafa del ballet de la Ópera de París y había diseñado los decorados para la gala de UNICEF.

Recordar aquellos coloquios sobre la danza donde destacaron la maestría de Nina Vyroubova, primera bailarina de la Ópera de París y del Marqués de Cuevas, o nuestra Trini Borrull experta en danza española. Desde México se desplazaría Pilar Urrueta y desde Perú Victoria Santa Cruz para indagar en lo primigenio del folklora popular y su aportación a la danza moderna. Lorenzo estaba convencido de que la danza no era sólo movimiento, sino sentimiento en la relación del hombre consigo mismo y esta vertiente había que buscarla en la danza primitiva desposeída de academicismo.

Sabía además, que la percepción de la vibración de la música era fundamental en todo bailarín y apostó siempre por el protagonismo de la música dentro del lenguaje de la danza. De ahí su relación y la selección de composiciones de Cruz de Castro, Julio Barry o Falcón Sanabria que complementaron sus investigaciones conceptuales hasta desembocar, en una noche memorable, en la playa de Las Canteras con su coreografía Sillas y Cuerpos en Dúos y Diálogos.

BALLET EN VÍDEO

Que Lorenzo no estaba sólo lo atestiguamos todos los espectadores agradecidos cuando, además del trabajo en la academia, la investigación, las idas y venidas a París y el estreno de nuevas coreografías, inició el ciclo de Ballet en Vídeo en el Club Prensa Canaria. Pretendía que sirviera tanto para introducir al público en general en la danza, como para que el alumnado asumiera la formación básica que toda bailarina o bailarín debía tener. Su ingreso en el Museo Canario en 1982 era la consecuencia lógica de la plena madurez en la que se encontraba como maestro y como investigador. Sin embargo, los procesos administrativos nunca fueron bien digeridos por el bailarín de Agaete que observaba cómo los proyectos se apolillaban o se perdían en el cronos eterno de los despachos mientras él luchaba por establecer los estudios de danza y la creación de un ballet estable en Gran Canaria. De este modo aquel *grand jeté* que impregnó su vida se desvaneció un 25 de agosto de 1984.

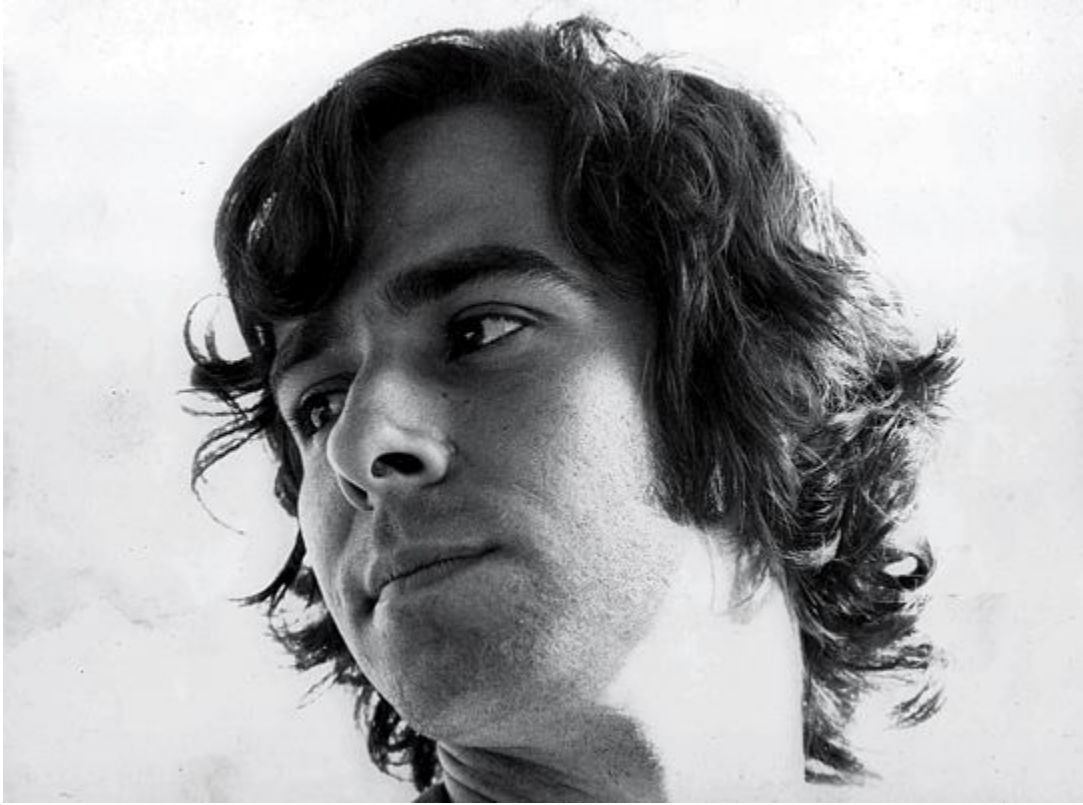
Hoy quiero recordarle hablando de Agaete, su tema favorito a poco que te descuidaras. Sus vivencias de infancia y adolescencia eran hasta tal punto norma en sus conversaciones, que consideraba un don haber nacido en la villa ya que de no haber sido así, probablemente no hubiera sido bailarín. Su Eros y su Tánatos siempre estuvieron ligados a la villa que le vio nacer, donde su infancia era Agaete y sus sombras un gran bache entre Agaete y París. Lorenzo pensaba que el contexto histórico y los factores socioeconómicos, junto con la tradición cultural, mediatizan el desarrollo y la proyección del artista, tanto en su faceta de aprendizaje, aunque ésta sea autodidacta, como luego en la realización y en la aceptación social posterior. Por eso, cuando se cumple el XIX aniversario de su óbito, sería deseable para la salud colectiva de los pueblos y, concretamente para Agaete, descubrir y reencontrarse con la obra de sus artistas y hacerla suya, aún después de muertos, porque de nada le vale a un pueblo presumir de tantos artistas si su obra no revierte en el avance colectivo del mismo. Luchar por mantener las señas de identidad es un objetivo al que no sólo no debe un pueblo renunciar, sino que debiera estar entre sus prioridades.

UN PATRIMONIO

Si existe alguna fecha en el calendario que debiera servir de reflexión al mundo de la danza y al pueblo de Agaete y su gente, es la fecha en la que Lorenzo abandonó la escena de este mundo para siempre. Muchos quisimos ver en el homenaje que se le tributó en 1994 al pie de su escultura en el puerto de Las Nieves y la velada de danza posterior, el feliz comienzo de un encuentro anual en torno a su figura.

Que no haya sido así no quiere decir que renunciemos a ello y considero que el próximo año, XX aniversario de su muerte, podría ser el momento oportuno para reivindicar su figura y su obra, siempre con el beneplácito familiar. Si sólo se ama lo que se conoce, la única posibilidad que tienen las generaciones venideras (y ya va una que no le conoció) de mantener el arraigo y la personalidad como colectivo es que las actuales les transmitamos esas señas, que no son más que el patrimonio acrecentado y mejorado. Es irrefutable que Godoy forma parte de la historia de la danza en Gran Canaria y quién mejor que el pueblo que le vio nacer para reivindicar su figura. Por eso considero que es ahora un buen momento, desde la perspectiva que sólo el tiempo ofrece, para crear la Asociación Amigos de la Danza Lorenzo Godoy. El artista, su obra y la danza lo merecen y las generaciones venideras y Agaete también.

* Publicado en el periódico La Provincia/ Diario Las Palmas en agosto de 2003.



LA REINVIDACIÓN DE UN ARTISTA

Contaba el año pasado por estas fechas lo que significó la figura de Lorenzo Godoy para la danza en Gran Canaria durante las décadas de los setenta y ochenta del siglo anterior. Decía entonces que quién mejor que Agaete, el pueblo que le vio nacer, para reivindicarle en este veinte aniversario de su muerte, desde la sociedad civil en la que todavía creo como promotora de iniciativas y proyectos.

La aproximación al patrimonio dancístico que nos legó nos sorprende a poco que indagemos en él. Es así como cae en nuestras manos el proyecto para la creación de la Escuela Regional de Danza y la Fundación Amigos Canarios de la Danza que, salvando los desajustes propios del tiempo y la legislación vigente, entiendo que fuera un visionario que, en aras de la danza, se negó a descender de la utopía.

Sólo a alguien que amaba la danza como él se le podía ocurrir hacer región a través de ella como ya lo hiciera el Festival de Música de Canarias. Sólo un quimerista como Godoy se atrevió a plantear en Canarias un modelo al estilo del que se impartía en el Instituto del Teatro de Barcelona y en el Conservatorio de Madrid, si bien, leyendo el proyecto y, sin causticidad, me atrevería a decir que dados los vientos que soplan, pudo haber sido y no fue más antes que ahora. Entre la gran cantidad de audiovisuales reposan, al menos, cincuenta y tres coreografías, material más que suficiente para desarrollar toda una labor de investigación propia de documentalistas, coreógrafos, escenógrafos y demás profesionales relacionados con las artes escénicas.

Lorenzo invita y el material incita a impulsar trabajos desde el apasionante campo de la historia oral a través de los testimonios de bailarines y bailarinas, artistas plásticos, músicos, figurinistas y sastras con quienes trabajó. Su obra y la danza requieren, eso al menos creo yo, la presencia en el Aula de Verano que la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria celebra en el Puerto de Las Nieves.

Muchas son las tardes que hemos pasado en su casa de Agaete a la sombra del flamboyán. Pero esta tarde no es una tarde cualquiera.

Veinte años después el sol declina y Lorenzo lo invade todo y cuando crees que has visto bastante, aparece Sioni, la sobrina por antonomasia, con otro álbum, más fotos y más programas que desbordan la mesa donde apuramos otro café. De otra parte Juan, hermano y albacea del bailarín, saca de un sobre una serie de fotos donde Pepe Dámaso pinta sobre la malla negra que viste Lorenzo... un dolor de huesos por el aire sin gente/ y en mis ojos criaturas vestidas ¡sin desnudos!

Releyendo los epitafios para un finado que los amigos le escribieran el día de su partida, nos tropezamos con los esbozos de las Bacantes donde abordaría el mundo dionisiaco para el que buscaba una música ¿imposible? Ante la imposibilidad de encontrarse a sí mismo. Posible fue el recuerdo tan sentido de Natalia Sosa, unida por siempre a Agaete en la distancia. Creíble y categórico tu recuerdo queda en la isla y la isla se queda sola de Trini Borrul. Verosímil la angustiosa sensación de ruptura que ahora abrumba a quienes fuimos sus amigos como sentenciaba Guillermo García-Alcalde, mientras Alfonso O'Shanahan ponía una brizna de esperanza respetando la decisión de Lorenzo en ese no a la vida que no era más que un sí al mundo y a la danza.

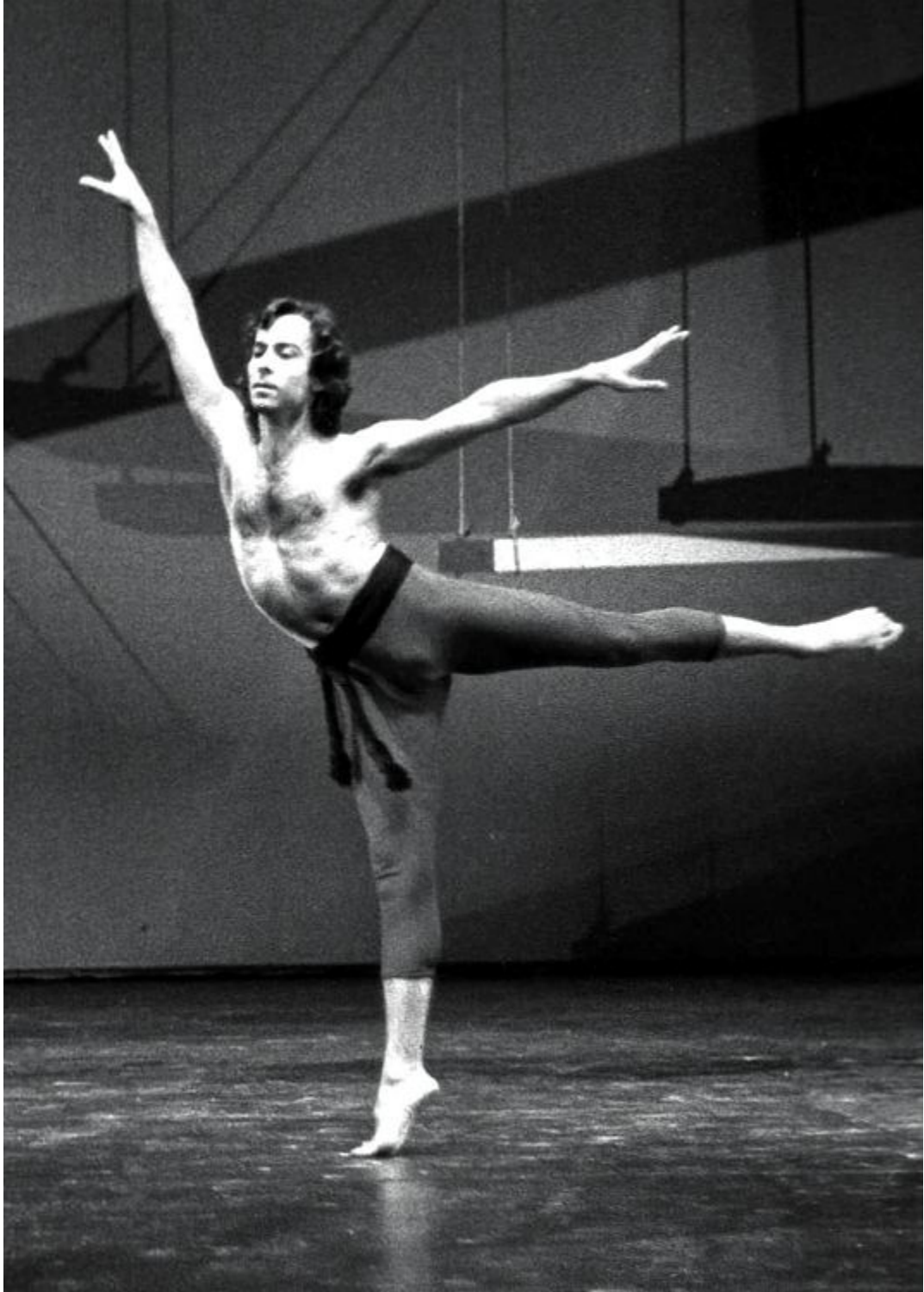
Diez años después de su muerte, su espíritu, presente entre las candilejas huérfanas de la escena y los sollozos agónicos de la danza, tomó cuerpo y voz a través de Genma Pérez, amiga y profesora que bailara con Lorenzo y Cruzma Pérez, Dúos y Diálogos en México en 1981. Sabiamente Genma eligió bien para aquel homenaje de 1994 en Agaete. Los *fouttes* y *grand jeté* habían desaparecido. Ahora se trataba de reflejar los momentos de modernidad y vanguardia que la danza había vivido en Canarias. Una década después, Raúl Cárdenes, figura indiscutible de la danza, resaltaba la labor investigadora e innovadora de Lorenzo en su intento por hermanar la danza con la pintura y la poesía. Un gestor que vio por primera vez en la Logse la formalización de unos estudios, una profesión y una vocación: la danza. Veinte años después, desde esa esperanza que un día fue toda modernidad, creatividad y transgresión, es desde donde cuestiono el discurso cultural de quienes, en apariencia, han sido y son los salvaguardas

de los signos de identidad de una canariedad mal entendida y peor digerida, con un discurso sesgado y un debate acallado.

No formularé preguntas a las administraciones públicas porque las respuestas en el mejor de los casos, cuando las hay, acaban justificándose en los presupuestos. Antes bien, prefiero ocupar el tiempo en la búsqueda de fórmulas que permitan transmitir lo que fue la época dorada de la danza en Canarias donde Lorenzo Godoy, bastante, tuvo que ver a pesar de las limitaciones de todo tipo, que las hubo. Lo que no implica que no sigamos tocando en las puertas oficiales que para eso son nuestras aunque los despachos que custodian los ocupen gestores con fecha de caducidad democrática.

Siempre será reconfortante desde el ejercicio de ciudadanía responsable y participativa, seguir inmerso en el debate de la cultura como concepto independiente y como valor cambiante y adaptable a los procesos sociales, máxime ante la obra de Godoy, donde la modernidad supera lo rancio y caduco, que ya es decir. Confío en que los hados de la danza subviertan aquel *Poema Inútil* que Diego Talavera le dedicara ante la desolación de su ausencia y que en este peregrinar por la escena desierta, que no baldía, en torno a la danza, tu obra y tu persona, el céfiro apacible nos dé temple y, como en Arthur Miller, «vamos a demostrarte, y a demostrarle a todos, que Willy Loman no ha muerto en vano. Tuvo una ilusión. La mejor ilusión que se puede tener. La de ser un hombre extraordinario. Él luchó por ese sueño, y vamos a ganarlo aquí pára él»

* Publicado en el periódico La Provincia/ Diario de Las Palmas en agosto de 2004.



LORENZO GODOY: ASÍ QUE PASEN 25 AÑOS

Cuando se cumple el veinticinco aniversario de la muerte del bailarín de Agaete Lorenzo Godoy, no puedo por menos que reflexionar sobre el destino de su patrimonio y el ambiente dancístico que se vivió en Gran Canaria en las décadas de los setenta y ochenta del siglo pasado, en el que Lorenzo tuvo mucho que ver. No es sólo su vida y obra las que me inducen a esta reflexión, cuyo trabajo tendrá que desarrollar la futura asociación que en breve verá la luz, sino también los entornos de un pueblo que ha hecho de la danza (porque qué es La Rama si no) un símbolo de identidad y de catarsis colectiva extensible al resto de la isla y de una capital, Las Palmas de Gran Canaria, catalizadora del acontecer cultural isleño.

Sólo un pueblo como Agaete que convoca masivamente a la danza cada cuatro de agosto, podía parir hace sesenta y cuatro años un elemento díscolo y transgresor como fue Lorenzo Godoy, cuyas raíces se pierden en la historia e intrahistoria que subyacen en el carácter de su gente, cuya práctica vocacional es el arte de lo efímero en concordancia con la vida activa de un bailarín sobre las tablas. En ese concepto de pertenencia por parte del bailarín y de posesión por parte de la colectividad, cuyo principio y fin acaban en Agaete por ambas partes, se entrecruzan sentimientos que aún con afectos recíprocos, parecieran diferentes por mor del tránsito en diferentes espacios y niveles de comunicación, imprescindibles para la formación y desarrollo de cualquier profesión y más la de bailarín cuyo período de esplendor, y Lorenzo lo tuvo, transcurre fugazmente y en ocasiones fuera del espacio isleño.

En aquellas décadas los hados se confabularon de tal manera que la danza tomó las calles y las tardes de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria fueron un ajeteo de familias con sus hijos en dirección a la academia de danza, al Club Prensa Canaria donde Godoy organizaba los ciclos de ballet y cuando no, al Teatro Pérez Galdós que lleno hasta la bandera recibía al Ballet de Maurice Bejart, Carolin Carlson, las estrellas del Bolshoi y del Mariinsky cuando aún era el Kirov, el Momix Dance, espectáculos como

Macunaima o personalidades como Lindsay Kent en Flowers. Experiencias que fueron fruto de una acción pedagógica que llegó al resto de los municipios de Gran Canaria y hasta la Escuela de Verano del Profesorado donde tuvimos el honor de recibir sus enseñanzas.

Veinticinco años después, observo que donde otros se permitieron la licencia de disfrutar y compartir la edad de platino y diamantes, en las que las limitaciones físicas dejan paso a una mayor expresividad a través de la sabiduría coreográfica, en Godoy, al vivirlo de forma globalizada e intensa, sumado a su temprana partida hacia otros escenarios, nos dejó la tarea de diseccionar de ese todo, las vertientes de bailarín, coreógrafo, pedagogo, diseñador y creador de ambientes; y una vez más, a la sombra del flamboyán que domina el jardín de su casa, vamos abriendo sobres y carpetas con más fotos de «*Dúos y Diálogos*», «*Incomunicación*» e «*Ibalia*» que fueron las tres coreografías que llevó el Ballet Contemporáneo de Las Palmas de Gran Canaria en su gira a México en 1981, a las que habría que añadir «*Amor en test*», «*Imágenes*», «*Unión en el tiempo*», «*Cantos Canarios*», «*Oxígeno*» y por supuesto, el estreno mundial de «*La Celestina*» para UNICEF donde Lorenzo Godoy fue el primer Calixto de la historia, no sin olvidar los homenajes a Lorca, Martín Chirino y Manolo Millares utilizando sus pinturas como decorados con la complicidad de Elvireta Escobio. Todo un derroche de energía que el crítico Martín Códax lo define como *...un exponente característico del artista canario; la potencia de la intuición, la certidumbre acaso inarticulada y oscura, pero desbordante del propio talento, y el instinto creador de formas.*

Tiempos en el que desfilaron por Gran Canaria lo más granado de la sabiduría balletística europea y americana como fueron Serge Lifar, Monique Lancelot, Nina Vyroubova, Pilar Urrueta, Victoria Santa Cruz o León Felder entre otros y que a Lorenzo le valió para contrastar el nivel de sus bailarines y bailarinas en su empeño por demostrar que la cantera canaria podía competir en espacios profesionales como así fue. De la mano de Eva Borg y después de una audición en París, Genma Pérez y Mabel Cabrera partirían para el ballet de Versalles y Raúl Cárdenes para el Ballet Nacional, los demás seleccionados tendrían que aguardar pues no era cuestión de mermar la calidad del Ballet Contemporáneo Las Palmas de Gran Canaria.

Es tiempo más que suficiente para romper los tabúes sobre la incomunicación e incomprensión del creador, que la hubo, y bucear en ese caudal creativo que no es más que el torrente de afectos y sensaciones que rezumaba Lorenzo. Dormido, a la espera que los amigos de la danza de mi generación lo abordemos con generosidad, aguarda un patrimonio que es el reflejo de lo que hemos sabido y podido dar como comunidad autónoma, como isla y como municipio. No nos entretendremos, aunque sí reivindicaremos, la enseñanza reglada de la danza en Canarias que es responsabilidad institucional de una comunidad cuyas primeras transferencias en la etapa democrática fueron las educativas; acción que consumió bastante al bailarín agaetense en despachos oficiales hasta somatizar el despropósito vivido a pesar del... *a mi no me gusta hablar de problemas pues parece que siempre estoy llorando.*

Fue en la película Sacco e Vanzetti de Giuliano Montaldo donde después de una discusión en el despacho del gobernador, llegan a la conclusión que era preferible salvar el mito antes que al hombre, en función de las molestias que pudiera causar al poder establecido, de tal manera que sin alguien que lidere una causa lo normal es que el fenómeno social desaparezca y las aguas vuelvan a su cauce. Tengo la sensación que con la desaparición de Lorenzo Godoy ha sucedido algo similar y que los movimientos telúricos en torno a la danza por esta Gran Canaria, obedecen más a intereses puntuales y personales que al hecho cultural interdisciplinar, cuyo efecto viral debiera llegar a la inmensa mayoría de la ciudadanía. Por eso no quería dejar pasar este cuarto de siglo desde su desaparición física que no afectiva ni patrimonial, para seguir luchado por Willy Loman como en Arthur Miller y demostrar que su obra y su muerte (la de Lorenzo Godoy) no fueron en vano y que la nueva Asociación «Amigos de la Danza Lorenzo Godoy» nos sirva de compromiso sin esperar a que alguien nos novele el presente y sin sentir nostalgias del pasado.

Así que pasen veinticinco años, Lorenzo Godoy y su obra están más presentes que nunca a sabiendas que sus acciones no siempre tuvieron el respaldo de la oficialidad, conciencia con la que nace la Asociación, que advierto de antemano que no nace contra nada ni contra nadie y que por el contrario, sería de agradecer el apoyo que pudieran prestar mientras avanzamos en los trámites burocráticos enviando e-mails a

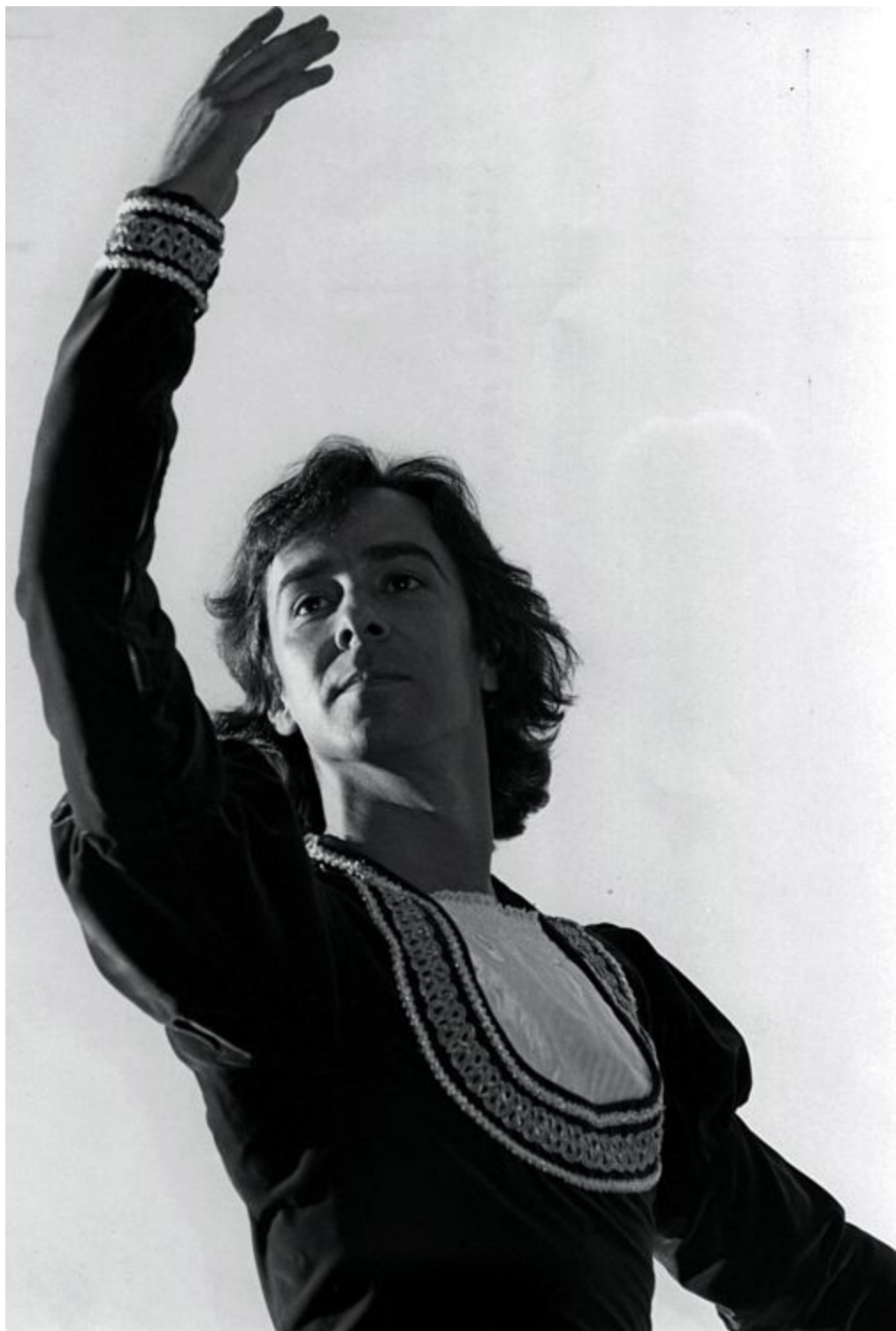
lorenzogodoydanza@hotmail.com. Y si para Alberti en su *Arboleda perdida*-la del exilio-, las nubes lograron traerle el blanco mapa de España - la democracia -, porqué no iba a llegarle a Lorenzo de esa

"Gracia blanca de la costa negra" que es su Agaete natalicio y de Las Palmas de Gran Canaria, ciudad y espacio elegido para el desarrollo de su actividad, el reconocimiento merecido a sabiendas que fue el primer canario que instituyó una escuela de danza académica en su tierra.

El Museo Canario supo reconocerle su labor en 1982 aunque Lorenzo decía «...*No soy yo el que entra como socio de número, es la danza*».

Ahora falta que los titulares de aquellas entrevistas en el que lo calificaban de veneno de la danza y neurosis del ballet, además de *enfant terrible*, calificativo este último que compartió con el pintor Fernando Álamo, se consoliden con las correspondientes colaboraciones tanto institucionales como privadas y que la nueva Asociación, para empezar la andadura, se apropie de la energía contenida en los postulados de Serge Lifar... *en el principio era la Danza, y la Danza era el Ritmo. Y la Danza estaba en el Ritmo. En el principio era el Ritmo, todo ha sido hecho por él, y sin él nada ha sido hecho.*

* Publicado en el periódico La Provincia/ Diario de Las Palmas en agosto de 2009.



¡HASTA SIEMPRE, LUCY CABRERA!

Hace un tiempo me sorprendí, porque aún tengo la suerte de sorprenderme ante tantas cosas, al observar en una revista especializada en ópera, que en la sección dedicada a intérpretes legendarios la protagonista eras tú. Que Joaquín Martín de Sagarminaga, autor del artículo, te califique de mezzosoprano temperamental y algo bohemia no me extrañó, pues sé que esa es la definición que hacías de ti misma cuando en ocasiones hablábamos de tu vida.

Viviste la época en que el negocio discográfico apostaba sobre seguro, condenando al olvido a tantas y tantas voces que dejaron su piel en los escenarios. Pero ya ves que siempre existe un momento para la justicia, aunque sólo sea poética, y las palabras de Joaquín Martín corroboraron el arte y la presencia de una voz grave, la tuya, en el contexto del bel canto español en el siglo pasado, apostillando que « *no conviene olvidar el nombre de la isleña Lucy Cabrera, cuya actividad más importante se sitúa hacia la mitad del mismo*». El artículo centrado en tu voz y en tu carrera de cantante lírica, contaba lo que algunos ya sabíamos, pero dado los tiempos que corren, es necesario que todos lo acaben sabiendo, sobre todo quienes se preguntan en estos momentos de crisis para qué sirve la cultura, pregunta para la que tengo una respuesta profundamente sencilla: sirve precisamente para no hacer esa pregunta.

A las nuevas generaciones tengo que contarles que Lucy Cabrera Suárez, nacida en 1917, era una mujer de Agaete. Actriz vocacional, estudiaste canto en Barcelona compartiendo maestra con otra de las grandes de España como fue Victoria de los Ángeles. Posteriormente, pasarías al conservatorio de Madrid por consejo de Lola Rodríguez Aragón, con quien compartirías más tarde cartel en una noche inolvidable del teatro María Guerrero, cantando el papel de Cherubino en las Bodas de Fígaro; donde también cantaba un pariente tuyo de ascendencia agaetense, el bajo Chano Gonzalo. Que en Madrid obtuviste, siendo muy joven, el Primer Premio del Real Conservatorio de Música y que becada por el Cabildo de Gran Canaria para

continuar tus estudios en Milán recibiste otra beca extraordinaria del gobierno italiano. Que con tu personalidad y voz fuiste Lucy, sin pretenderlo, una mujer que amplió los límites geográficos y culturales del Agaete natal y de Gran Canaria, intentando pasar desapercibida en tu pueblo donde mantuviste tu residencia para cuando la capital te ahoga.

Entonces era un niño que jugaba a inventar juegos en aquel Agaete de final de los cincuenta, y entre mis juegos favoritos estaba el marcar números para sintonizar las frecuencias en la radio de cretona de mi abuelo. Fue de esa manera, y con las indicaciones de tu hermana Lola, la practicante de Agaete, como logré conectar para escucharte una noche a través de las ondas de Radio París. Poco después te conocí en una de tus recaladas por el pueblillo cantando un Ave María en la iglesia de la Concepción, con aquella voz superada solamente por la grandeza de tu alma y los aplausos entusiasmados de la gente, sobre todo los del señor cura Don Manuel Alonso Luján diciendo «¡Repita otra vez, señorita! »

Finalizaban los años 60 y aquel niño se hizo joven y te escuchaba y veía formando parte del grupo de teatro de cámara «*La Carbonera*», con Piedad de Salas como mecenas, transformada en «*Santa Juana de Castilla*», en el Gabinete Literario. Posteriormente vendría el «*Proceso a Oscar Wilde*», «*Proceso a la Juventud*», «*Cosmonauta en Tierra*» y las primeras experiencias de café-teatro en Canarias hasta llegar a «*Poemas*», «*La Cruz Mutilada*» de Alfredo Marquerie y muchas más que sólo Toni Puga, compañero y amigo tuyo en el mundo de la farándula, recordaba y me contaba una tarde de café y tertulia en su casa, mostrándome los álbumes que irremediablemente forman parte de la historia del teatro en Canarias, paara cuando alguien se decida a contarla. Fueron diez años ininterrumpidos de teatro desde que abandonarás la sede de La Carbonera en la calle Príncipe de Vergara en Madrid, hasta el cierre de la sede del Paseo de Madrid, en Las Palmas de Gran Canaria.

Pero Agaete te sigue convocando y allí estuviste, una vez más, recitando a Tomás Morales, en las Jornadas Culturales del Archipiélago que durante los años 70 del siglo pasado, compartieron sede con Garachico y vinieron a aumentar el mito de Agaete. También en la película «*Requiem para un absurdo*» de Pepe Dámaso, en el que pudiste comprobar que, a pesar del

tiempo transcurrido, todavía conservabas la voz, según decías emocionada; la misma que escuchamos grabada en el Huerto de las Flores con motivo de tu pregón en honor a la Virgen de Las Nieves, o en la velada de hace pocos veranos con motivo del trabajo «*Abrazado a tu paisaje*» de Paco Sánchez. Cuando calla la voz, quiero expresarte mi agradecimiento afectuoso basado en el recuerdo que las emociones de la infancia y juventud logran que permanezcan en el tiempo.

Y la mujer esquiva y tímida, de mirada sonriente, sube y baja la calle Guayarmina de Agaete, frecuentando la casa de su prima Encarnación que es su referente; la misma que guardaba como un tesoro el vinilo con las canciones que grabaste para Columbia, sobre todo aquella habanera que nos traía recuerdos del Agaete de siempre, el que las nuevas generaciones desconocen y que construimos a fuerza de voluntad y sentimientos que es como se construyen las utopías. Mientras suena la habanera en tu voz, sigo viviendo las tardes de tertulia y café en casa de Loly García y Nicolás Viera, porque si algo da para mucho en el pueblillo es un café, y allí estabas tú, Lucy Cabrera, contando tus vivencias de nunca y de siempre al son de la canción que acabaríamos cantando los contertulios : *No ves la nube/ que en occidente / despide céfiros / rayos de sol....* Y de allí a la calle para indicarnos donde naciste, no sin la discusión que la partida de nacimiento acabaría por aclarar que fue en la calle Huertas.

TÉCNICA VOCAL

A pesar de querer pasar desapercibida entre la gente, sin pretender molestar, no te fue tan fácil. El porte de artista te delataba en aquellas tertulias de amigos, y también cuando siendo vecinos de butaca en el Pérez Galdós, te solidarizabas con el tenor cuando se le resistía un agudo diciéndome al oído: « *¡Los da como puede!* »; recordando en el entreacto que fue la respuesta que dio Caruso ante la curiosidad de la prensa por conocer su técnica vocal para emitir aquellos agudos, apostillando además que un agudo mal proyectado no era motivo para enfadarse, que a estas alturas a la ópera veníamos a disfrutar, momento propicio para la carcajada y para recordar que nos veríamos en Agaete el fin de semana.

Aprovechando el ambiente operístico, he de reconocer que descubrí a una Lucy menos reticente al recuerdo que unos años atrás durante los cuales fue desprendiéndose de su patrimonio musical y teatral; para mi sorpresa comenzó a relatar su relación escénica con el legendario Tito Schipa en un Werther que pareciera que Massenet lo escribiera pensando en su Charlotte, según decía el tenor. Su debut en 1947 en el Teatro Máximo de Palermo con la Compañía del Teatro de la Scala de Milán, compartiendo reparto con María Callas en la Valkiria, y en otra ocasión con Montserrat Caballé; su paso por Madrid haciendo la Médium de Menotti, que también interpretó en el Pérez Galdós; los otros teatros y ciudades donde actuara, destacando Lisboa, Londres, París, Milán, San Remo, Livorno, Lima ...

Y entre los cafés en Agaete y los entreactos en el Pérez Galdós, llegó a contarme como cogió por primera vez un vapor para hacer las Américas, enrolada en una compañía como cualquier artista europea que se preciara, declamando los versos de Charlotte:

¡Qué desgracia ver partir

a quien más se ama!

¡Qué tiernos recuerdos!

¿Por qué todo es perecedero?

Mientras recordaba, no a Werther, sino a sus hermanas Carmen y Lola, que también hicieron otras Américas rumbo a Venezuela, con los canarios que convirtieron aquel país en su segunda patria.

Pero al final, por muy lejos que se esté, uno evoca o retorna a sus raíces y Las Palmas de Gran Canaria supo reconocer tu arte dedicándote una calle en el barrio de los artistas, en La Galera de Tamaraceite, y el Agaete que te vio nacer, además de nombrarte hija predilecta, dejó tu nombre asociado para siempre a la Escuela Municipal de Música Lucy Cabrera Suárez y,

aunque las páginas necrológicas hayan anunciado tu defunción el 20 de abril de 2009, sólo es un paso más en tu carrera, para encontrarte en el panteón municipal con otros artistas que partieron antes que tú y con los que la gente de Agaete tenemos una deuda pendiente; no en vano ayudaron a forjar y fortalecer el mito colectivo del «*Agaete, pueblo de artistas*». A ellos te ruego que les digas que no les hemos olvidado, que cuando soplen mejores vientos, celebraremos encuentros y veladas artísticas en sus nombres, y cuando oigas doblar las campanas, que sepas que son de alegría al saber que seguirás entre nosotros para siempre, por lo que no te digo adiós sino hasta siempre, Lucy Cabrera.

* Publicado en La Provincia/ Diario Las Palmas en abril de 2009.



A LA BANDA DE AGAETE

Le había prometido a Don Miguel Santana, director de la Banda de Música de Agaete, que para la celebración del primer centenario de la fundación de la Banda en el 2011, le dedicaría varios artículos a la trayectoria de la agrupación musical y a algunos de sus componentes, pero hete aquí que va el Cabildo de Gran Canaria y se nos adelanta (

muchísimas gracias) otorgándole el Roque Nublo en la categoría de Plata y modalidad Folklore, con lo cual, no sólo ha iniciado los actos de la conmemoración del centenario sino que nos ha obligado, con sumo placer, a aplicarnos en los panegíricos merecidos.

Que la velada en el Teatro Pérez Galdós para la entrega de Honores y Distinciones del Cabildo de Gran Canaria viene siendo un éxito en ritmo, estética y contenido no hay quien lo dude, como tampoco hay duda del éxito cuando ese ritmo es interrumpido por sorpresa, con alguna pincelada emotiva en la que todos nos reconocemos. Eso pasó con el toque de algunos compases de Soldado de España - un clásico de la Rama - por músicos de la Banda de Agaete camuflados entre el público, toque que éste acompañó con palmas como si se tratara de la Marcha Radetzky en el concierto vienes de fin de año. Así lo vivimos los que abarrotábamos el aforo del Pérez Galdós, en una noche cálida y emotiva como corresponde a un acontecimiento donde las personas y entidades galardonadas forman parte del patrimonio colectivo de Gran Canaria.

Un siglo de historia da para mucho, sobre todo para una agrupación tan mimetizada con el pueblo que le quiere y da el nombre, Agaete.

Ora desparpajo, socarronería y burla a golpe de tambor bajo el solajero grancanario en las fiestas veraniegas, ora seriedad uniformada procesionando o celebrando un concierto bajo el título de paseo y música, cuando no acompañando un entierro que es otra de las maneras con las que algunas personas han decidido en su testamento abandonar esta vida, y lo

mejor de todo, en tan dispares actuaciones los componentes de la Banda de Agaete son los mismos.

En esta ocasión no quiero desvincular del acto de reconocimiento este recordatorio del que ha sido merecedor la Banda de Agaete, por aquello de seguir creyendo en la justicia poética, que es lo que a mi entender ha hecho el Cabildo de Gran Canaria, distinguiendo la perse-verancia en una sociedad en la que impera lo efímero y donde la solidaridad se ha convertido en flor de un día. ¡Cuántas Dianas, Ramas y Retretas les debo! ¡Cuántos años de textos y pretextos para una cita en cualquier pueblo de la isla! ¡Cuántas historias de amores y desamores se han tejido al son de su música! ¡Cuántos recuerdos allende los mares! Y es que un siglo de Música, de Banda y de Agaete, da para mucho más que lo contenido en cualquiera de las partituras del amplio repertorio que interpreta y sobre todo, para que a ninguno de los mortales que andamos de paso por estos lares se nos ocurra apropiarnos de un patrimonio que es de todos y de nadie en particular; aunque sólo sea por aquello que decía un amigo mío respondiendo a alguien que había descubierto Agaete en los años 80 del siglo pasado: hace años que estoy viniendo y te juro que cuando llegué la primera vez, Agaete y su Banda ya estaban aquí.

La celebración del centenario acaba de empezar y los componentes más antiguos de la Banda parecen chiquillos chicos con zapatos nuevos y no digamos la fuerza arrolladora con que lo afronta el relevo generacional entre sonrisas, nervios y las consabidas preguntas de cuándo nos vemos, qué hacemos y cómo llegamos a las instituciones. Tranquilos muchachos, que no podemos recorrer un siglo de historia de un tirón y, de momento, hay que preparar ese viaje a Francia que tanta ilusión les hace y nos hace a todos, ver como pasean el nombre de Agaete y Gran Canaria por los Campos Elíseos al son de «*La Madelón*» de Robert Camille y Bousquest, tan francesa ella, y de «*Soldado de España*», que encierra en su pentagrama algunos compases del *Vals de los Patinadores* de Emile Waldteufel, francés también. Miren por donde le vamos a devolver a los franceses la visita para agradecerles el préstamo musical que de «*La Madelón*» venimos haciendo desde la Primera Guerra Mundial, que ya son años. Nunca Agaete y su Banda se vieron en otra como esta y como somos todos noveleros, ‘goleores’ y de pata ligera, que en toda piedra cogemos filo, aprovecho para

decirles que vayan avisando de las fechas del viaje y en qué agencia se compra el paquete turístico; porque si se piensan que se gobiernan solos y que van a viajar sin nosotros, están ustedes equivocados. Esa Rama no me la pierdo yo. Felicidades por el galardón y adelante con el centenario.

* Publicado en el periódico La Provincia/ Diario Las Palmas el 14 de abril de 2010.



FELICIDADES PEPE

El otoño llegaba a su fin y el adviento atisbaba el invierno cuando vino a colmar la alegría del hogar en aquella madrugada de un nueve de diciembre. Dádiva primaveral desnuda, desvelo inocente que se arremolina en un torbellino de pañales inquietos, a quien el destino acunara con el canto de la caracola a la que dentro le canta un mar de mapa con pececillos de sombra y plata. Sin saberlo, la magia del mar le había atrapado desde su más tierna infancia.

Erupción de primaveras en pie. Volcán de búsqueda de respuestas silenciadas. Mar de amores entreverados donde el octosílabo lorquiano varó en la playa polícroma de su juventud, sembrada de redes y aparejos moralianos y nasas alonsinas que acunara un fuerte Alisio del sur y donde La Muerte puso huevos en la herida. Esta visión metafórica de la muerte, definía su posición social y su compromiso desde el arte en defensa de las libertades y de aquel Lorca cuya obra, aún después de muerto, continuaba amordazada por la sinrazón.

Entonces Eduardo Westerdahl definía a José Dámaso como un pintor que no puede negar su estirpe surrealista y Lorca, el tutor literario, el instigador ausente.

Las incursiones de Pepe Dámaso en otros campos, aparentemente alejados del autor del Romancero Gitano, nunca significaron un acto de infidelidad hacia Federico. Antes bien es la mano del poeta granadino quien le incita y obliga a indagar en su entorno más inmediato, su pueblo natal y a beber en las fuentes de la literatura oral envuelta en tintes de leyenda y pincel de hechizo como lo fuera Juanita, un personaje del Agaete recóndito que transita entre el esoterismo cubano, el verismo milletiano y el mundo verdiano de Azucena y Ulrica. En definitiva, un personaje del Cante Jondo con aires de siguiriya, alma de petenera y andares de soleá que sintetiza el espíritu del *¿Adónde vas, siguiriya, con un ritmo sin cabeza? ¿Qué luna recogerá tu dolor de cal y adelfa?*

Remembranzas de eternas primaveras estivales, de intensas Lágrimas de Eros donde el símil estético y conceptual Lorca-Dámaso incita. La dualidad vida – muerte les apresa y consume la energía ancestral que emana de la pulsión creativa y les libera y les sublima desde la profundidad onírica de sus metáforas. Si para Federico en el sentido de Eros subyace el de Tánatos asumido desde la serenidad: Si muero,/ dejad el balcón abierto, en Dámaso, el proceso de expresión de la muerte y el contacto trascendental con ella le sitúa inicialmente en el *memento moris* para sumergirse en la nebulosa crepuscular nestoriana. Ya ha superado su Dies irae y emerge portando las viandas de su resurrección mahleriana como una reafirmación final ante la vida y no como una repulsa hacia la muerte donde su corazón *abierto en la mañana-verde/ quería ser corazón,/ Corazón.*

Para entonces, Pepe Dámaso, al igual que su amigo y artista César Manrique, emulando al poeta, también *había matado la quinta luna/ y bebían agua por las fuentes los abanicos y los aplausos* y su Umbría, sus Héroe y su alma desbordaban los límites de lo matérico y anímico y bebían con la muerte en el cáliz de las libaciones.

Setenta primaveras que evocan la rebeldía y el atrevimiento juvenil que condujeron a Dámaso y a su luna, la luna del Sur, la que heredó de Federico, a no detenerse mientras exista la noche eterna del hambre, la noche de balsas y pateras, la noche de la transgresión, porque

¿qué es la vida y el arte sin ella?, sin el coraje de proclamar que todavía...
Un viento sur de madera oblicuo en el negro fango, escupe a las barcas rotas y se clava puntillas en los hombros.

Treinta primaveras después de que los negros de Harlem, Senegal, Almería, Granada, Lanzarote o Gran Canaria, los negros, implicaran a Dámaso en la lírica lorquiana de Poeta en Nueva York, llega al cenit de su comunión con Lorca en Crucifixión. Su escorzo inmolido triunfa sobre su propio réquiem. Resucita. Antes como el poeta, había pasado por La Habana y cuando llegó la luna llena también fue a Santiago.

Después a Granada para confundirse y trascender en un encuentro místico con la obra y la tierra del poeta. En palabras de Gómez Ssegada,

"Pepe Dámaso se ha liberado del inicial discurso surrealista para fundirse con la materia misma de la pintura en un abrazo procreador de texturas y calidades nuevas".

Finalmente Ronda. Primavera y cuna de Don Francisco. Aquel Giner que transgrediera la España decimonónica, que acoge e incita a traspasar las fronteras de lo posible, de lo precedido. Aquel Giner de los Ríos que creía en la capacidad humana para concebir un ideal, de gobernar con sustantividad su propia vida y de producirla mediante el armonioso consorcio de todas sus facultades, un Don Francisco que, amenazado con el destierro a Canarias por su posicionamiento ante el mundo, le indica a Unamuno que... *hay que trabajar como si todo hubiese de lograrse.*

Esa concepción y esa postura que Lorca pagó con su muerte, lo penitencia Dámaso con exilios del alma para no negar su vida. Ahora es Juan de Loxa quien lo posiciona junto a Ronda,... *donde discurren los ríos de versos revoloteando el tajo y los atajos, y van a dar a una muerte llena de lienzos, soles y clarines, para la resurrección de la vida.*

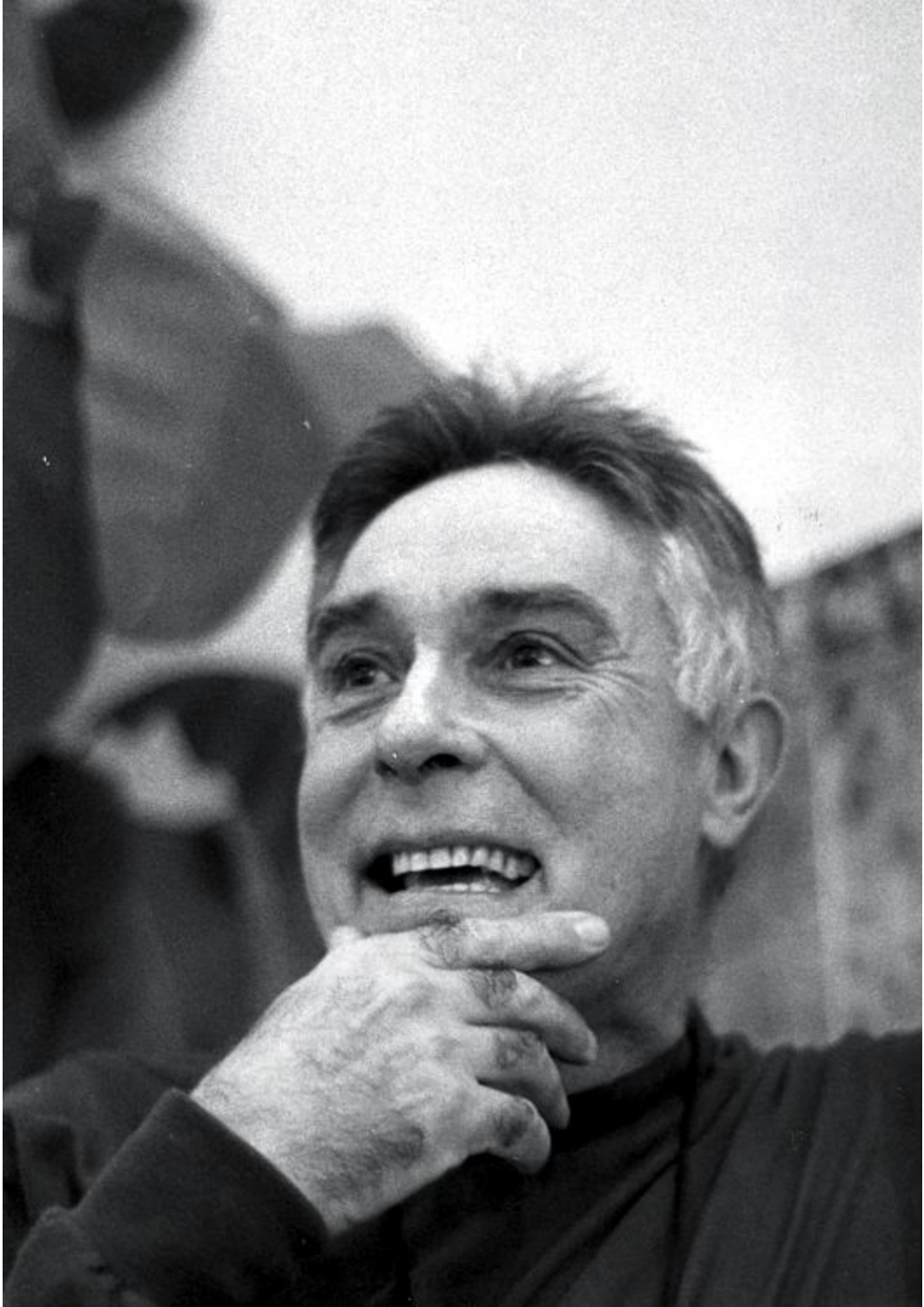
El concepto de hombre libre para pensar, hombre libre para crear, versus hombre nuevo, armoniza la corriente espiritual e intelectual entre Giner y Galdós hasta converger en la idea de que el arte, además de encerrar en su finalidad belleza y utilidad, debe estar al servicio de la renovación y del progreso. Así lo hicieron Federico, Alberti, Dalí, y también Dámaso: su lirismo, atesora la grandeza de lo sencillo y refleja la trascendencia de lo arraigado. La atmósfera institucionista que envuelve sus universos propone incursiones a diferentes lecturas: literatura, historia, filosofía, o plástica; son ópticas diversas de aproximación a espacios y tiempos con discursos aún vigentes y, al igual que Pepe Dámaso, escuchara un día el susurro de Federico que le decía *Llora por cosas lejanas. / Arena del Sur caliente/ que pide camelias blancas*, Dámaso y Lorca nos invitan al goce desde la inmersión en su plástica y en sus versos.

Setenta años de amistad indican el significado de García Lorca en la obra pictórica de Dámaso. Aproximarnos a ella implica la connivencia con hitos y mitos que son referentes decisivos en la trayectoria del pintor de Agaete y que evidencian la impregnación que de la obra del poeta tiene y atesora el artista. Cualquier primavera, hasta la de los sueños y viglias no colmadas,

sigue siendo primavera para pensar, crear y posicionarse. Por eso junto con Lorca te digo: *Amigo, despierta, que los montes todavía no respiran y las hierbas de mi corazón están en otro sitio.*

Felicidades Pepe.

* Publicado en el periódico La Provincia/ Diario de Las Palmas en diciembre de 2003.



Epílogo

Barranco abajo derramó las entrañas el volcán cumbreño. Y escrito está que barranco arriba subió lejos la mar su ola gigantesca... Después, en fechas remotas todavía, manos laboriosas rompieron la piedra ennegrecida de las márgenes y sobre el verde nuevo de la tierra hicieron el prodigio de hermosura, que extasiados contempladores no dudaron en llamar « Villa de la blancura hiriente», « Gracia blanca de la costa negra» y « Paraíso de bellezas entre las bellezas de un paraíso».

En este edénico y doblemente mariano rincón, abierto al Atlántico por donde la Isla mira al Poniente, en un día ya veraniego, y cuando apenas principiaba su segunda mitad la pasada centuria, vio la luz primera José Antonio Godoy Rodríguez, Peri.

Diligente alumno, primero, reconocido docente y político después, siempre imaginativo y derrochador de inquietudes, José Antonio Godoy fue desde la niñez un enamorado de su Agaete natal, estudioso de su Historia y un incansable trabajador de su progreso.

Popularmente admirado por su contagioso entusiasmo y altruistas iniciativas, destacó notablemente Peri en aquel extraordinario grupo de jóvenes, sin distinción de sexo, repartidos por el arriba y abajo de la Villa cual brillante arco iris de ideologías y aficiones, de talante prematuramente democrático, que en apretada conjunción con los dirigentes municipales del momento, acrecentaron en gran medida el ya importante acervo patrimonial de Agaete además de convertirlo, por los selectos eventos festivos que a lo largo de las cuatro estaciones se celebraban, en obligado lugar de encuentro de isleños y foráneos, en punto de convergencia de todos los caminos de Gran Canaria.

Discurría entonces la década de los años setenta del pasado siglo XX, acaso el periodo más prolífero del acaecer cultural del Agaete artesano, labriego y pescador... De días apacibles más que de sinsabores y pesares, hondamente

marcados por la alegría que tan especial hace la idiosincrasia del agaetero. Con sus viejas costumbres y tradiciones. Con los entrañables paseos de cada tarde, las manifestaciones artísticas o literarias, los bailes, las rondas y serenatas, la sentida religiosidad de la Semana Santa, el Corpus o los floridos novenarios de Mayo y de la Concepción.

A la sombra del flamboyán, que nos trae José Antonio Godoy Rodríguez, lo mismo ocurriría al cobijo de la **jacaranda** y del **ombú**, también exóticos ejemplares de nuestro mítico Huerto de las Flores, la memoria desanda el tiempo vivido para regocijo del espíritu. Y nos vuelve, en alas de la nostalgia, a los todavía no muy lejanos días del siempre recordado ayer, con sus cosas y su gente, con el sabor agridulce de la magua por todo aquello que fue y ya no es. Con las inolvidables Fiestas de Ntra. Sra. de Las Nieves, declaradas de Interés Turístico por la cuidada Romería, la pureza y alegría de La Rama y La Retreta, el cortejo procesional de la subida y bajada de la Virgen, las inigualables verbenas madrileñas y marineras, por la amplia y esmerada programación. Con la presencia agaetense en la Romería –

Ofrenda a la Virgen del Pino, tantas veces alabada por su notable tipismo. Con las irrepetibles Jornadas Culturales, hermanados Agaete y Garachico, alternos anfitriones de renombrados intelectuales canarios y nacionales. Con la concurrida Fiesta del Turista, antesala del Entierro de la Sardina, primera manifestación callejera del Carnaval en la Isla después de la contienda civil. Con el Belén Viviente, que artísticamente escenificado hizo de Agaete, durante años, un centro de peregrinaje navideño. Con las primeras exhibiciones de pirotecnia en honor a la Excelsa Patrona...Con sus académicos ciclos de disertaciones y exposiciones...Con tantos y tantos acontecimientos.

Sebastián Monzón